

calibrite

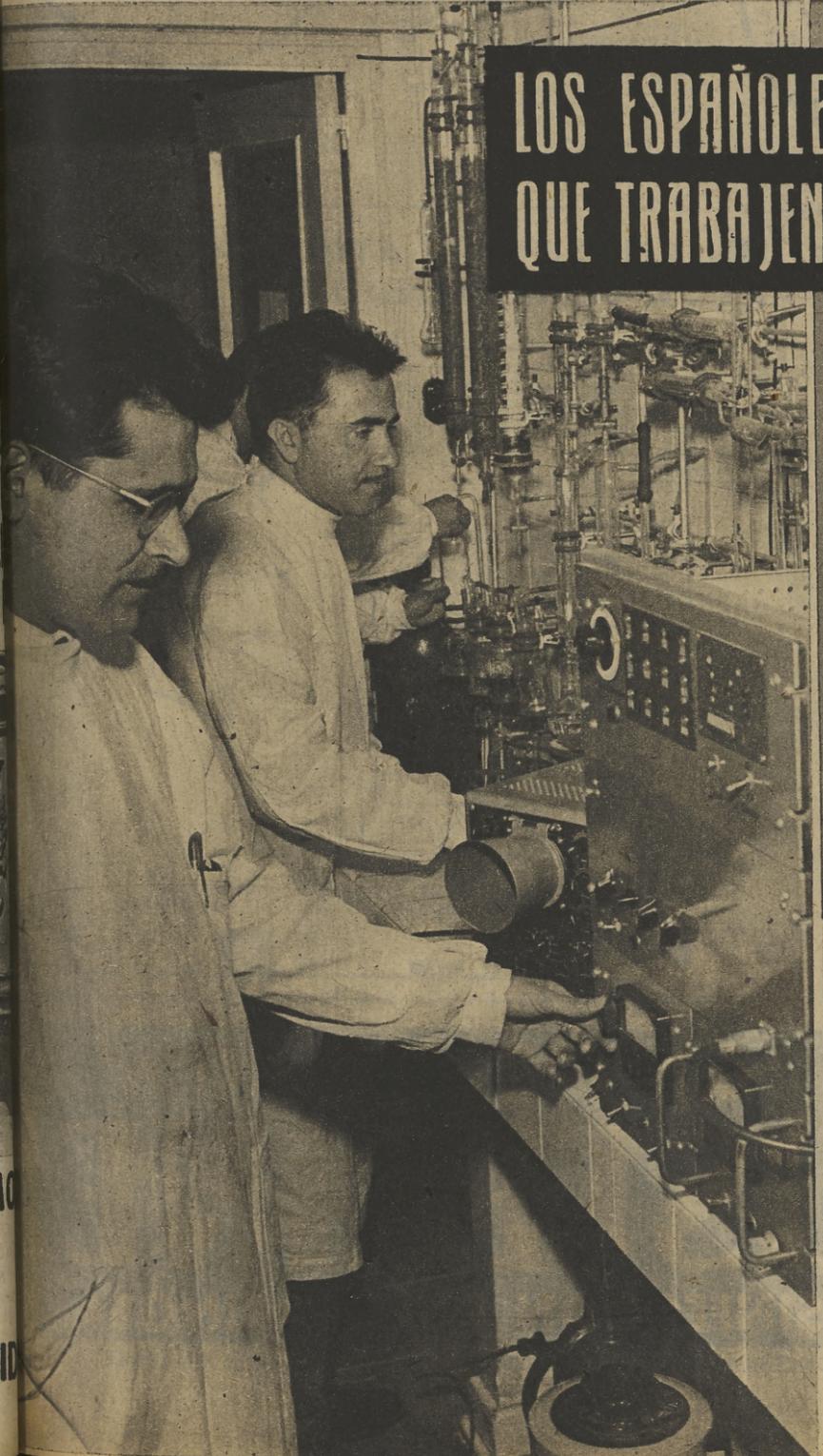
colorchecker classic

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid. 6 - 12 enero 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 423



LOS ESPAÑOLES NO QUIEREN QUE TRABAJEN SUS MUJERES

QUIEN ELIGE BIEN, VIVE MEJOR

PARA RENDIR MAS, TRABAJAR A GUSTO

UNA VOZ QUE ROMPE EL TELON DEL SILENCIO

Una clara visión política y estratégica sobre el momento internacional (pág. 9)
Jaén mira al campo (pág. 1)
* El general Navarre acusa a los políticos parisienses (página 17) * Entrevista con Fernando Sebastián de Erice (página 22) * El toro en los campos de la Mesta (pág. 29) * Leyenda del Mulhacén (página 32) * Entrevista con Martín Subiza y M.ª Teresa Olivos (pág. 43) * Un Gibraltar de bolsillo en la calle de la Ineta de Tetuán (pág. 49) * Operación «Safe Have» (página 55)

MARTIN, EL LEPROSO
Novela por Miguel Signés Molinés

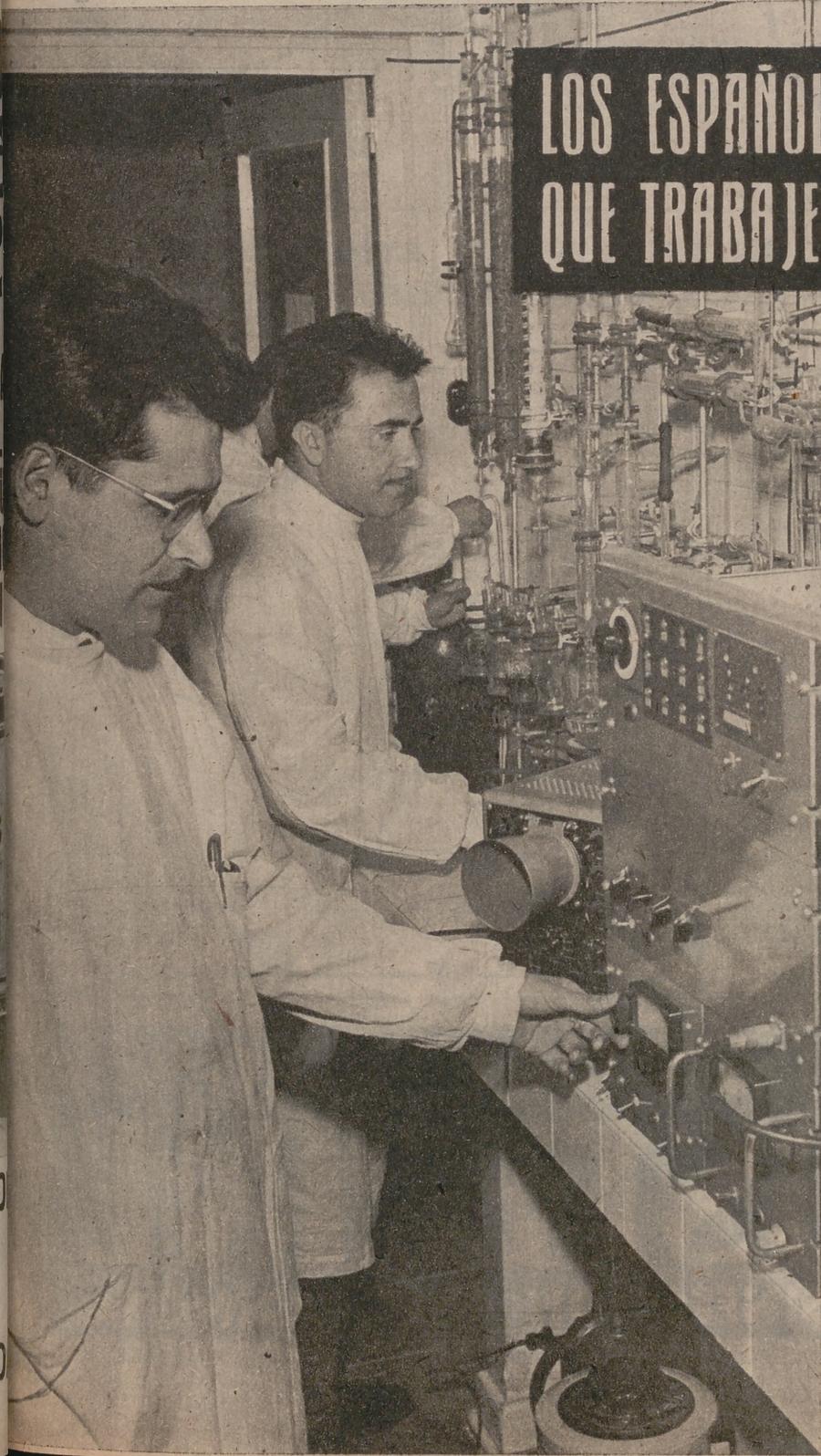
100% cotton

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid. 6 - 12 enero 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 423



LOS ESPAÑOLES NO QUIEREN
QUE TRABAJEN SUS MUJERES

QUIEN ELIGE
BIEN,
VIVE MEJOR

PARA RENDIR
MAS, TRABAJAR
A GUSTO

UNA VOZ QUE ROMPE EL TELÓN DEL SILENCIO

Una clara visión política y
estratégica sobre el momento
internacional (pág. 9)

Jaén mira al campo (pág. 1)

* El general Navarre acusa
los políticos parisienses (pá-
gina 17) * Entrevista con Fi-
nando Sebastián de Erice (pá-
gina 22)

El toro en los car-
nos de la Mesta (pág. 29) *
leyenda del Mulhacén (pá-
gina 32) * Entrevista con M.
tín Subiza y M.ª Teresa Oli-
ros (pág. 43) * Un Gibralt
de bolsillo en la calle de la I-
neta de Tetuán (pág. 49)

Operación «Safe Have» (pá-
gina 55)

MARTIN, EL LEPROSO

Novela por Miguel Signés

Molnés

LAS BACTERIAS Y LA SALUD

LAS BACTERIAS ESTAN EN TODAS PARTES

¡PELIGRO!



Millones de invisibles bacterias pululan en las manos, la piel, el cuero cabelludo, el cabello mismo... Aunque algunas son saprofiticas y no ofrecen ningún peligro, otras, pueden ocasionar infecciones. Y el peligro aumenta en proporción al número de bacterias.

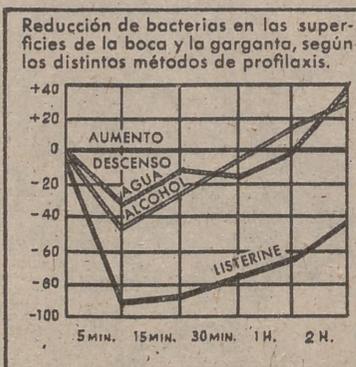
Reduciendo el número de bacterias patógenas, disminuye el peligro. Debe usarse un antiséptico eficaz que mate los gérmenes por millones. En pruebas realizadas bajo el control sanitario del Gobierno de EE. UU. se demostró que 5 centímetros cúbicos de LISTERINE aplicados sobre 0,5 centímetros cúbicos de caldo de cultivo, mata millones de microorganismos, entre ellos el *stafilococcus aureus* (uno de los gérmenes más resistentes).



¡SEGURIDAD!

COMO UN ANTISEPTICO AYUDA A EVITAR CATARROS, DESTRUYENDO BACTERIAS

Pruebas realizadas durante un período de 12 años, demostraron positivamente que las personas que gargarizan con un antiséptico eficaz se acatarán menos —y casi siempre, más benignamente— que las que no lo hacen.



■ Grupo de los que no usan Antiséptico

NUMERO DE RESFRIADOS

■ De los que gargarizan 2 veces al día

62

22

298

NUMERO DE DIAS RESFRIADO

60

ANTISEPTICO LISTERINE DESINFECCION BUCOFARINGEA

CONCESIONARIO FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID





Los arquitectos pertenecen al grupo de los que están más contentos con su profesión. Lo demuestra ese 85 por 100 de respuestas afirmativas

LOS ESPAÑOLES NO QUIEREN QUE TRABAJEN SUS MUJERES

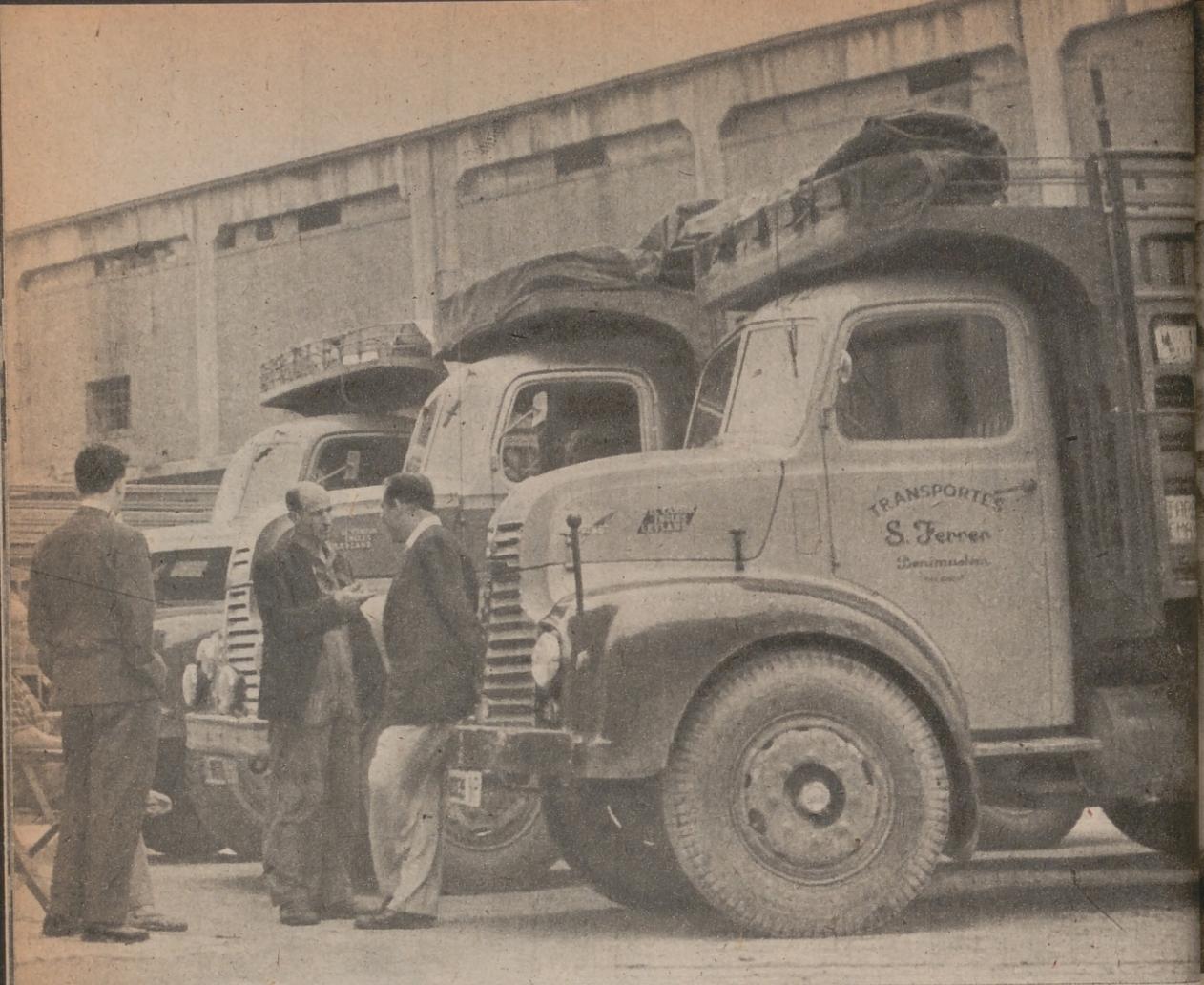
QUIEN ELIGE BIEN, VIVE MEJOR

PARA RENDIR MAS, TRABAJAR A GUSTO

BAJO la ventura del 1957 nos vamos a lanzar a una aventura. A una aventura informativa: qué piensan, qué dicen, qué pretenden o desean hacer los españoles con sus empleos.

Españoles todos, todo el mundo que trabaja, desde el jornalero agrícola al técnico, desde la mujer hogareña o de la «taquin» hasta el director o jefe de Empresa. O rentistas, que también los rentistas, aunque en decadencia como rentistas exclusivamente tales, también cuentan, hacen número en la nómina de españoles que viven, se mueven, consumen y dan.

Esa cuestión de los españoles y su empleo, que no es cosa pu-



Entre los conductores, un setenta y cuatro por ciento está conforme con ir al volante, de noche o de día, por los largos kilómetros de las carreteras

ramente personal, sino también social, ha quedado sometida a número. El número impera, aunque por distintos procedimientos a los de Pitágoras. Porque la realidad es, sea acertada o no, que el número, a pesar de su naturaleza de mensurabilidad sobre lo material, es llevado a lo abstracto e incluso a lo espiritual. Valentía de los tiempos. Se quiere someter a número —después de medir y contar— la capacidad de la inteligencia, la intensidad de la voluntad... Número. Parece que se escapa la imaginación. ¿Cómo se va a poner trabas ella misma?

¿Extrañará, por tanto, que se cuente —parece más expresivo el verbo «contabilice», para el que pedimos licencia— las relaciones entre el hombre y el trabajo? Sería estar fuera de nuestra realidad de hoy, porque el trabajo es hoy, de grado o por fuerza, el denominador común de la vida moderna. Hablamos de los pueblos con entrada en el teatro de la civilización. Puédese ser rentista por un lado pero es difícil no actuar como trabajador—empresario, jefe o subordinado—por otro excepción hecha, claro es, de las clases pasivas, que son rentistas de su trabajo en manos administrativas ajenas. Dondequiera que se mire no se encuentra más que este anuncio, visible o invisible: para, por o tras el trabajo. Al fin y al cabo no hace más que cum-

plirse el proverbio bíblico: «El hombre ha nacido para trabajar como el ave para volar».

Claro es que el proverbio bíblico ha tenido modalidades distintas con los tiempos. Ni eran lo mismo la cuantía, modos y relaciones laborales hace treinta siglos que a principios de la era cristiana, que en la Edad Media, que al principio de la Moderna o que hoy. Y precisamente hoy, mejor dicho, en el pórtico del 1957, hemos querido penetrar en las interrogantes que, a vista de pájaro, creemos haber en la población laboral de España. ¿Qué piensan los propios interesados de su propia ocupación? ¿Están realmente satisfechos? ¿Cambiarían de empleo si encontrarán una favorable oportunidad de cambiar mejorando, claro es? ¿Seguirían trabajando si tuvieran suficiente dinero para vivir sin trabajar? ¿Darían a sus hijos el mismo empleo u oficio que ellos tienen? ¿Y qué hacer con la mujer? ¿Debe tener un oficio o, por el contrario, debe limitarse a las faenas propias del hogar?

Muchas preguntas son, pero más que la cantidad preocupa la sinceridad o la respuesta auténtica, porque en esto del decir, refiriéndose al cotidiano y penoso afán de buscarse el sustento y cierta previsión de influencia biológica y también social, entran en juego muchos factores: el humor del momento de las respuestas, que

puede inducir en ese preciso minuto al no cuando en otros miles de minutos ha dominado el sí; el poder imaginativo de cada cual, porque las alas de la imaginación llegan lejos, muy lejos, tan lejos que no le es difícil salirse de la prudente y probable realidad, y, ¿quién corta alas a la imaginación si del porvenir de los hijos se trata, por ejemplo? Entra también en juego el interés, noble o sórdido, que por razones extrapersonales puede sacar a los individuos de su propio agrado y contento, y también la ignorancia, que por desconocimiento o defectuosa estimación de lo que se tiene, o por mera alucinación económica, o por ilusión en cosas creadas por la facultad fabuladora, lleva al desconcierto, trocando el no por sí, o viceversa, y también la envidia, que no deja de estar en todas partes.

Entonces, ¿cómo nos entendemos y enteraremos? Pues preguntando a muchos, y en muchas partes, y en muchos momentos. Y eso es lo que ha hecho el Instituto de Opinión Pública, de la Dirección General de Prensa: preguntar, preguntar y preguntar; hacer números, números y números. Y luego, interpretar.

Y eso es todo. Veamos.

EL HOMBRE, MAS CONFORME CON SU TRABAJO QUE LA MUJER

Los auscultadores de la opinión.



Mineros, obreros, al fin y al cabo, especializados. Otro de los porcentajes que se muestra más de acuerdo con su trabajo: un 74 por 100 de respuestas afirmativas

en este caso de los que trabajan, han ido poquito a poco preguntando. Preguntan, apuntan y callan. Pero preguntan buscando la espontaneidad.

Primeros resultados: el 60 por 100 de los hombres han manifestado que están conformes con su actual empleo. ¿Muchos? ¿Pocos? Hay que buscar una distinción, según la fórmula escolástica. En ese 38 por 100 que se ha mostrado disconforme —un 2 por 100 no contestó— hay que embarcar a gente de muy diversa pretensión, porque es cosa innegable —y de ello hemos hablado en nuestro número anterior de EL ESPAÑOL— que en la gente trabajadora de España, principalmente la juventud, hay un decidido afán de perfección. Y claro, con la perfección, viene el deseo de ascenso. Díganlo sino las múltiples academias y centros de enseñanza particulares, cada vez más en número, a los que acuden los jóvenes después del trabajo en busca de un nuevo saber para un mejor hacer, que habrá de servirle en su carrera técnica o administrativa. Citamos esos centros particulares porque el Estado ha hecho un verdadero derroche de centros de esta índole por toda la geografía de España, centros que ya pertenecen a la conciencia nacional, siempre presente. Y vale recordar: Años llevamos presenciando la aparición por todas las comarcas de esos Institutos

Laborales en que a los conocimientos indispensables para una discreta cultura contemporánea se agregan los teóricos correspondientes a los trabajos dominantes en su zona de influencia: agrícolas, marítimos, industriales en sus diversos aspectos... A cada comarca lo suyo. Pero conocimientos que destierren para siempre la rutina —ese «hacer lo que vi»— que pocos beneficios deja a la economía particular, y, por consecuencia, a la nacional. Hay ya muchos Institutos Laborales, pero, ¿Escuelas de Formación Profesional? En ellas rivalizan las Ordenes religiosas —salesianos y jesuitas, preferentemente— y los Sindicatos. Hay ya conciencia de su valor y decisiva influencia en el porvenir económico-social del país. ¿Para qué la máquina sin el hombre?

Ni español, ni europeo, ni asiático, ni americano es el problema del hombre técnico o cualificado, sino universal. Pero no todos los países van por el mismo camino ni a la misma distancia. Ahí van unas cifras, no muy recientes, porque el meridiano de las estadísticas tiene un año de retraso, por lo menos: Alemania, 1.909.576 alumnos de Enseñanzas Técnicas, y (bien que se nota en su organización y productividad); es decir, un promedio de 37.82 por 1.000 habitantes. Y es el país campeón, Austria, por ejemplo, arroja un 14.88 por 1.000. España,

que, como se sabe, ha dado un gran impulso a esta tarea en los últimos veinte años, sólo iba en 1952 por el 1.66 por 1.000. Pero luego han seguido multiplicándose los Institutos Laborales, han aparecido las Universidades, que en el pasado curso abrieron sus puertas y albergan cerca de 15.000 jóvenes, y han entrado en función viva y eficaz los Institutos Nocturnos de Enseñanza Media para los que trabajan de día...

¿Qué pasa, pues? Lo siguiente: el ritmo de nuestra instalación y producción industrial lleva delantera al de la formación de nuestros obreros y técnicos. Y he ahí la prisa. Y he ahí también la conmoción de ese 34 por 100 de hombres que ve, y desea por humana y legítima ambición, otro panorama laboral. Si en cualquier otro tiempo pasado —y no mejor— se hubiera interrogado así, tal vez habría menos conmoción; pero la razón no está dentro de una piedra filosófica, sino somera y al alcance de cualquiera: la falta de panorama, nublado, además, por la indiferencia en los caminos de perfección.

El cambio, las mujeres parecen más firmes y apegadas a sus puestos: un 63 por 100 ha dicho que sí, que están satisfechas con su actual empleo. Sólo un 29 por 100 quiere otra cosa, no sabemos qué... ¿Hogar? ¿Labor propia?... Y también en el sexo femenino ha habido más cautela, indecisión

o ganas de no hablar: un 8 por 100 no ha contestado.

Y cabe preguntar: ¿Esa fidelidad al empleo significa que operan de acuerdo con su vocación más que los hombres? ¿Es que agotan más pronto sus posibilidades? Tal vez esto último tenga en su apoyo la realidad, hoy existente, de que el número de posibilidades para la mujer es muy limitado. Pero esta realidad no quita el deseo de cambiar o mejorar. Parece que la mujer, una gran mayoría de la mujer, se dirige rectamente a su objetivo, en muchos casos provisional, como puente económico hasta la hora del matrimonio. No olvidemos su gran aliado: el sentido práctico.

LO QUE DICE LA GENTE DE CAMPO

El planteamiento especial de la cuestión hace variar los resultados: ¿Dice lo mismo el campesino que el urbano? Campo y ciudad. Es cuestión que más bien parece problema, pero no hay tal. No son sólo las luces de la ciudad las que convocan al campesino, sino el empaque industrial que va perfilando a los grandes núcleos urbanos. ¿De dónde ha de venir la mano de obra?

A las preguntas ha contestado un 38 por 100 que no está satisfecho. En cambio, entre los ciudadanos, sólo un 29 por 100.

Pero lo que interesa es preguntar: ¿Aumenta o disminuye ese porcentaje? El campo, nuestra zona rural de hoy, ya no es aquella zona campesina de antaño, como la pintaba Jovellanos:

«los campos sin árbol, soto ni edificio — plagados de amapola y jaramago. — Y agua, y bueyes, y brazos sin oficio... — España, flaca y amarilla — el ropaje arrugado. — destrenzado el caballo, y a su lado —postrados los leones de Castilla».

No. El campo de hoy, nuestra población rural, tiene cine, y radio, y agua, y máquinas, y brazos con oficio. Y bicicletas para recorrer los caminos, como antes lo hicieron en lentos burros, cuando no en el «cochecito de San Fernando», sin otro recurso para el ocio del camina te que el cante regional.

No es la palabra, sino el paso por los caminos, lo que ha de dar explicación con el ejemplo visible: en el campo español ha pasado algo. Máquinas trepidantes, canales con agua borbotona, crestas verdes de plantaciones arbóreas —se ha dado la batalla a la amapola y al jaramago—, casas blancas y nuevas, y nuevos pueblos, y postes de luz, y postes de teléfono, y silos, y granjas... Primavera de una época.

¿Y el hombre? ¿Y el hombre de campo? El hombre de campo ha roto los estrechos límites de su pueblo, ha ensanchado el área de sus conocimientos. Y por la cultura, por los caminos de la cultura —nuevos caminos que llevan a la soberanía personal— ha descubierto otros horizontes. Resultado: unos quieren permanecer junto al canal o sobre la máquina; otros siguen el reclamo de la ciudad: estudios, industria y administración. ¿Qué ha sucedido?

Que las nuevas y grandes concentraciones industriales piden hombres. Y el campo se las quiere arreglar con la máquina y el acceso a la propiedad para el cultivo directo y personal.

EL TRIUNFO DE LA VOCACION DE LOS TECNICOS

Salgamos del planteamiento especial para acercarnos a las clases económicas, desde la de mayor poder adquisitivo a la más modesta: ¿Acaso han de manifestarse lo mismo los rentistas que los canteros, por ejemplo? Aquí para entendernos, hay que hacer grupos: uno, el de los rentistas, empresarios de comercio o industria, gerentes, directores... ¿Contentos con lo que tienen? Sólo un 2 por 100 dice que no; y un 10 por 100 se ha reservado lo que hay en su interior. Y, claro, un 86 por 100 ha dicho sí. ¿Es cuestión de vocación?

El segundo grupo es más difícil de comprender. El empresario agrícola —que estos son sus elementos— juega a cara y cruz sus empresas: ¿Lloverá? ¿No lloverá? Mirando al cielo gastan horas, porque en las nubes va el índice de su producción. Ahora, los regadíos constituyen su amparo. Surcos y reses tienen sus reservas en la nuevas presas que fajan los ríos; pero, con todo, hay que mirar al cielo. Por otro lado, la tierra multiplica lo que se le da pero, además, exige un cuidado muy personal, que refiado anda con el absentismo. Por tanto, este grupo es de los que da más por



Los artesanos son la parte artística de los oficios. Bien es cierto que hoy, la máquina es imprescindible. Pero aún queda un buen número dedicado al simple y bello trabajo manual. Un 44 por 100 están enamorados de su profesión.



Los dependientes de comercio son los que están más descontentos con su misión. Aun cuando como en la fotografía la clientela sea agradable y simpática, un 28 por 100 han contestado negativamente en la encuesta.



Entre la gente del campo late siempre el sueño de la ciudad. Un 38 por 100 de los campesinos desea variar de modo de vivir

centaje de negación: un 29 por 100. Ahora, eso sí, todos han contestado. ¡El campo! ¡El pan, pan, y el vino, vino!

En el tercer grupo hay un triunfo. El triunfo de la vocación. Ni hay esa renta económica o social del primer grupo, ni tampoco la herencia corriente del campo y, sin embargo, un 85 por 100 ha dicho sí, que está conforme con su empleo actual. Es el grupo de los técnicos y afines y militares. ¿No es acaso una buena prueba previa la carrera o la oposición? La vocación toca los talones a la «buena posición»: rentistas, un 86 por 100, sí; técnicos y militares, un 85 por 100, sí.

Y, ¿qué dicen los oficinistas, dependientes de comercio y similares? Forman el grupo cuarto. He aquí profesiones de grandes flujos y reflujos. Encaramados andan en escalas bastante móviles. La consecuencia es clara: las apetencias han de tener variacio-

nes bruscas, como el tiempo de marzo. Pero late en ellos un fondo firme de vocación. El reniego brota muchas veces de un mal humor momentáneo, porque su curso laboral suele estar sometido a bastantes presiones; es el grupo de la paciencia en las relaciones sociales, es el grupo situado en el curso medio de las corrientes de mando, de esas corrientes que van del jefe al jornalero o al público. Sin embargo, un 72 por 100 quiere seguir.

Hay más conformidad en los conductores, artesanos y jornaleros calificados que en los oficinistas y dependientes de comercio, según los números. Pero hay que repetir: en oficinistas y dependientes entra en juego el momentáneo humor. Entre conductores, artesanos y jornaleros calificados —quinto grupo— hay un 74 por 100 positivo. ¿Vocación? ¿Razón económica? Hay, desde luego, un signo positivo del tiem-

po: la valoración cualitativa de la mano de obra, de repercusión económica. Pero también ha de haber otra razón: ¿Cómo y por qué son lo que son? Son lo que son tras un esfuerzo, y luego se desdibuja menos su individualidad. Porque, ¿cuál es la consideración íntima de un jornalero calificado cuando mira en torno? No es, no se considera una pieza inexpresiva en el engranaje de la gran máquina de producción. No. Hace, dejando algo de aportación creacional. ¿Y el artesano? El artesano se mira íntegro en su obra. Triunfa, pues, la razón psicológica.

Quedan dos grupos: Primero, mineros y canteros, servicio doméstico, servicios personales, subalternos, acogidos, jornaleros sin calificar y jornaleros agrícolas; segundo, aquella población que por su edad u otra circunstancia vive a expensas de tercero, como son las mujeres que atienden las fac-



Los oficinistas es lógico, desean mejorar. Aún así, hay un 72 por 100 que no están disconformes con su trabajo

nas de casa, los estudiantes y los ancianos sin profesión.

¿Qué contestan? Lo que dicen los del primero de estos dos últimos grupos no es difícil prever: un 57 por 100 dice no. Sólo un 1 por 100 ha querido callar, y ha callado. Así que un 42 por 100 ha dado conformidad.

Entre los que viven a expensas de un tercero hay, sin embargo, un 19 por 100 disconforme. ¿Extraño? Humor, mal humor.

VIVIR SIN TRABAJAR

¡Sorpresa! Con las debidas precauciones para hacer brotar la espontaneidad, se ha ido preguntando más o menos directamente: ¿Seguiría usted trabajando si tuviera dinero suficiente para vivir sin trabajar? Pero «trabajar-trabajar», no trabajar por entretenimiento. Tremenda pregunta que a muchos cogió de sorpresa. ¿Trabajar, así como así, sin hacer falta?

¡Sorpresa! Un 60 por 100 de hombres ha dicho que sí. De mujeres, menos: un 42 solamente. ¿Eh? De todos modos, un 50 por 100 de españoles está dispuesto a trabajar en las condiciones que fuere. Y ya somos en España cerca de 30 millones de habitantes, incluidos niños y ancianos.

Sería curioso, y conveniente, hallar la razón. ¿Más amor del hombre al trabajo? ¿Más amor de

la mujer al hogar? ¿Conciencia varonil de su misión? ¿Miedo del hombre al tedio del ocio improductivo? Cantan y cuentan los números presentando al «hombre abstracto» de las estadísticas como deseoso en un 60 por 100 de trabajar mientras que un 52 por 100 de mujeres dicen lo contrario. ¿Acaso tenemos delante dos direcciones, aunque matemáticas: trabajo y hogar? En España seguro que así es.

Hay bastante diferencia entre los trabajadores del campo y la ciudad. Y no faltan razones que explican, pero no justifican. La ciudad ofrece más para la inversión del tiempo. Pero hay más, aunque de sentido contrario: la paz, la serena paz del medio rural, echa más lazos de adhesión, de enraizada y más firme adhesión, que el «mundanal ruido», de un gran centro de población. Lo cierto es que un 53 por 100 del campo está dispuesto a continuar trabajando aunque tenga dinero suficiente para vivir sin trabajar, mientras que en los núcleos urbanos, sólo encontramos un 41 por 100 con la misma actitud.

En los distintos grupos a que antes nos hemos referido no hay unanimidad. Es difícil que la pueda haber porque entre ellos es muy larga la solución de continuidad. Ejemplo: el rentista. ¿Quiere seguir trabajando si tuviera dinero para no tener que

trabajar? ¿Qué ha de contestar el rentista? Ha de contestar: sí. Así que el 25 por 100 que dice que no, hay que buscarlo entre los otros a los industriales, comerciantes, gerentes y directores, que con dinero en mano se retirarían para formar en el escudrón de la renta. Y queda demostrado el teorema.

Y triunfa de nuevo la vocación: el mayor porcentaje positivo reside en el grupo de profesionales y técnicos. El 75 por 100, nada menos. Trabajando, pero, ¿en qué? De seguro que en su línea, pero mejorando.

Una sorprendente explosión: el mayor porcentaje de los que dejarían de trabajar está entre los conductores, artesanos y obreros calificados. Hay un 60 por 100 que dice que no. Mientras tanto, los mineros, canteros, servicio doméstico etc., son más modestos en su negación: un 50 por 100. Poco más, muy poco más, que los inquietos oficinistas y dependientes de comercio, que en un 49 por 100 dicen que es mejor comprar que vender, mejor todavía pagar que cobrar sueldos, y mucho mejor todavía poder gozar de vacaciones a placer. ¿Humor? Satisfacción, aunque no tranquilidad.

LA MUJER EN CASA. ¿SÍ O NO?

Hay acuerdo entre los dos sexos. Sí, dice que debe tener oficio un 41 por 100 de mujeres, con el voto en contra de un 80 por 100 de hombres, que clama: «¡La mujer, al hogar!» Un 57 por 100 de mujeres están de acuerdo con ellos. Así que la mayoría de los sexos han indicado bien el camino.

La ciudad es más condescendiente con la incorporación de la mujer al trabajo, aunque, a decir verdad, ¿cuándo han dejado de trabajar? Un 33 por 100 de la población urbana de España se muestra partidario de hacerlas participes en un oficio. Los del campo se muestran más remisos: un 23. Pero tanto en uno como en otro sitio —la ciudad, el 65 por 100; el campo, el 75— coinciden en la mayoría para darles ocupación habitual y exclusiva en el hogar.

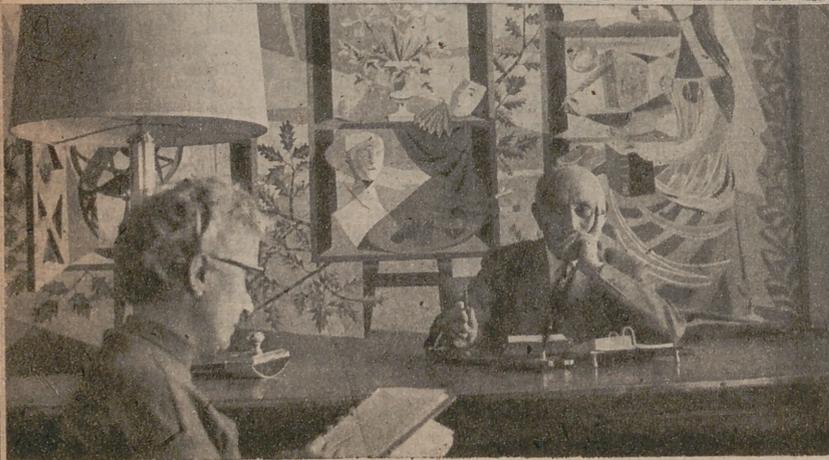
¡Curioso! En esto de dejar sitio a la mujer se muestra más generoso el grupo de oficinistas y dependientes de comercio: un 34 por 100. ¿Qué influye? ¿La edad? ¿Los breves ratos de expansión que permite este tipo de ocupación? ¿Un reconocimiento de la adecuación del oficio? Su voto negativo de inscribirla en el hogar es definitivo: 62 por 100 solamente. El mínimo. Quedan, sin embargo, en mayoría los que reconocen, y reservan, y señalan la suprema misión de la mujer: el hogar.

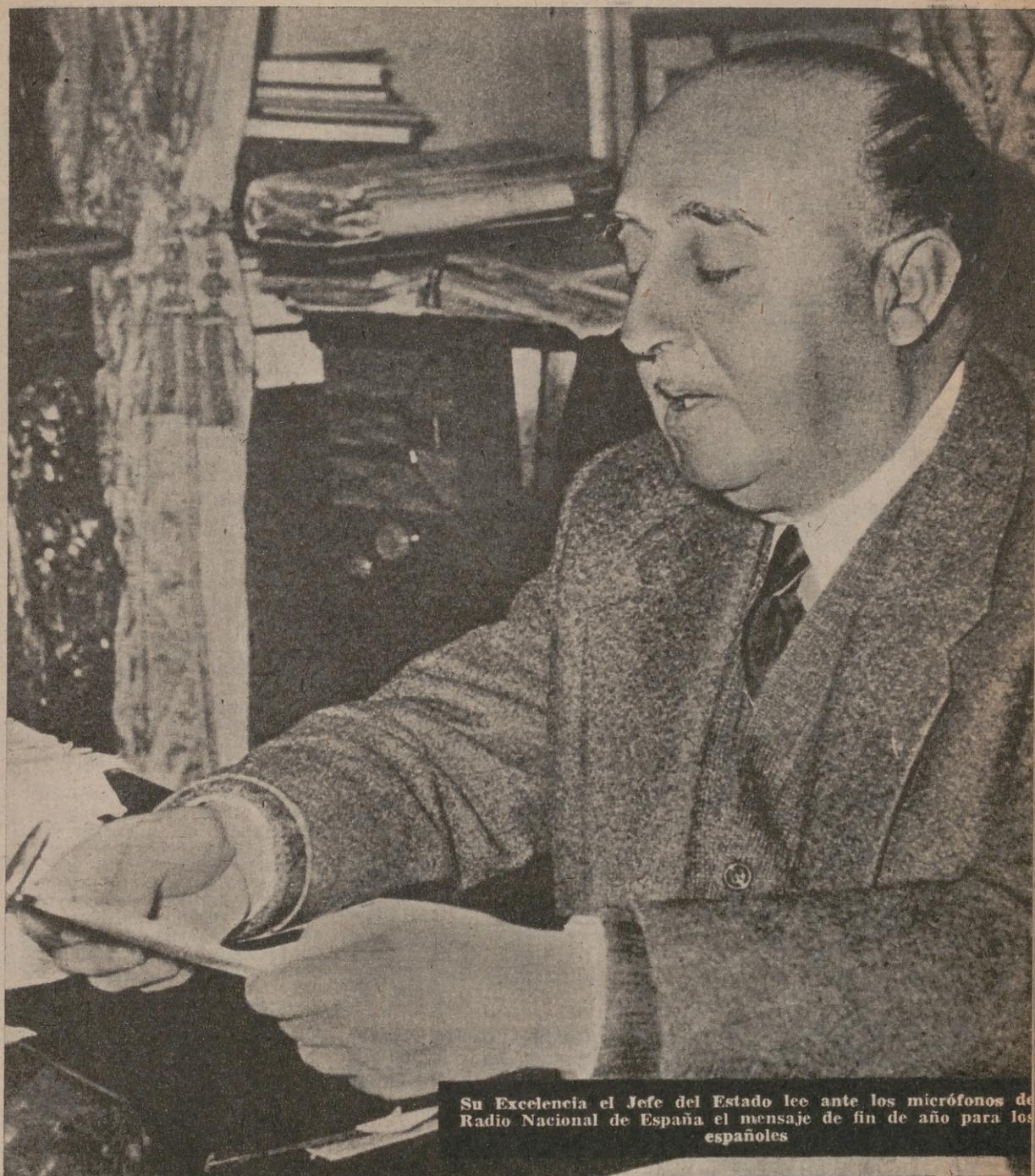
Resumen: En cualquier caso la mayoría de los españoles de hoy está dispuesta para el trabajo. Y no sólo por razones puramente económicas. No puede repetirse el lamento lapidario de Francisco de Quevedo: «Hoy desprecia el honor al que trabaja, y entonces fué el trabajo ejecutoria y el vicio graduó la gente baja».

Hoy, 1957, el trabajo es un honor.

(Fotografías de CORTINA.)

Dirigir es función bien difícil; dirigir bien se entiende. Un 86 por 100 de los directores de empresa realizan con entero gusto su misión





Su Excelencia el Jefe del Estado lee ante los micrófonos de Radio Nacional de España el mensaje de fin de año para los españoles

UNA VOZ QUE ROMPE EL TELON DEL SILENCIO

"NO ERAMOS NOSOTROS QUIENES TENIAMOS QUE RECTIFICAR"

Una clara visión política y estratégica sobre el momento internacional

CUANDO Eisenhower es nombrado jefe del Cuartel General de las fuerzas del Pacto del Atlántico, en 1950, se reúne inmediatamente con las más importantes personalidades militares de la Organización.

—¿Qué necesitan los rusos para llegar a los Pirineos?

La respuesta a esta pregunta de Eisenhower fué terminante:

—Únicamente tienen necesidad de botas.

Europa estaba a merced de las divisiones soviéticas, según el juicio autorizado de los consejeros del general. Y esta gravísima situación militar se correspondía con otra no menos alarmante coyuntura política. Eran los tiempos en que el mundo libre doblaba el espinazo ante las exigencias

del Kremlin. Cualquier sacrificio se consideraba pequeño con tal de no provocar el enojo de Stalin. Entre las dádivas puestas a los pies del dictador comunista, para congraciarse con él, figuraba en primer plano la «condena» internacional al Régimen español.

Sin embargo, en esos años de claudicaciones, una voz se alzaba serena y sabia. Entonces, como



Rusia ha de volver a sus antiguas fronteras para que la paz sea una realidad

ahora, desde una habitación de trabajo en El Pardo, se apuntaba el peligro y se marcaba la política capaz de salvar al Occidente. De todos los gobernantes de la época actual, el Jefe del Estado español es de los pocos que pueden repetir en 1967 los argumentos pronunciados en cualquiera de los años precedentes. Las afirmaciones de Franco al iniciarse nuestra guerra siguen siendo válidas cuatro lustros más tarde, sin enmiendas ni raspaduras como se dice en frase habitual para poner de manifiesto lo que es auténtico y sin componendas. Muy contados son los gobernantes que en el mensaje a sus pueblos en la pasada noche de San Silvestre pueden decir, como Franco, estas palabras:

«Los hechos confirman nuestra razón con una elocuencia irrefutable. Aun a sabiendas de que los egoísmos, las incomprensiones, las veleidades, las concupiscencias o los compromisos oscuros y turbios levantarían un mundo de silencio en torno a la voz y a la ex-

periencia de España, hemos venido advirtiendo lealmente a nuestro pueblo y a cuantos han querido oírnos de todos los peligros y erróneos razonamientos de la política mundial frente a los problemas que rozaban nuestro porvenir en el concierto de las naciones. Y tan ciertos eran aquellos peligros, que la tragedia en estos últimos meses ha rondado, y aun no se ha desvanecido su sombra, en torno a todos los hogares del mundo. También aquí la realidad ha confirmado que no éramos nosotros quienes teníamos que rectificar.»

Este mismo gobernante, Francisco Franco, ha hecho una exposición completa de los problemas internacionales de la hora actual. Cada opinión suya está respaldada por el prestigio que concede a la palabra el hecho de haber dado en la diana de la verdad, sin enmendar el tiro, durante los veinte años más horribles de la edad contemporánea. Y se da también la circunstancia de que muchos juicios de Wash-

ington sobre los acontecimientos actuales coinciden con las previsiones de nuestro Jefe del Estado, hechas en los pasados años. La voz de El Pardo ya no es la voz que llama en el desierto, como se pretendió tiempo atrás con el telón del silencio en torno a España.

NEHRU, EN LA FINCA DE GETTYSBURG

Muy pocos días atrás, en Washington, se disparaban diecinueve salvas de ordenanza para recibir a Jawaharlal Nehru, el ídolo político de millones y millones de asiáticos y africanos. Vestido con la tradicional «achkan», la levita negra y abotonada hasta el cuello, y con los ceñidos pantalones «salwars» de color blanco, el dirigente indio estrecha jubilosamente las manos del Presidente de los Estados Unidos y de «Mamie» Eisenhower.

—Es un privilegio y un honor darle la bienvenida a este país y a esta casa.

El día siguiente al recibimiento, Ike y Nehru están en la finca de Gettysburg celebrando conversaciones. El político indio coloca sobre el tapete el tema del Gobierno comunista de China.

—Los representantes de este país han dado ya muchos pasos para normalizar las relaciones con los Estados Unidos. Chu En-Lai se siente profundamente agraviado por los desastres americanos. ¿Por qué el Presidente no admite las «realidades» y reconoce al Gobierno de la China Popular?

Eisenhower contesta sonriente; adopta el aire de un simpático profesor que da su lección sobre el mecanismo político del país.

—El reconocimiento de la China comunista requiere la conformidad mayoritaria del Congreso y que el Senado apruebe la designación de embajador. Yo no puedo contar con la ayuda del partido republicano para tal decisión.

—Entonces, y como acción previa, ¿por qué el Presidente no inicia una política encaminada a suprimir los embargos y comerciar libremente con Pekín?

—No es esa mi intención hasta que Pekín no dé pruebas de que el Gobierno está dispuesto a cooperar pacíficamente dentro de la comunidad internacional.

Se produce un silencio embarazoso, y el Presidente Eisenhower dispara esta frase contra su interlocutor:

—Volviendo a un tema que nos incumbe más directamente, no puedo ocultar el desagrado con que se han visto aquí las intervenciones imprudentes y desafortunadas de Krishna Menon, el jefe de la Delegación de la India en la O. N. U.

Sabido es que las opiniones de Menon son las propias opiniones de su superior jerárquico Nehru. Pero Eisenhower escucha con sorpresa estas palabras del dirigente indio:

—Estoy indignado con la actitud rusa; Moscú me hizo caer en la trampa de que su intervención en Hungría obedecía exclusivamente al deseo de restablecer el orden y la paz. Han cometido allí un delito de sangre para imponer la tiranía.



Nehru es recibido por Eisenhower en la Casa Blanca

Si estas fueron las censuras que Nehru hizo de la política soviética ante Eisenhower, muy poco en consonancia con las recomendaciones para que los Estados Unidos acepten al régimen comunista chino. Nehru no se recatara horas más tarde en hacer esta confesión ante los periodistas:

—Rusia está apasionadamente deseosa de paz..., se mueve hacia la democratización y la libertad; créanme, señores...

Frente a la política tortuosa de ocultar la verdad, frente a juegos como éste dirigidos a sembrar el confucionismo, Franco se ha expresado sin titubeos y valientemente. «El mundo occidental no tiene derecho a comerciar con la vida y la libertad de las naciones del Este europeo.» Muchos son los políticos de la hora presente que deberían grabar en sus conciencias esas palabras.

RUSIA HA DE RETIRARSE A SUS FRONTERAS

Para el Jefe del Estado español el deber moral y político del mundo libre es adoptar las medidas necesarias para la liberación

de los países subyugados. «La idea de la coexistencia a base de la consolidación del «statu quo» de la injusticia, de la aceptación de la invasión más grande y terrible conocida en la Historia, sería una vergüenza para el sentido moral del mundo libre y para su inteligencia política. Occidente debe darse cuenta de que la liberación de los pueblos subyugados es el único camino para asegurar la propia libertad y seguridad tan gravemente amenazadas.»

Con tales juicios sobre los países «satélites» se conjugan las declaraciones hechas por el secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles, en las mismas fechas en que la presencia de Nehru en los Estados Unidos encendía el mundillo diplomático en vivas polémicas. El ministro, en su primera conferencia de Prensa tras seis semanas de convalecencia por la operación de cáncer sufrida, puntualizó las bases de la política de Washington a la vista de los sucesos de Hungría.

La primera premisa de aquel Gobierno es reafirmar el derecho de las naciones ocupadas por Ru-

sia a conseguir su independencia. Aquí es cuando Dulles empleó los términos de «evolución pacífica» para señalar el camino que deben seguir hasta lograr sacudirse el dominio impuesto.

Segundo punto fundamental de las declaraciones del secretario de Estado es dar seguridades a Rusia en el sentido de que si ésta reconoce la independencia de los países satélites, las potencias occidentales se abstendrán de toda tentativa dirigida a convertir el Este de Europa en una zona hostil a la nación soviética. Y Washington da aún más seguridades en tal sentido; el Gobierno norteamericano anuncia que revisará por completo su actuación militar y política en Europa occidental tan pronto como la independencia de esos pueblos sea un hecho. «Nosotros no tenemos ningún deseo de que la Unión Soviética esté rodeada por pueblos enemigos. Pero esto no es un problema que dependa de la política de Washington, sino de la actuación del Kremlin. A menos que no cambie de directrices, y de seguir por el actual camino, Rusia se verá cercada por pueblos enemigos y, por

consiguiente, por Gobiernos hostiles», son palabras de Foster Dulles.

La opinión de Franco sobre este punto de la política internacional se resume en estas frases: «Especulan los dirigentes soviéticos con maquinaciones agresivas de los Estados Unidos y del Occidente contra su nación, pretendiendo justificar así ante su pueblo sus acciones hostiles y su mantenimiento por la fuerza sobre otras naciones, como medidas indispensables de carácter defensivo ante la amenaza de una agresión. Es necesario llevar al ánimo del pueblo ruso y de sus dirigentes militares que es falso cuanto en este orden se le presenta, que nadie quiere mal al pueblo ruso ni a las clases sociales que al través de tantos años de una realidad comunista se hayan creado; que la liberación que se pretende de los pueblos de Europa, y por la que se combatió en la última guerra, no es para utilizarla contra la nación soviética, sino para que recobren su libertad e independencia.»

Si estos puntos fundamentales se llevan a la práctica con sentido común y son escuchados por los hombres responsables del Kremlin, el mundo puede hallarse en el punto de partida para lograr una seguridad y una paz estables.

«LAS AGUAS NO SUELEN VOLVER POR LOS MISMOS CAUCES.»

En Holtzkirch, cerca de Múnich, se montó una emisora destinada exclusivamente a emitir programas dirigidos a los pueblos sojuzgados y a estimular el espíritu de resistencia contra las autoridades de ocupación. Agitaciones como la Cruzada por la Libertad inundaban periódicamente el Este de Europa con folletos transportados por globos. Emigrados de aquellos países y con ideologías políticas propias de unos tiempos definitivamente pasados, habían conseguido hacerse oír a través de algunas emisoras del mundo libre. Sus palabras no correspondían ni a la realidad del momento en los países sometidos ni a las auténticas intenciones de los Gobiernos occidentales.

Hay sobrados ejemplos de los impactos causados por esas propagandas. Un día se dijo por una radio que determinados billetes del Banco Húngaro iban a ser retirados de la circulación. Se produjo un auténtico pánico en Budapest y las tiendas fueron tomadas al asalto por los húngaros, con el afán de deshacerse de la moneda que creían amenazada. Ya en pleno alzamiento, los radioescuchas de algunas emisoras occidentales llegaron a dar por bueno que, de seguir la lucha hasta el día de las elecciones presidenciales de Estados Unidos entonces esta potencia intervendría debidamente en favor del pueblo húngaro. Tales hechos ponen de manifiesto un fallo del aparato propagandístico y el fracaso político de algunos grupos de emigrados.

Franco no ha guardado silencio sobre esas realidades. «Yo encuentro dialécticamente débil cuando no torpe, la propaganda

exterior del Occidente», ha dicho Sus palabras son de una excepcional clarividencia cuando se refiere a las pretensiones de quienes siguen defendiendo ideas o principios políticos definitivamente arrumbados por los tiempos. Son la lección magistral para los que piensan que la solución de los problemas contemporáneos se puede hallar aplicando fórmulas y reglas que tuvieron vigencia en los días de la Reina Victoria de Gran Bretaña, cuando los hombres lucían soberbios bigotes a la borgoñona y las damas usaban miniflaque.

«Sería, por otra parte, equivocado el que de la reacción húngara contra la esclavitud soviética se pretenda deducir en el orden político un deseo de vuelta a los sistemas e instituciones que la invasión comunista derrumbó. Las aguas no suelen volver por los mismos cauces... Del pasado se recogerán los valores e inerte el viejo, circunstancial o inútil, que su propia incapacidad y el tiempo desplazó.»

RUSIA CONSERVA SUS UNAS AFILIADAS

Una serie de sucesos, encadenados unos a otros, ha dado pie para que se diga insistentemente que el régimen soviético está herido de muerte. La condena de Stalin y de su obra, por un lado. La revuelta de Polonia, la revolución de Hungría, la agitación en Ucrania y el malestar que se exterioriza en Alemania Oriental, en Lituania y Estonia, vienen a sustentar tal creencia por otro lado. La reciente reunión del Comité Central del partido comunista de la U. R. S. S., en cuyas sesiones se ha nombrado a M. Gue' Pervukhine para desempeñar la presidencia de la Comisión del Estado para la planificación quinquenal, lo que implica la caída de Saburov, añade más argumentos en favor de la tesis del derrumbamiento del régimen soviético.

Ese acuerdo del Comité Central consagra públicamente el mal momento por el que atraviesa la economía de la U. R. S. S. y el intento de crear una tecnocracia situada desde ahora por encima de la política. Se pone de manifiesto así que el Kremlin desea confiar la dirección de la economía nacional a elementos realmente competentes. Esto permite prever una reorganización total del aparato administrativo y una depuración sin contemplaciones en los cuadros subalternos. A la vista de tal panorama, cabe pronosticar seriamente que la ruina del régimen sea irremediable?

Los apóstoles de la caída del sistema político que rige los destinos de la U. R. S. S., basan también sus argumentos en la repulsa exterior contra el comunismo. En Europa occidental son legiones los que han devuelto sus carnets rojos después de los sucesos de Hungría. En Italia, los comunistas han sufrido un descalabro de tal envergadura que en unas elecciones municipales celebradas ahora en el Tirol, la votación a su favor acusa un descenso de una tercera parte.

En los centros sindicales franceses, que llegaron a estar dominados por los comunistas a raíz de la terminación de la guerra, no se ha logrado ni siquiera organizar una huelga de protesta por los asaltos de que ha sido víctima la sede central del partido en París.

Sobran las pruebas de la condenación internacional del comunismo. Ultimamente, el Consejo de la Paz Mundial, organización poderosa en manos del partido, ha publicado un informe pidiendo la retirada de las fuerzas rusas de Hungría, Italia, la tercera parte de los cuarenta millones de lectores de periódicos compraban o leían las publicaciones comunistas. Ahora el partido sólo cuenta con cuatro diarios, de una circulación total inferior a los 400.000 ejemplares. Hace pocos años había en Francia 32 periódicos comunistas, el 22 por 100 de toda la Prensa diaria del país, y hoy sólo viven doce. «L'Humanité» no pasa ahora de los 100.000 ejemplares de tirada, y antes era, por su número, de los primeros de Francia.

Para Franco esos fenómenos no quieren decir que el peligro haya pasado y que las instituciones soviéticas se hundan. «La situación interior y la repulsa exterior de los otros países comunistas ha obligado, sin duda, a los gobernantes rusos e echar sobre otros hombros las culpas de sus fracasos; pero hasta querer deducir de esta crisis interna con la que Rusia se enfrenta ventajas inmediatas para el Occidente hay mucha distancia. Son sólo fenómenos que conviene cometer a observación, estudio y consideración. Mientras el sistema soviético de terror implacable y de eficacia probada tenga capacidad para resolver las situaciones que se le planteen y mantener su iniciativa y expansión en los frentes ideológico, político, económico y militar, no puede decirse que esté en crisis, ya que su amenaza y peligrosidad permanecen.»

UNION FRENTE AL ENEMIGO COMUN

Para hacer cara a ese peligro no eliminado de la política soviética, Franco propugna una unión efectiva del Occidente. Una cooperación más sincera. Y apunta también las dificultades que pueden alzarse ante ese objetivo.

«Constituye una quimera, que la realidad no tardará en desbaratar, esas ambiciosas aspiraciones de unos Estados Unidos de Europa, que ni siquiera para los problemas de interés vital suele lograrse. Las naciones viejas del Occidente han formado a través de los siglos su propia personalidad, que no puede borrarse. Pueden y deben asociarse para fines concretos y determinados de interés general, que con el trato y la interdependencia conviertan estas Asociaciones en cada día más íntimas.»

En opinión del Generalísimo, hay que superar los sectarismos políticos, de cuya agresividad, consecuencias y fanatismo tiene nuestro pueblo una larga expe-

riencia en estos años pasados.

Son esas ideologías tranochada y los intereses partidistas los que rompen peligrosamente la urgente y necesaria solidaridad del mundo occidental frente al enemigo común: la política soviética.

MILITARES EN EL KREMLIN

El secretario de Estado ha afirmado sin dejar lugar a dudas que la actual situación mundial no permite la menor reducción en el poderío militar de la O. T. A. N. «El hecho de que se tienda a hacer de las divisiones de la Organización, unidades más maniobreras y mejor preparadas para la guerra moderna, no hay que confundirlo con un debilitamiento de su capacidad bélica.» Y luego ha añadido para no dejar la menor incertidumbre en la opinión pública: «Los Estados Unidos rechazan de plano los argumentos de aquellos que insisten en presentar las dificultades de Rusia en el Este de Europa como pretexto para el debilitamiento en Europa occidental.»

Para Franco es un acontecimiento importante la intervención de la clase militar en el Politburó soviético, representada por el mariscal Zukov. Da como seguro también que los dirigentes actuales del Kremlin se vieron obligados a requerir la ayuda del Ejército con el fin de eliminar a Beria y al terrorismo policíaco impuesto por ese dirigente. Admitiendo así la gran influencia que ejercen los mandos superiores de las fuerzas armadas en el Gobierno de la U. R. S. S., dirige una seria advertencia:

«Los Ejércitos rusos se encuentran de hecho prisioneros de los países ocupados. Si la situación del mundo llegase a alterarse, sus fuerzas serían sin duda batidas por los nacionales a poco que éstos se les ayudase con armas a su liberación. Más fuerte será Rusia dentro de sus fronteras que con sus fuerzas repartidas en tan extensos territorios.»

A fin de enjuiciar el problema ruso, traemos las siguientes palabras de Foster Dulles: «Hace un par de años la Unión Soviética creía, y nosotros quizá llegamos a admitirlo, que el Kremlin podría contar con 60 o más divisiones de los países satélites para combatir a su lado. Este supuesto se puede calificar ahora de inverosímil. Esas fuerzas lucharían en otro frente y exigirían que los soviéticos emplearan efectivos muy considerables para restablecer la situación, lo que representaría, por consiguiente, una sensible disminución del poderío militar de la U. R. S. S.»

EL VIGESIMO «PARTE DE SITUACION»

De cara ya a los otros problemas internacionales, Franco hace una diplomática alusión a la expedición armada franco-británica en la zona del canal de Suez. Tras defender la cooperación española a la defensa del Occidente, añade: «Por la causa común nuestros pueblos deben adquirir compromisos y cumplirlos caballerosamente, pero nadie ha de permitirse violar estos compromisos actuando unilateralmente, porque no es



Foster Dulles llega a Europa a fin de reforzar la solidaridad de Occidente

justo ni tolerable que otros puedan verse envueltos en un conflicto por conveniencias exclusivamente ajenas...»

Como botón de muestra del respeto de España a los compromisos adquiridos está nuestra política en Marruecos. A los treinta años de paz en el Protectorado, no ha habido ningún forcejeo para proclamar la independencia de ese pueblo. Se asegura así, mejor que por otro medio, una relación de hermanos con los marroquíes y se sientan las bases para asociar sus intereses con los de Europa. Pensando en la totalidad de los territorios norteafricanos y en los conflictos que allí plantea la política de París, Franco hace una recomendación sincera:

«El pretender torcer el rumbo de la vida en estos países, contrariando las corrientes naturales; el quererlos forzar a dependencias y exclusivismos que los países repugnan, es obrar contra el propio interés, no ponerse en el camino de las soluciones y sembrar para muchos años las semillas del rencor y del odio.»

El planteamiento que hace Franco de los problemas que agitan el Oriente Medio no puede ser más realista. Por un lado, Europa es el principal cliente de los productos de aquellos países y europeo es también la mayor parte del tráfico que discurre por el Canal. Por otro lado, el interés del Oriente Medio está en que tal comercio no se interrumpa. Si nuestro Continente depende del tránsito sin cortapisas por Suez, Egipto de la misma manera se ve favorecido por la intensificación y

la permanencia de dicha circulación. Y entonces el Jefe del Estado se hace esta pregunta: «¿Qué es lo que separa a esos países de los nuestros?»

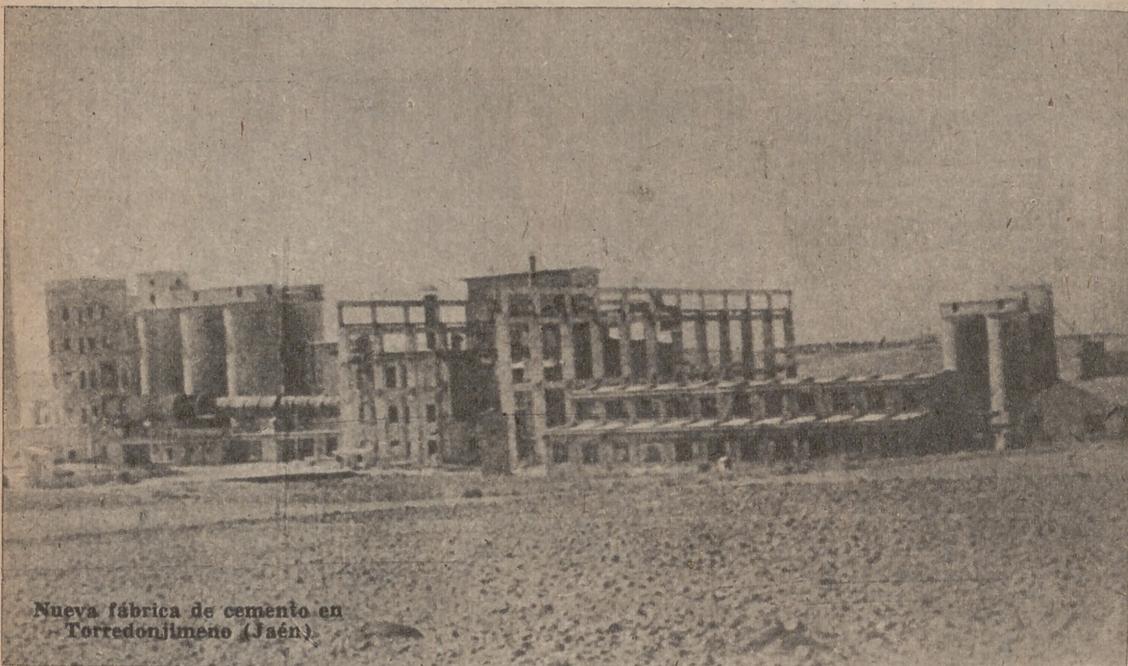
Franco responde a la interrogante: «Conceptos secundarios de Derecho Privado, no los generales y de interés público.» La solución está «en una política de mas alcance, alejada de los viejos moldes colonialistas. Los países árabes y afroasiáticos han de participar en una justa proporción en sus riquezas naturales, cuando éstas requieran para su explotación los capitales y la técnica del Occidente. Un interés común de mutua ayuda y de mutuo provecho debe presidir las relaciones entre los pueblos nuevos y los viejos.»

Esta es y no otra la aspiración que movió al mundo afroasiático a agruparse en Bandung. Con palabras concretas y estilo castrense, el Caudillo ha resumido los deseos de todos esos pueblos, dolidos muchos de ellos por el trato a que fueron sometidos por las potencias colonizadoras.

En su vigésimo «parte de situación», como el Caudillo llama a los mensajes de Navidad, ha vuelto a señalar la verdad de cara al convulsionado campo de la política internacional. Esta vez, sus palabras son escuchadas atentamente por las Cancillerías. Sin que Franco haya tenido que rectificar a lo largo de veinte años, sus puntos de vista coinciden en lo fundamental con los de la primera potencia de nuestra Era, los Estados Unidos.

Julio VEGA.

JAEN, OBJETIVO INDUSTRIAL



Nueva fábrica de cemento en Torredonjimeno (Jaén).

NUEVAS FACTORIAS SURGEN ENTRE OLIVARES

VILLAR Rodrigo, Santiago. Pozo Alcón, Cabra, Alcalá la Real, Alcaudete, San Julián, ocho nombres de la provincial frontera de Jaén por el Este, por el Sur y por el Oeste. El cuarto o primer punto cardinal, como se quiera, en la geografía de la revitalizada provincia andaluza, no tiene nombres de pueblos, pero presenta en cambio otros igual de potentes, igual de poderosos, que empiezan por la derecha del mapa, en el pantano de Guadalmena, siguen por el de Guadalén Alto, se encuentran en el de Guadalén Bajo, pasan por el de Guarrizas, continúan por el Rumbiar y el Jándula, para acabar en la punta del Oeste máximo, en el río Yegua, extremo izquierdo de la gran arteria hidráulica que se está extendiendo por el mismo espinazo de la provincia.

Hace cinco años, por los caminos ignorados de la provincia de Jaén, hubo hombres que catalogaban el terreno, que escogían muestras de la tierra, que emplazaban teodolitos y taquímetros, que alzaban verticales las blanquirrojas miras y que en apretados cuadernos de campo apuntaban notas, señales y medidas. Aquellos hombres eran ingenieros de caminos, de montes, agrónomos, de minas, industriales; eran topógrafos, geólogos, economistas, campesinos incluso de la misma tierra andaluza. Cuando, por entre los olivos, por entre los secanos, atravesando los barbechos o cruzando los triguales, ya anochecido, estos equipos de hombres, que habían palpado, medida a medida, las tres dimensiones de la provincia, volvían a sus móviles residencias, en la historia de Jaén estaba gestándose el Plan de

Obras, Colonización, Industrialización y Electrificación de la provincia.

Sólo la tierra, tal como era, cereales y olivos, en unitaria compañía, no bastaba, pues, para que los hombres de la provincia viviesen con holgura. En la cronología del paro español, Jaén siempre representó un máximo, no sólo estacional, sino permanente; en los niveles que miden la vida de los habitantes, el de Jaén no alcanzó, tampoco, en la serie de los tiempos, ni siquiera la marca que señala la frontera, entre el signo positivo y negativo de los haberes.

El 17 de julio de 1953, la Jefatura del Estado español da una Ley: el artículo primero, de la parte dispositiva, dice: «Se aprueba el Plan de Obras, Colonización, Industrialización y Electrificación de la provincia de Jaén...»; su artículo 14 finaliza: «Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo establecido en esta Ley». En los doce artículos interiores está, densa, contenida y dispuesta la riqueza que cambiará, no sólo la superficie, sino la entraña y el cielo de una de las, hasta entonces, menos favorecidas provincias de España.

CINCUENTA Y SEIS INDUSTRIAS, SETENTA MILLONES DE PESETAS, MIL TRABAJADORES PERMANENTES

El miércoles 12 de diciembre de 1956, la agencia española de información trasmite un despacho: «JAEN, 11.—Cincuenta y seis peticiones de nuevas industrias se han recibido en virtud del apoyo para estas instalaciones prestado

por el Patronato Pro Industrialización creado como secuela del «Plan Jaén».

Estas cincuenta y seis industrias nuevas en Jaén y su provincia, cuyos expedientes se encuentran pendientes de autorización por el Ministerio de Industria en su gran mayoría, tiene un interés extraordinario para la revalorización económica de la provincia. Se refieren a fundiciones de hierro y acero, fábricas de material eléctrico y de papel; corcho manufacturado, somiers y muebles. Hasta el momento presente se han conseguido préstamos a nuevas industrias por valor de 16 millones de pesetas, y se ha estimulado la inversión de capitales privados, por importe de 54 millones más, con una ocupación permanente para más de mil trabajadores. (Cifra.)»

Tres años han pasado, poco más poco menos, y la industrialización de Jaén, inserta en cualquier columna de las páginas de los periódicos españoles, grita, de esta manera, su eficacia y su marcha.

Los hombres de empresa españoles han visto que la futura coyuntura económica para sus negocios presentaba el mejor de los aspectos en la provincia de Jaén. En el ánimo frío de los negocios sólo se mira el final posible de los balances y el resultado seguro en los beneficios. La Comisión técnicomixta que ordenase y coordinase los planes, los períodos y los apartados insertó una serie de estímulos hacia la iniciativa privada, en una justa y positiva aplicación del crédito industrial desarrollado por el propio Estado. Si el hombre o la empresa no dis-

ponen de dinero suficiente, el Patronato Pro Industrialización de la provincia, se lo facilitará. De esta forma, todas estas industrias que en la noticia de la agencia vienen resumidas, han obtenido del Estado la cantidad de dinero que les hacía falta para elevar, en los puntos ya indicados en el correspondiente apartado del Plan Jaén, la estructura, apuntada al cielo, de sus instalaciones. Los hombres españoles, al solicitar la autorización, demuestran, no sólo confianza en el ejercicio de la economía, sino lo que es más importante, convencimiento absoluto de la valía de los proyectos.

Para el fomento y creación de nuevas industrias especificadas como convenientes y necesarias en las doscientas dieciséis páginas del tomo que contiene todo el detallado proyecto, o la ampliación de las existentes, se llega a la concesión de auxilios o subvenciones que alcanzan, inclusive, hasta el noventa por ciento del presupuesto de las instalaciones.

Cincuenta millones de pesetas, en diez anualidades, tenía dispuestos el Patronato Pro Industrialización de Jaén, para aquellos empresarios españoles que lo soliciten. Cincuenta millones que hoy, a los tres años de la puesta en marcha de las obras, se han elevado a casi setenta asignados, en los años que van de 1954 a 1956, a las industrias que lo han solicitado, industrias algunas—cemento, maquinaria agrícola, hojalata litografiada, carpintería metálica—que están ya en funcionamiento.

OCHENTA MIL TONELADAS AL AÑO DE CEMENTO

Más de mil trescientos millones de pesetas han sido empleadas en las obras de construcción de pantanos, canales, acequias principales, aprovechamientos hidráulicos y abastecimientos de aguas y defensas y más de ochocientos en las obras de transformación agrícola y colonización: una suma, pues, de casi dos mil doscientos millones de pesetas (este gran cúmulo de obras lleva aneja la necesidad inmediata de, entre otros materiales de construcción, cemento.)

Ahora bien, no son sólo estas construcciones futuras las que necesitaban cemento. Antes de 1951, antes de que estuviesen en funcionamiento los proyectos del plan Jaén, antes de que otros planes de construcción, tales como el nacional de la vivienda, hubiesen lanzado a los Municipios sus necesidades, Jaén consumía 30.500 toneladas al año de cemento, de las cuales más de 20.000 llegaban de fábricas situadas, en Cataluña, Aragón, Valencia, San Sebastián y otros puntos que por su alejamiento elevaban el precio por la influencia del transporte. Junto a la carestía del transporte se encontraba la dificultad, por la lejanía, de servir en determinados momentos cualquier partida de urgente pedido.

Martos fué el lugar escogido. Allí habría de alzarse la fábrica de cemento que no sólo atendiese la demanda antigua de la provincia, sino que suministrase cemento para el gran plan de gigantescas construcciones. Además, el cemento de la fábrica de Martos contribuirá al aumento de cons-

trucciones de pozos para riegos y en otras ulteriores consecuencias los fines sociales previstos en el plan. Ochenta mil toneladas anuales tiene de capacidad la nueva fábrica con la garantía del suministro normal de fuel-oil. Ahora bien, en Jaén se producen 5.600 toneladas anuales de un aceite apto para impregnación de traviesas, cotizado en los cálculos de rentabilidad a precio de fuel-oil, con la previsión para el futuro de una producción de 35.000 toneladas al año de este aceite, procedente de las cinco primeras fábricas del plan nacional de aprovechamientos de residuos agrícolas, con lo que el suministro de combustible para la fabricación de cemento en Martos está plenamente garantizado. Se convocó concurso y hubo para la empresa que lo solicitó la correspondiente ayuda financiera. Hoy la fábrica de cemento de Martos funciona a casi toda su potencia. Jaén, en la medida, de ella se sirve. Y ella sirve a la vez a Jaén.

La segunda fábrica que en Jaén inaugura su actividad es la de maquinaria agrícola de Linares, con mil unidades de producción al año: arados bisurcos y trisurcos, gradas, rastrillos, cultivadoras, sembradoras, incluso remolques para tractores, se incorporarán a los nuevos regadíos, a las nuevas parcelas colonizadas. La maquinaria de la fábrica de Linares no solamente está vendida, sino lo que es más, solicitada.

DOSCIENTOS MILLONES DE PESETAS AL AÑO DE RESIDUOS AGRÍCOLAS

Jaén fué de siempre provincia de olivos. Y aunque el gran sistema de los pantanos, que por sus términos municipales van a trasfigurar la tierra de esta provincia andaluza, convertirá muchas hectáreas de terrenos antes baldíos, en futuros terrenos productivos, los olivos que crecen cuadrículados por Baeza, Ubeda, Jódar, Cazorra o Villacarrillo, seguirán dando el fruto para que de él salga, no sólo el aceite, sino otros productos de él derivados, cuya riqueza, en ci-

fras, puede ser comparada y aun a veces superada al tradicional refinado óleo.

Al ennoblecimiento de residuos vegetales ha contribuido el Instituto Nacional de Industria. El Plan Nacional de Aprovechamientos de Residuos Agrícolas prevé, para Jaén, la instalación de una fábrica de este tipo. Y las inmediaciones de la estación del ferrocarril de Linares fué el lugar escogido.

Ya se alzan allí, casi a la misma vista de los viajeros que van y vienen hacia Andalucía, las instalaciones donde se tratarán cien mil toneladas anuales de orujillo de aceituna extractada, materia que en los años de escasez por la flexibilidad de la instalación, puede ser sustituida por sarmientos de vid o paja de cereales, de cuyos excedentes se puede contar en Jaén, sin dificultad, con cien mil toneladas al año de cada uno. La E. N. I. R. A., pues, lanzará al año, por las vías del tren o por los asfaltos de las carreteras 22.750 toneladas de semicoque, de gran reactividad y 8.000 kilocalorías de poder calorífico superior, con casi ausencia de cenizas; 750 toneladas de gasolina, 750 de creosoles, 5.600 de aceites de impregnación para traviesas, 5.200 de brea, 600 de alcohol metílico, 420 de ácido acético, 5.000 de levaduras alimenticias y 2.750 de cetonas, de las que un 48 por 100 son asimilables a cetonas carburantes y el resto puede utilizarse como disolvente. El valor total de esta producción se elevará a casi 200 millones de pesetas anuales, siendo el índice de revalorización de cerca de ocho veces el valor de la materia prima.

Treientos cincuenta obreros, que se formarán profesionalmente en las escuelas especialistas de la provincia de Jaén, encontrarán no sólo trabajo, sino, lo que es más importante, un mayor y más elevado rendimiento económico, que les supondrá en definitiva, un aumento de su poder adquisitivo.

LA TRANSFORMACION DE LA REMOLACHA Y LA HIDROGENACION DEL ACEITE

Estas tres grandes Empresas, en

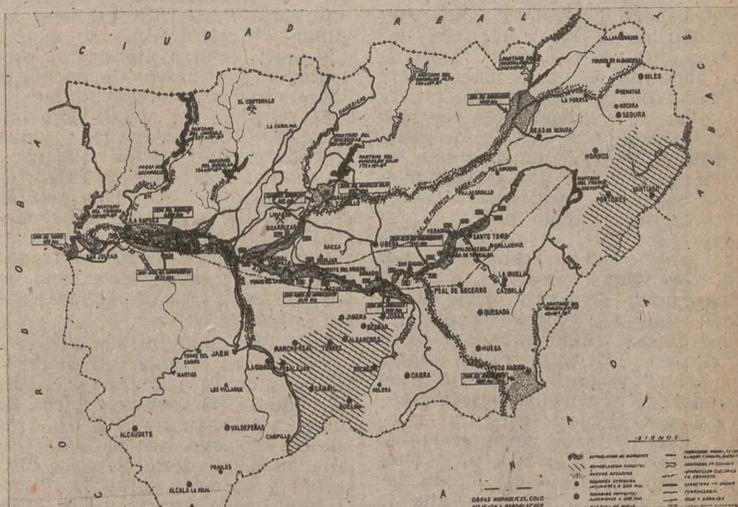


Gráfico en donde se aprecian las nuevas zonas regables en la provincia de Jaén, así como las obras de colonización y repoblación forestal que revalorizarán totalmente a la provincia andaluza

el campo de lo industrial, son las que están, o van a estarlo casi en este instante, en total período de funcionamiento.

Luego aparece el grande y frondoso árbol de las instancias, ese gran grupo que señalaba el telegrama de la agencia. Veamos.

Junto al río Guadalquivir se alzan, blancas y recortadas las casas de Mengibar. Corazón las casas, periferia el campo, Mengibar constituye el centro remolachero de la provincia. Las tres primeras zonas de los nuevos regadíos de Jaén darán al año cerca de 50.000 toneladas de remolacha, que con las 20.000 actuales, hacen ya 70.000 toneladas dispuestas para su industrial tratamiento azucarero. He aquí, pues, que durante los sesenta y nueve días que dura la campaña remolachera, Mengibar está en condiciones de tratar, por medio de su fábrica, 1.000 toneladas diarias de remolacha.

Sigue el campo; el campo de Jaén, que enverdecido por los regadíos, producirá 5.328 toneladas, en la zona alta, de productos de huerta y pimiento; 15.420 toneladas en la zona media; 12.344 toneladas en la zona baja, y otras 700, en la zona de Guadalén; en total, 35.000 toneladas. Como la mayor parte son de pimiento, hay, pues, un número de fábricas dispuestas a la industrialización, en forma de vegetal conserva, del rojo y verde producto de la huerta. Jaén ve crecer dos fábricas de 2.000 toneladas cada una en su zona alta, y seis fábricas, de 3.000 toneladas, respectivas, en las restantes zonas, en fase casi ya de total acabado.

Sigue el campo. Y en el campo de Jaén, otra vez los olivos. Buenos son los olivares de Jaén bueno su fruto, insuperable su calidad. Dejando aparte las actuales instalaciones para la extracción de aceite de orujo y las refinerías de aceite, que hoy dan 100.000 toneladas-año, el plan de industrialización de Jaén ha tendido, principalmente, a estimular plantas que, por su moderna y costosa instalación técnica, necesitan más que otras la ayuda de la Administración Pública. Dos zonas oliveras, en el Suroeste y en el Noroeste, tiene principalmente Jaén, y dos pueblos, cada uno, con cabeza y nervio de ellas: Torredonjimeno y Villanueva del Arzobispo. Entre ellos, como un eslabón de sólida cadena, Jódar. No existía en la provincia planta alguna de hidrogenación de aceite. Del aceite de oliva o de orujo refinado se obtienen, con este industrial método, grasas endurecidas para usos industriales, jabón, margarina y ácido oleico, procedente de la destilación de los ácidos grasos que se transforma, por hidrogenación, en el útil e industrial ácido esteárico. Para la fabricación del jabón son mejores las grasas sólidas que las líquidas para usos industriales, jabón, el aceite de orujo, entre 10 y 50 grados, se destina obligatoriamente a su desdoblamiento, y un nuevo procedimiento permite que el olesterato de glicerina proporcionados ácidos grasos sólidos para fabricar jabón y glicerina, que se recupera. Así, pues, Torredonjimeno y Villanueva del Arzobispo han sentido crecer dos fábricas, con capacidad para hidrogenar

cada una 1.500 toneladas al año de aceite de orujo refinado de hasta 10 gramos de acidez por procedimiento continuo. La tercera fábrica está en Jódar, el que ha empleado a gran parte de sus hombres en la fábrica de neutralización.

DOS MATADEROS PARA EL NUEVO GANADO DE RENTA

Con la puesta en marcha de los nuevos regadíos, la ganadería se transforma y pasa a ser esencialmente de renta, en vez de trabajo. Por las parcelas ya acabadas y colonizadas, pintadas en verde por la acción definitiva y poderosa de las aguas de los regadíos, el blanco y negro de las vacas de leche, saliendo al campo o regresando a sus establos, ha sido la base para el montaje de las fábricas de Mengibar, Campillo del Río y Solana de Torralba, o Beas de Segura, que transformarán la mitad de los 14.053.000 litros de leche que producirá la nueva ganadería de Jaén, creciendo en los eternos lugares, por la latitud, donde fama tienen los poderosos, los bravos toros de lidia.

Sigue mandando el regadío, antes que nada, sobre todos los productos. Y este ganado de renta, ganado, pues de carne, de carne fina, de carne tierna necesitará unos mataderos modernos, que permitan disponer higiénica y adecuadamente de los 22.064 quintales de carne que las familias agricultoras obtendrán del ganado de vida y prepararán para el consumo de otros lugares.

Mengibar, para recoger todo el ganado procedente de las zonas baja y media del Guadalquivir, de Las Guarrizas y de Jandulilla, ya conoce cómo será la planta de su matadero, y Villacarrillo, para recoger el ganado de la zona alta del Guadalquivir y de la del Guadalmena allá por 1960 habrá visto también terminado su nuevo matadero, que absorberá la producción cárnica de la zona.

EL FRÍO, LA CELULOSA Y LA LANA

Bien es cierto que la técnica química toma parte en toda fase del proceso industrial de cualquier industria. Pero hay, tal vez, algunas industrias, en las cuales, más que en otra alguna, el procedimiento químico las encuadra justamente en esa especialidad.

Empecemos por el frío. Ese frío químico industrial, que permite la conservación de los alimentos. Ahí está Baeza, con los Frigoríficos del Sur y 3.000.000 de pesetas destinados a su instalación. Podemos seguir por la fábrica de jabón, una fábrica de 200 toneladas al año, en Puente del Obispo, al lado mismo de la estupenda agua del Guadalquivir.

La sierra de Cazoria y la de Siles son unas sierras tan madereras, que da la primera nada menos que 35.000 metros cúbicos de fustes, y la segunda 11.000 metros cúbicos lo que hacen 15.000 toneladas de madera. Pero la dificultad y carestía de su transporte han hecho pensar en la posibilidad de una fábrica que, aprovechando el residuo de las fibras de esparto, obtenidas de la industria de extracción de aceite de los

capachos, de la paja de los cereales, del papelote, de los trapos y de otras primeras materias vegetales, puedan dar 2.000 toneladas de celulosa al año. Puente del Obispo, donde estará también la fábrica de jabón, verá, de esta manera, no sólo renovado, sino nacido, un formidable y preciso panorama industrial.

Sigamos con la industria química. Jaén, con sus 158 actuales fábricas de jabón, necesita tener asegurado el suministro de sosa cáustica. Establecido el correspondiente sistema técnico de producción, Andújar servirá los pedidos necesarios para todo el consumo saponificador de la provincia. Y cerrando este ciclo químico, aprovechando la instalación en Linares de un lavadero de lanas, en el mismo Linares, en Jaén y en La Carolina, instalaciones medias equipadas con maquinaria moderna permitirán elaborar nada menos que 60.000 kilogramos de fibra al año, de donde saldrán, no sólo hilaturas, sino géneros de punto, que ayudarán a las familias campesinas en las posibles épocas de paro español.

LA METALURGIA PARA LA INDUSTRIA LIGERA

Y para finalizar, las manufacturas metálicas, tan necesarias para la industria ligera que se alzarán no sólo en la provincia, sino en las restantes provincias españolas. Ubeda, Jaén y Linares son los principales centros donde se agrupará—ya se están agrupando—la correspondiente parte de estas 56 nuevas industrias de Jaén. Dos millones y medio de pesetas en Linares para una fábrica de relaminación de hierros de acero; medio millón de pesetas en la misma localidad para una fábrica de manufacturas metálicas; cerca de cinco millones en el mismo pueblo para una fábrica de envases litografiados de hojalata; tres millones y medio de pesetas en Ubeda, para un horno eléctrico de arco, y casi tres millones de pesetas, en Jaén, para una industria de somieres, camas, colchones y cerrajería en general.

Estas son, en el ramo de la manufacturería metalúrgica, como las cabezas capitanas de las nuevas instalaciones, porque después, por ejemplo, en Mancha Real, habrá medio millón de pesetas para una ampliación de un taller de maquinaria agrícola y en Marmolejo, casi un millón para una fábrica de carpintería metálica.

1957 verá, salvo la fábrica de conservas vegetales de la zona baja del Guadalmena la fábrica del aprovechamiento industrial del lino y cáñamo de Solana de Torralba, la fábrica de industrialización de la leche de la zona de Guadalmenán y el matadero de Villacarrillo, a todas las industrias en su total producción. Este crédito industrial, este estímulo del Estado, inserto en un gran plan que significa el cambio absoluto de la fisonomía de una provincia española, se ha visto respondido por la confianza en el futuro de cincuenta y seis nuevas Empresas, que ya, o dentro de poco, comenzarán a devolver, por sus ganancias obtenidas, el capital prestado.

José María DELEYTO

EL GENERAL NAVARRE ACUSA A LOS POLITICOS PARISIENSES

EL MENSAJE QUE SE PERDIO EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA

UN LIBRO SENSACIONAL RETIRADO DE LAS LIBRERIAS

CON un espinoso «affaire» de generales del Ejército se ha inaugurado el año 1957 en Francia. Henri Navarre, que fué comandante en jefe de las fuerzas de la Unión Francesa en Indochina, ha perdido la paciencia con los políticos de su país y acaba de publicar un libro que viene a poner de manifiesto un nuevo fallo del régimen republicano vigente. Es otra prueba acusatoria contra un sistema de Gobierno que después de haber perdido el Imperio, todavía no sabe llamar por su nombre a los responsables. Tal parece ser la primera enseñanza del libro «Agonie de l'Indochine», firmado con pulso firme por el general que dictó las últimas órdenes de operaciones en aquellos territorios de Asia.

Antes de enviar el original del texto a la editora Plon, Henri Navarre cursaba el 12 de octubre último una carta particular al ministro de la Guerra de Francia. Su párrafo final era, punto por punto, el siguiente: «Tengo el honor de solicitar acepte mi dimisión anticipadamente en la segunda sección del Estado Mayor a partir del 1 de noviembre de 1956.» Y, dicho y hecho, el 30 de octubre el general Navarre, a resultas de tal solicitud, pasaba a la situación de retirado.

El honorable militar francés tenía sus razones para adoptar esa decisión. A raíz del final de la infortunada campaña en Indochina el mismo general en jefe solicitó que se constituyese una Comisión investigadora para revisar el proceso de las operaciones. En enero de 1955 quedó formada, bajo la presidencia de Catroux. Tras doce meses de trabajos se dió por ultimada la tarea. Pero el veredicto se guardó en secreto.

Como parece ser habitual en



El general Navarre saliendo del Palacio de Justicia de París, en marzo de 1956, después de prestar declaración sobre el «affaire» de Indochina

Francia con los documentos reservados. La esencia de aquel informe trascendió al público. Nadie ignoraba que Navarre salía bien librado en el «dossier». Se conoció incluso que el general quedaba capacitado para ejercer mandos superiores. Era la absolución técnica del hombre acusado como responsable del desastre indochino. Lógico hubiera sido, por lo tanto, que este mismo hombre fuese rehabilitado públicamente.

Los meses de 1956 iban pasando y el Gobierno no daba un manido de armas al general abuelto. Henri Navarre pierde la paciencia y decide defenderse por sí mismo y cara al público. Frente al mutismo oficial, el general envía a la imprenta sus cuartillas. Entre la apretada tipografía del libro «Agonie de l'Indochine» hay pólvora suficiente para remover las cenizas todavía calientes de esa guerra que tiene un nombre máximo: Dien Bien Fu.

SE FRAGUA LA CATASTROFE

Antes de exponer los argumentos del general Navarre viene bien puntualizar los hechos. En abril de 1954 el Vietminh derrotaba a los defensores aerotransportados de la Unión Francesa en Dien Bien Fu. La secuela de este suceso es la caída fulminante del Gabinete presidido por Laniel y la rendición final de Indochina francesa.

Terminan así las hostilidades entre las fuerzas galas y los comunistas del Vietminh, iniciadas en 1946. Poco a poco los territorios dominados por París se fueron reduciendo hasta quedar limitados a la zona del delta del río Rojo, que circundaba a la ciudad de Hanoi. Tal era el resumen de la situación militar a

finales de 1953. Había además algunas guarniciones francesas, prácticamente aisladas, en el Tonkin occidental y en Laos.

Así las cosas, los comunistas preparan por entonces una ofensiva general contra las fuerzas francesas estacionadas en la zona del delta, empleando todas sus unidades, con la excepción de la división 316. Esta última había recibido órdenes de moverse hacia los puntos donde resistían las guarniciones aisladas de los franceses, amenazando así la integridad territorial de Laos.

Para frustrar los propósitos de la división 316 del Vietminh y para destruir los acopios de arroz que tenían los comunistas en esa comarca, el general Henri Navarre planea la ocupación de Dien Bien Fu mediante una acción aerotransportada.

El 20 de noviembre de 1953, tres batallones de Infantería saltan sobre el objetivo y logran una sorpresa completa. Cogidas desprevenidas las fuerzas comunistas de ese punto son aniquiladas en su mayor parte. Efectivos muy reducidos retroceden hacia las colinas que circundan a Dien Bien Fu.

Al día siguiente el general Navarre envía otros tres batallones de paracaidistas. Los franceses se mantienen sin esfuerzo sobre el terreno conquistado y tienen en su poder dos campos de aviación. A partir de este momento el Mando francés sólo tenía que adoptar la decisión de retirarse por tierra o por aire para concluir la atrevida maniobra brillantemente.

Sin embargo, el general Navarre recibe informes de que la división 316 del Vietminh se dirige a marchas forzadas hacia la zona del desembarco aéreo. Pienso que es una buena oportunidad para batir al enemigo si se le espera en Dien Bien Fu convenientemente atrincherados. Y Navarre refuerza aún más las tropas paracaidistas. El efectivo total de los franceses asciende en ese punto a 12 batallones de Infantería, dos batallones de Artillería ligera y una batería de obuses, sin contar con otras pequeñas unidades de apoyo.

El general Navarre confiaba en que la fuerza aérea inclinará la balanza a favor de los defensores de Dien Bien Fu. Pero pronto conoce que el Mando comunista ha abandonado su proyectada ofensiva contra Hanoi y concentra el grueso de sus divisiones en torno a la zona de desembarco. Nada menos que siete divisiones del Vietminh toman posiciones para aniquilar a los franceses. La catástrofe se va perfilando.

LA POSICION «ISABELLE». ULTIMO REDUCTO FRANCES

El general Navarre, ante tal situación, tiene en su mano tres soluciones: o retirarse de Dien Bien Fu antes del envolvimiento total o evitar que se concentren las unidades enemigas mediante acciones en otros sectores, o aguantar a ultranza en el punto de desembarco. Se decide por este último recurso.

Y vienen ahora los cargos de los técnicos militares contra el

general Navarre. Se le censura, sobre todo, el despliegue defensivo de las fuerzas francesas en el terreno de Dien Bien Fu. Sus soldados se fortifican en la zona llana de un valle, en el centro de la cual se encuentra el principal campo de aviación. Ocupa una extensión de unos dos kilómetros de ancho por tres de largo. Y dejan a merced del enemigo todas las cotas dominantes hacia el Este y el Norte. Quiere esto decir que desde las alturas inmediatas los comunistas pueden abrir fuego a placer contra los franceses sitiados.

Los tratadistas militares catalogan ese error táctico con el calificativo de imprevisión mayúscula. Sucede así que las primeras fuerzas enemigas que llegan al teatro de operaciones ocupan instantáneamente las colinas dominantes sin ninguna oposición. En enero de 1954 los defensores están por completo aislados de sus bases, salvo por el aire. Los comunistas van concentrando grandes masas artilleras que emplazan en posiciones privilegiadas.

El 13 de marzo se lanzan las del Vietminh al ataque. La primera noche cae en sus manos el punto de resistencia «Beatrice», guarnecido por un batallón de veteranos que queda totalmente aniquilado. Al día siguiente conquistan la posición «Gabrielle», lo que les permite avanzar los emplazamientos de sus baterías antiaéreas. A partir de ahora los campos de aviación en poder de los franceses quedan neutralizados. Ya sólo pueden ser abastecidos mediante lanzamientos de vertechos, y ello a costa de las muchas bajas causadas, por la artillería contra aeronaves.

La sentencia de muerte para las tropas francesas está dictada; las batallas sucesivas no han sino aplazar la ejecución. A primeros de abril caen los puntos de resistencia «Dominique» y «Elaine». Los comunistas dominan desde las alturas todas las posiciones en poder de los soldados de Navarre. Estos tienen en plena línea de fuego, sin poder evacuarlos, a más de cinco millaridos. La llegada de refuerzas es poco menos que imposible. Los franceses luchan con gran heroísmo hasta el 7 de mayo, fecha en que el general Christian de Castries es hecho prisionero en la posición «Isabelle». Después de cincuenta y cuatro días de combates, en Dien Bien Fu se arriaba la bandera francesa.

Es ahora cuando el comandante general de las fuerzas de Francia en Indochina aérea ante sus compatriotas las estampas de esta catástrofe nacional para señalar a los verdaderos responsables de ella para hacer públicas las razones del fracaso y con el fin de dejar a salvo el honor del Mando. Quiere el general Navarre explicar ante el país los hechos que han convertido a Dien Bien Fu en la más desastrosa operación aerotransportada de todos los tiempos.

SALVAS CON PLOMC CONTRA LOS POLITICOS

El general Navarre no inicia su defensa con frases vacías y



El general Navarre cuando era comandante en jefe de las fuerzas francesas en Indochina



Los generales Navarre (en el centro), Cogny y Cilles, durante una visita de inspección al frente de Dien Bien Fu

sin intención. Abre así las páginas de su libro: «Entre los políticos que dirigieron mal la guerra y los políticos que subieron luego al Poder para concluir mal la paz, los parlamentarios se podían de acuerdo con el fin de hacer recaer todas las responsabilidades sobre el Ejército, y como era lógico esperar de ellos, sobre mí muy especialmente.»

Tras esta salva cargada de plomo contra los gobernantes de París, Henri Navarre distribuye su argumentación en tres direcciones fundamentales. En primer lugar, la defensa del norte de Laos y de la región tonkinesa; en segunda, la elección de Dien Bien Fu como cerrojo de esa defensa, y, por último, la derrota y la capitulación de Ginebra.

Escribe así Navarre: «Para todos nuestros hombres del Gobierno una sola opinión era unánime: la necesidad de concluir rápidamente con el conflicto de Indochina. Por eso mi plan fue crear las condiciones más aires para conseguir un arreglo político honorable. Yo nunca esperé otra cosa ni tampoco prometí más. Mi proyecto consistía en reagrupar las fuerzas francovietnamitas en un cuerpo de combate maniobrero y potente, superior al Ejército enemigo, y una vez logrado este propósito, buscar la batalla decisiva en la campaña de 1954-55.»

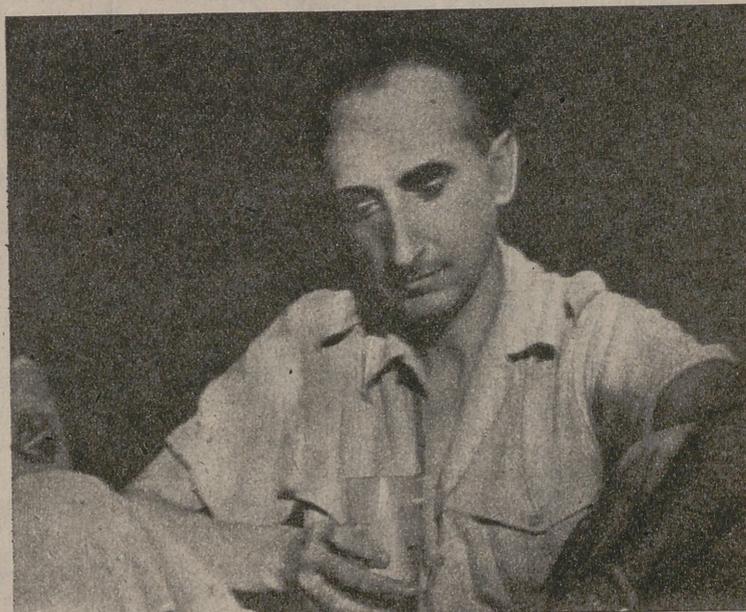
Mientras Navarre se dedicaba a esa tarea, los comunistas tenían dos acciones principales en sus manos: atacar la zona del delta del río Rojo o apuntar con sus divisiones hacia Laos. Era este territorio, entre los Estados asociados, el más fiel a Francia y el mejor dispuesto a permanecer en el sistema de la Unión Francesa. No defenderlo en caso de una ofensiva de los comunistas del Vientimh, hubiera sido reconocer la impotencia de la metrópoli para amparar al mejor de sus

amigos. Tal abandono equivaldría a dejar en entredicho los argumentos que servían de justificación a la propia Unión Francesa de mutua ayuda y socorro.

El general Navarre, guiado por esas reflexiones, no duda en romper una lanza en favor de Laos tan pronto como la división 316 del Vietminh inicia la marcha en dirección a aquellos territorios. «Para comprender mi decisión —justifica Navarre— hace falta recordar que la defensa de Laos había sido objeto de un tratado entre el Gobierno del país y la Unión Francesa. No respetarlo quince días después de su firma hubiese sido la ruina de toda nuestra política.»

¿Cómo puede proteger el Ejército francés al país amenazado? Es

al responder a esta pregunta cuando el general Navarre escribe con trazo firme la palabra Dien Bien Fu. «Para defender Laos, el único recurso utilizable consistía en crear un punto de atracción, bajo la forma de un campo atrincherado, en el nudo de las principales vías de comunicación. El mejor lugar existente, según la opinión unánime, era Dien Bien Fu. Jamás el Gobierno me expresó antes de que la batalla tomase un mal giro, la menor reserva. Jamás ningún jefe militar se ha manifestado en contra de la operación de Dien Bien Fu. Únicamente el general Cogny intentó divulgar la leyenda, inventada de punta a punta, de que estaba en desacuerdo conmigo. Ninguna solución de recambio me fue pro-



El general De Castries después de ser puesto en libertad por los vietnamitas

puesta antes de la batalla. Solo después del gol, cuando las cosas empezaron a marchar mal, se escucharon un cierto número de frases: Ya lo había dicho yo.»

UN MENSAJE QUE SE PIERDE EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA

Bien es verdad, en descargo del general Navarre, que cinco meses antes de la caída de Dien Bien Fu escribió a su Gobierno poniéndole de manifiesto que la batalla emprendida era, ante todo, una batalla de Aviación.

«Si esta acción se pierde y, sobre todo, si el enemigo consigue emplazar sus armas pesadas, no puedo garantizar el éxito. Ahora bien; nuestra Aviación es muy endeble frente a la tarea enorme que debe cumplir...» La misiva del comandante en jefe se perdió por los vericuetos burocráticos del ministerio de la Guerra francés, y nunca tuvo una respuesta eficiente. El solo juicio que mereció la advertencia fué el de ser considerada como novela negra.

Los hechos vinieron a probar pronto que las Fuerzas Aéreas francesas carecían de medios para cumplir la misión señalada. A esta realidad se sumaron los informes erróneos que sus subordinados elevaron al general Navarre. Se decía en ellos que ni la Artillería ni la D. C. A. enemigas podrían entrar en posición en torno a Dien Bien Fu, debido a la configuración del terreno. Aun más, se precisaba que si alguna pieza contraria abría fuego, sería al instante neutralizada por las armas francesas. En opinión de los técnicos del Cuartel General de Navarre, sería poco menos que imposible el emplazar baterías ca-

paces de batir las pistas de aterrizaje en poder de los defensores. El abastecimiento aéreo se daba, pues, como infalible.

La realidad fué muy diferente de lo previsto. Los comunistas pusieron en línea un regimiento de Artillería del 7.5, otro del 10.5, cuatro batallones ligeros de la D. C. A. y otro con material de calibre medio. A estas unidades se sumaron pronto cuatro batallones con piezas rusas de 37 mm., sin contar el gran número de morteros pesados. Para colmo de males, emplazaron los cañones aislados unos de otros, en puntos desde los cuales podían hacer tiro directo contra las fortificaciones francesas, sin ofrecer un blanco visible.

Los servicios de información no dieron cuenta a tiempo de los esfuerzos que realizaban las tropas del Vietminh. Fueron transportando a brazo el material pesado, multiplicando sus efectivos, construyendo 200 kilómetros de pistas, con participación de 75.000 obreros. Frente a los 33 batallones comunistas, Navarre sólo pudo enfrentar 12. La proporción, desde el punto de vista militar, descontaba el fracaso. Pero es en este punto donde Navarre apoya su más dura acusación.

LA DIPLOMACIA FACILITA LA DERROTA MILITAR

«Si se produjo esta concentración de efectivos enemigos y si vino después lo peor, es porque el Gobierno, sin contar para nada con el Mando militar, se comprometió en el engranaje fatal de la Conferencia de Ginebra. Sin Ginebra, el Mando del Vietminh no se hubiese arriesgado a la posi-

ble destrucción de su masa de maniobra para conseguir un éxito no determinante. Fué la Conferencia de Ginebra quien, ofreciéndole al Vietminh la oportunidad de una paz rápida, galvanizó sus fuerzas morales. Jamás, sin la Conferencia de Ginebra, el Vietminh hubiese obtenido de China una ayuda masiva, que se le había negado hasta entonces.»

Para Navarre, la inicial sordeza del Gobierno y la precipitación de la Conferencia de Ginebra son las causas esenciales del desastre. La acusación contra los políticos de París no puede ser más tajante. Pone de relieve así que la pérdida de Indochina es la consecuencia lógica de largos años de indecisiones y de faltas mas políticas que militares. El fracaso francés en Asia es fruto de la incompetencia de los gobernantes de la metrópoli, antes que de la batalla perdida en Dien Bien Fu. Su libro tiene un final jugoso:

«La situación después de Dien Bien Fu no estaba irremediablemente comprometida. El Ejército enemigo se hallaba muy desgastado. Laos y el delta del río Rojo no se encontraban amenazados por el momento. En todos los frentes los comunistas cedían. Unicamente a una campaña de Prensa, cuya fuente hay que buscarla en Hanoi, en el círculo que rodeaba al general Cogni, hay que atribuir la ola de pánico que se creó. Esta propaganda tuvo fuertes repercusiones sobre la moral de las fuerzas vietnamitas...»

La réplica a las acusaciones del general Navarre se ha dado instantáneamente. El ministerio de la Guerra publica esta nota, que tampoco lanza aceite para calmar las aguas agitadas: «El general



Los generales Navarre y Cilles (en uniforme de paracaidista), cambian impresiones en el frente de Indochina



El general Cogni abraza al general De Castries, héroe de Dien Bien Fu, dos horas después de su liberación



Los generales Dejean, Navarre, Baudet y Franchi a su llegada a la base militar de Seno (Laos)

Navarre, en un libro reciente, acusa a altas personalidades militares, cuando él no ignora que éstas no pueden responderle libremente. El ministro de la Defensa Nacional y de las Fuerzas Armadas no puede, sino lamentarse de tales errores tan poco conformes con la tradición y la disciplina militar.»

Navarre recoge el guante y cruza sus palabras con las que le ha dirigido el ministro. A la Prensa francesa hace estas declaraciones:

«El comunicado me formula tres reproches, los tres igualmente infundados. Se dice que he puesto en evidencia a personalidades militares y que no pueden contestarme libremente. Es curioso que sea precisamente el Ministro quien haga tales afirmaciones cuando está en el campo de sus atribuciones, conceder las autorizaciones para que me repliquen. Tampoco he faltado a la disciplina, puesto que presenté mi dimisión antes de publicar el libro. En cuanto a lo que llama el Ministro «tradición militar», si con ello hace alusión al silencio, no ha de olvidar que el silencio impuesto a los jefes militares tiene una contrapartida. Esta contrapartida es el deber que tiene el Ministro de defender a sus subordinados y hacerles justicia. Como no ha cumplido ese deber me he visto obligado a quebrantar la tradición del silencio.»

A estas palabras el Ministro aludido ha guardado hasta la fecha el silencio que recomendaba

al general Navarre en su comunicado

LA AGONIA DE LA INDOCHINA Y LA OTRA AGONIA

Entre otros coros de voces que se han alzado para contestar al autor del libro destaca la del general Cogny, tan directamente atacado por el que fué su superior jerárquico. Cogny se ha apresurado a entrecornillar el libro y presentarlo abierto ante sus abogados por la página donde se hacen estas afirmaciones:

«El general Cogny preparó hacia el fin de la batalla de Bien Bien Fu un informe cuyas afirmaciones inexactas él cuidó bien de que se filtraran al exterior para ser pródigamente reproducidas en la Prensa y en el Parlamento. Se comportaba así a fin de que las responsabilidades no le alcanzaran. Con tal actitud el general Cogny rompía inútilmente con las normas del honor militar, pues tratándose de decisiones a adoptar por mi escañon de mando su responsabilidad quedaba a salvo, incluso aunque si me hubiera inspirado en buena medida aquellas decisiones.»

Estudiado el párrafo, el letrado Jean Gallot y el procurador M. de Chaisemartin han formulado una demanda ante el Tribunal civil del Sena dirigida contra la Editorial Plon y el general Navarre para impedir la difusión del libro «Agonía de In-

dochina». La primera consecuencia de esta acción procesal ha sido que la Casa Plon ha retirado provisionalmente de la venta la obra discutida.

Sea a favor o en contra del general Navarre, la sentencia que dice el Tribunal, lo cierto es que con las líneas escritas por este militar hay tema suficientemente para que los estrategas pronuncien también su veredicto. Aquí sólo cabe resaltar los puntos de contacto que se pueden establecer entre «Agonía de Indochina», del general Navarre; «Mi misión en Marruecos» de Gilbert Grandval, y «Verdades sobre Africa del Norte», del general Boyer de Latour. Denominador común de estas tres obras sensacionales son los violentos ataques que dirigen contra el régimen.

De los tres textos, tal vez sea el de Grandval el más agresivo: al hablar de los errores franceses en Marruecos menciona «las bajas intrigas políticas» y «las nauseabundas consideraciones de equilibrio parlamentario». Si el general Navarre arremete contra el Gobierno de Laniel, los otros dos lo hacen a su vez contra los Gobiernos de Mendes-France y de Edgar Faure. En realidad los tres acusan a un solo personaje: al achacoso sistema institucional que está liquidando el esplendor de Francia. Más que de agonía de Indochina cabe hablar ahora de la otra agonía.

Alfonso BARRA

FERNANDO SEBASTIAN DE ERICE, EMBAJADOR DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

LOS 144 DIAS DEL CIUDAD DE TOLEDO

VEINTE MILLONES DE DOLARES DE VENTA INICIAL

¿SE imagina lo que significa recorrer veinte mil millas sin salir de casa?

—Desde luego.

—Por todas partes nos encontrábamos, dentro de la peculiar y respetable originalidad nacional de cada país, con la alegría de saber que estábamos dentro de una familia.

Hay una pausa. Cuando vi la última vez a Fernando Sebastián de Erice fué, antes de esta conversación de hoy, en el puerto mejicano de Veracruz. Estaba entonces en mangas de camisa. Camisa blanca, bronceada la piel, con el aire alegre y enjuto del marino veterano. Veracruz es cálida, ciudad blanca y alegre donde los tiburones tienen fama de agresivos y de llegar, si a mano viene, hasta la arena de las playas.

Desde la proa aquel día el jefe de la Exposición Flotante me contaba la historia de la larga peregrinación. Veíamos subir a bordo, mientras hablábamos, la larga fila de los hombres y de las mujeres. El dulce habla mejicana y la caliente de los españoles. Todos juntos. Miles de viajeros «extras», sin cuarto en los hoteles, disputados desde una semana antes, habían dormido en los coches. O habían pasado la noche en el Zócalo.

Todo eso recordamos ahora desde su despacho en la Dirección General de Mercados Extranjeros.

—¿Cuántos días duró, en total, el recorrido?

—Fueron ciento cuarenta y cuatro días de mar y de escalas. De un país a otro de Hispanoamérica.

—¿Y la impresión dominante a lo largo del viaje?

«LA EMOCION NO NOS ABANDONO UN MOMENTO.»

—No tengo que pensar la respuesta. No sólo yo, sino todos los hombres del «Ciudad de Toledo» podríamos darle igualmente la misma: la emoción.

—¿No hubo nada especial que la interrumpiera?

Sonríe durante un instante.

—Con decirle que ni mal tiempo tuvimos. La suerte nos favo-

reció de tal forma que llegamos a una República unos días antes del cambio gubernamental, y a Nueva Orleans, dos días después del triunfo de Eisenhower. Es decir, en todos los sitios nos encontrábamos con la paz y un júbilo recibimiento.

—¿Dónde fueron mejor recibidos, ya que hablamos de ello?

EL RECUERDO DE MEJICO. TAMPICO, BAJO LOS REFLECTORES

—En todas partes el recibimien-

to fué gratisimo, y en Buenos Aires y Cuba verdaderamente indescriptible; pero yo recuerdo, no sin emoción, nuestra llegada a Méjico, precisamente a Veracruz, donde estuve con usted.

—¿Algo especial?

—Durante el viaje, sobre todo mientras nos acercábamos allí, García-Sanchiz, que iba como invitado de honor durante la travesía, nos hizo el augurio de que nuestra presencia en Méjico sería memorable.

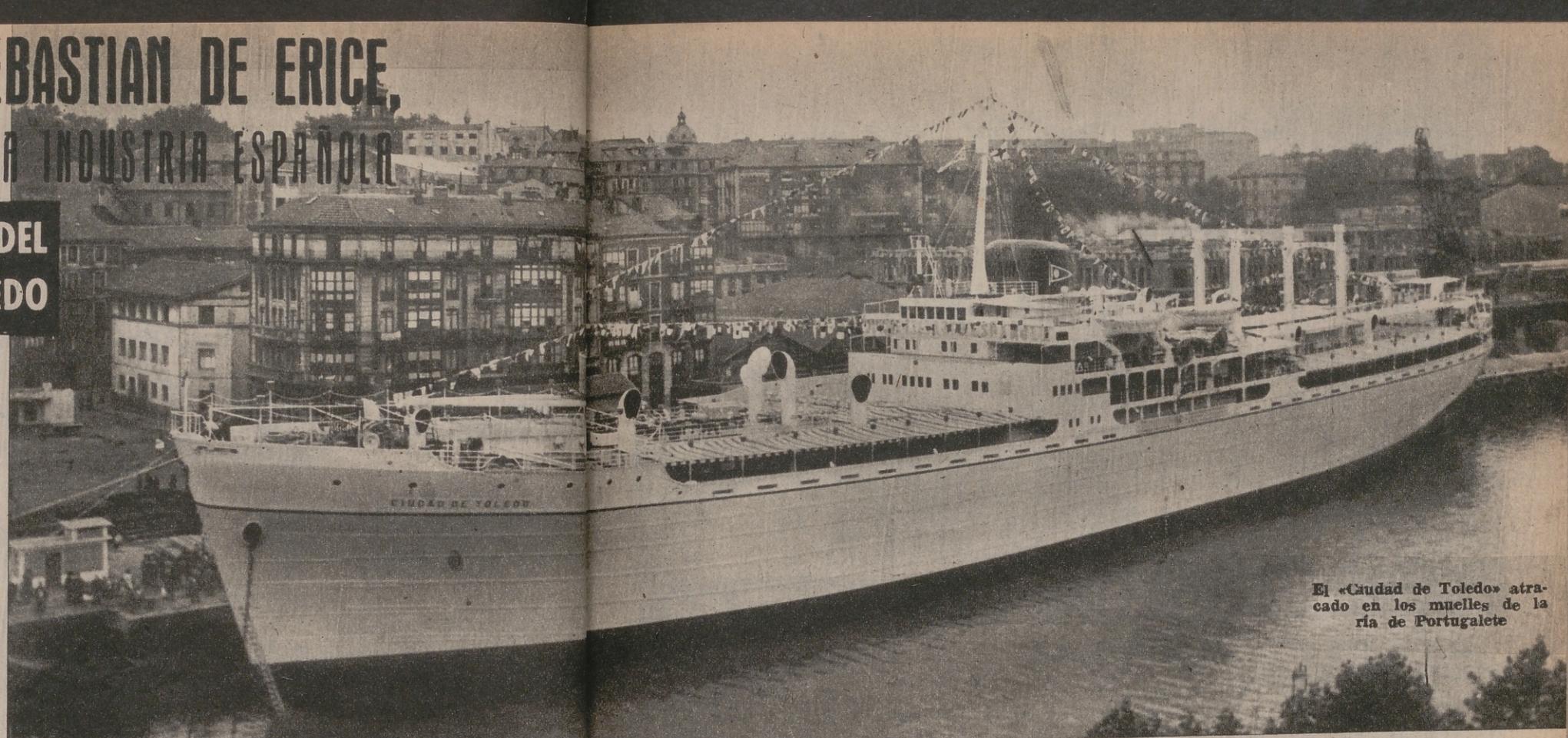
—¿Acertó?



El ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, señor Rivas Sacconi durante su visita a la Exposición Flotante, acompañado por el señor Erice y otras autoridades



El Presidente de la República de Cuba permaneció más de tres horas a bordo del «Ciudad de Toledo», visitando la muestra española. La foto recoge el momento de su visita a unos telares



El «Ciudad de Toledo» atracado en los muelles de la ría de Portugalete

—García-Sanchiz, cuya popularidad es muy grande en América, acertó plenamente. Ya en Veracruz nos dimos cuenta que algo muy grande y concreto estaba por encima de otras cosas. Pero más tarde, en Tampico, la emoción fué aún mayor, porque la despedida revistió un carácter muy particular...

—¿Por qué en la despedida?

—Las horas de llegada o de salida revestían gran importancia. Unas horas antes o después significaban mucho. En Tampico, se-

gún salíamos por la faja del río ya anochecido, los reflectores del barco fueron iluminando el gentío que permanecía en sus riberas, sobre todo en la margen izquierda.

La escena adquirió todavía más emoción porque los altavoces del «Ciudad de Toledo», durante una hora, tocaron el himno mejicano

Fernando Sebastián de Erice, al recordar todo esto, añade una bella nota final:

—Un buque de guerra mejicano

que estaba allí nos dió la despedida por «morse».

Lo peor de todo fué que García-Sanchiz no pudo hacer, por la escasez de fechas, el viaje hasta la capital mejicana, donde, por cierto, tenía comprometidas diversas conferencias. Aun así, según me dice el jefe de la Exposición flotante, era un hombre esperado siempre.

LO QUE MAS SIENTE DEL VIAJE

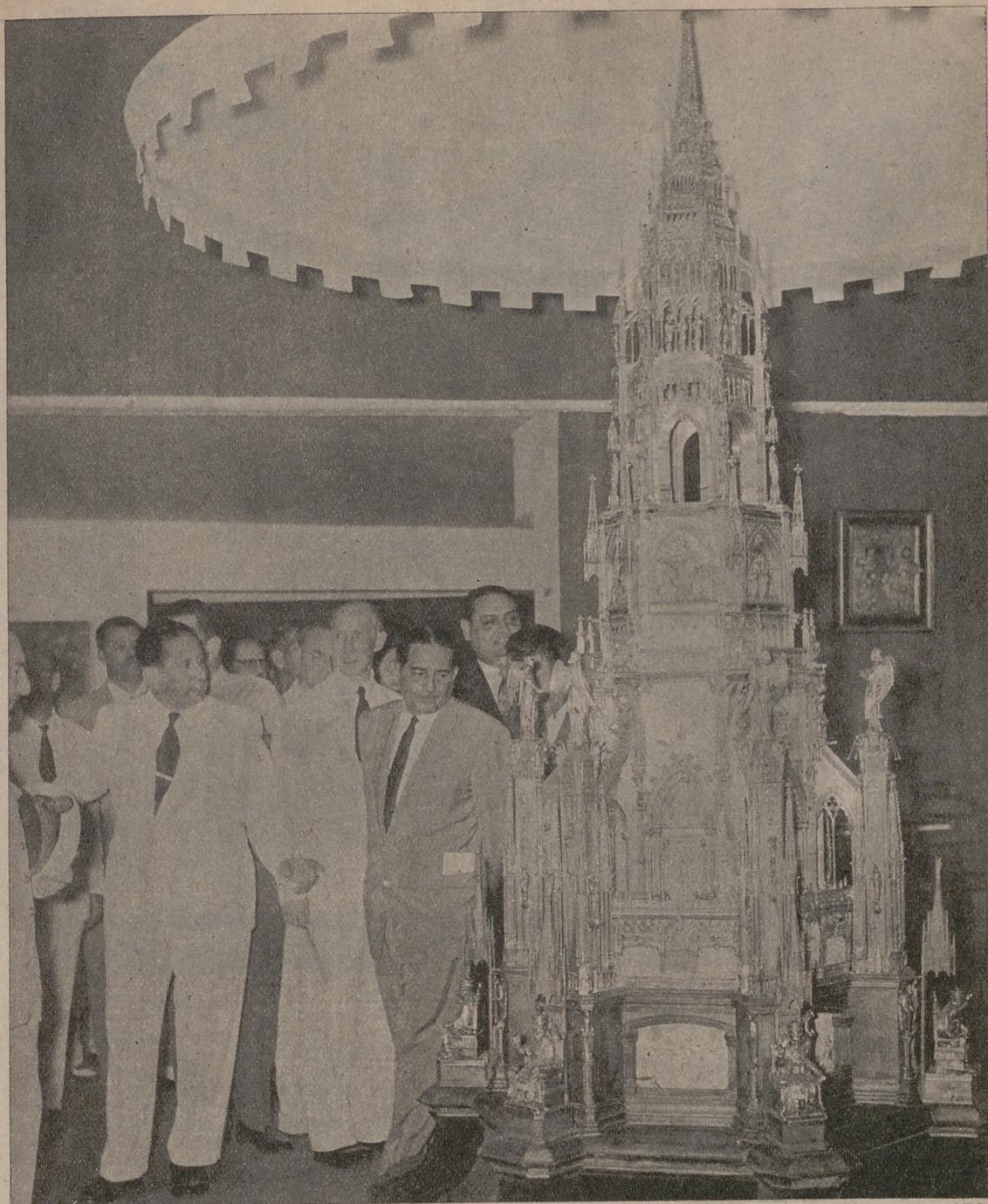
Es indudable que un recorrido semejante sirve para experiencias de mayor interés. Hispanoamérica es una preocupación honda y constante para un español. ¿Qué piensa de ello el viajero?

—No soy el más indicado para decirlo, pero me ha dado pena ver, en algunos casos aislados, que las Repúblicas americanas no se conocen entre sí, lo que sería menester. Creo que sería del mayor interés para todas ellas, una comunicación más constante, que superara en la medida de lo posible, las inevitables diferencias familiares

Punto de vista importante.

EL ALQUILER DEL BARCO Y LOS GASTOS

Puede asegurarse por encima de cualquier otra cosa, que la Exposición ha sido una verdadera embajada de paz española, y que ha producido en su propia esfera, una conmoción. Yo he sido testigo en Méjico, del recibimiento y de la emoción que ello supuso. Esto es, desde luego, el repertorio moral, el símbolo. Nos interesa conocer a todos, natural-



El Presidente de Panamá visita la Exposición española a bordo del «Ciudad de Toledo»

que corrobore de forma gráfica el éxito del «Ciudad de Toledo»?

—En Montevideo, el doctor Herrera, jefe de la oposición, me dijo: «Este barco es el mejor discurso que ha pronunciado nunca España.»

EL BACALAO A LA VIZCAINA

La conversación se va hacia el anecdotario fabuloso e inacabable de la expedición española. En el mismo Montevideo, los «blancos» del doctor Herrera decían cosas estupendas del «Ciudad de Toledo», como ya hemos visto, pero igual pasaba con los «coloraos».

—El Presidente Zubiría estuvo a bordo dos veces y comió con nosotros bacalao a la vizcaína, recordando, acaso, sus orígenes vascos.

Plenoso, cuando Sebastián de

Erice cuenta estas bellas memorias, en la alegre y festiva cara de Juan Montoya el mayordomo del buque, y en la tripulación, que hizo posible con su esfuerzo el milagroso equilibrio entre su trabajo habitual y el cuidado de la Exposición. El capitán del «Ciudad de Toledo», un marino recio y fino, Leal de apellido, me lo decía en Veracruz. Ahora me lo repite De Erice en Madrid.

—Trabajaron incansablemente. Todos hicimos guardias.

LA HISTORIA DE LOS BAUTIZOS

El barco era tierra española. Y la tierra es también la Patria viajera, el territorio nacional.

—Hubo escenas emocionantes. Algunos españoles trajeron sus hijos a bautizar al buque. Otros, aprovechando las escalas, los tra-

jeron, igualmente, para las primeras comuniones.

Esta es la guía emocional. Tenemos poco tiempo para tantas cosas, para tantas preguntas.

—¿Se tomaba alguna medida de seguridad en el barco?

—Puedo asegurarle que jamás tomamos ninguna medida de prudencia. Nara nosotros no existió en ningún momento ninguna clase de discriminación política o racial. En Santiago de Cuba, un Centro Republicano del exilio vino a bordo a brindar por España, sin que se hiciera ninguna clase de alusiones políticas.

—¿Y cómo surgió la cosa?

—Nos dijeron que había aparecido un anuncio del Centro Republicano anunciando la llegada del barco y dándole la bienvenida. Después algunos de sus representantes, subieron a bordo.



Más de cinco mil personas asistieron a la recepción ofrecida por el embajador español en Cuba, señor Lojendio, a bordo del «Ciudad de Toledo»

El tema de América se impone por sí mismo.

—No tenemos derecho a considerarnos superiores. A mí me gustaba decirles que son ellos los mejores, porque descienden de la mejor estirpe, de la que se fué allá, y no, como nosotros, de la que se quedó. De todas formas, hay que saber comprender sus personales características.

LOS LAZOS DE LA SANGRE

El tema de la sangre y la raza es otro tema para el viajero que viene de América.

—Me ha impresionado mucho el sentimiento que existe en Colombia y Costa Rica de la vinculación a España por los lazos de la sangre. Se me ocurre pensar que quizá los escritores y, en general, las minorías intelectuales, lo han hecho patente a sus pueblos; pero el hecho cierto es lo importante de este sentimiento allí.

—¿Algo que nos dé una idea concreta de ese aspecto?

—Mire, todo lo que le he dicho me lo repetía a mí el general colombiano Polonia, militar que condujo las tropas del país en la guerra de Corea. Y como este hombre, de enorme prestigio, existen muchos otros que viven y respiran este clima familiar de sentirse unidos a España por algo más que la cultura.

EN LA HABANA: EL RECORD

En Veracruz subió a bordo el vi-

sitante número millón y medio. Al terminar, llegaban a los dos millones; pero el record de subida diaria lo seguía conservando imbatiblemente hasta llegar a La Habana, el puerto de Buenos Aires.

—Pero allí se rompió el hechizo. El gentío esperaba en La Habana con seis horas de anticipación nuestra llegada y el recibimiento fué impresionante.

—¿Y las cifras?

—Un día subieron noventa y cinco mil personas. El record definitivo quedaba para Cuba. Por cierto que el alcalde de Santiago de Cuba, Maximino Torres nacido en Asturias, tuvo atenciones emocionantes con nosotros.

—Se ve bien claro que el recuerdo de las horas cubanas le impresionó. ¿No es así?

—Era una aglomeración tal que vivíamos en perpetuo asombro y en perpetua emoción. Eso fué Cuba para nosotros.

Le cuento a Sebastián de Erice una anécdota curiosa. El día 21 de noviembre comía yo en Nueva York, en el Palacio de las Naciones Unidas, con Núñez Portuondo, el embajador cubano, de enorme prestigio y calidad humana. Creo que una de sus primeras frases fué ésta: «Tengo noticias de que la llegada del «Ciudad de Toledo» ha sido un éxito enorme».

—Y es la verdad. Son cosas que difícilmente se olvidan.

PARLAMENTO FINAL

Don Fernando Sebastián de Erice tiene prisa. Cuando le llamé por teléfono quiso, primero, rehuir la entrevista y me dió gentilmente los nombres de otros miembros de la Exposición. Ahora me repite sus palabras iniciales:

—A la una me tengo que marchar. ¿Me disculpará?

—¿Quisiera que no fuese yo el que saliese «ahí». El éxito no me corresponde a mí, sino a todos y, en primer lugar, a los que dieron forma a la idea inicial. Eso es todo.

—Su mayor alegría, ¿cuál fué?

—Ver marcharse encantados a muchas personas que subieron reacios a bordo.

—¿Y su mayor dolor?

—La muerte de uno de nuestros queridos compañeros de viaje. En una expedición como la nuestra la muerte daba un valor que a nadie pasó inadvertido.

—¿Y la mejor anécdota?

—El descubrimiento de dos pollinos a bordo cuando regresábamos de América.

Ya está de pie. Reúno las cuartillas dispersas. Miro las fotografías y los recuerdos del viaje. El mapa donde con lápiz rojo, sin una sola duda, sin el menor titubeo, ha trazado la venturosa ruta del viaje. El director general ha salido ya. Es la una en punto.

Enrique RUIZ GARCIA

ILUSOS

Por EDUARDO, Obispo de Zamora

LAMEMOSLES así en prueba de buena voluntad. ¡Ilusos! Terminó la última guerra en los campos de batalla con la euforia de los vencedores. Y era tan inconsciente la embriaguez del triunfo, que, abrazados en una fraternidad absurda civilizados y bárbaros, se lanzaron juntos a recoger el fruto de la victoria. Causa admiración, ahora quizá más que entonces, el recuerdo de los procesos de Nuremberg, en que surgió el nuevo tipo de delincuente de «los criminales de guerra», y se les aplicaron, al juzgarlos, los principios de un Derecho nuevo. Sólo recordar sentado en el Tribunal, como uno de los jueces, al representante soviético, basta para adivinar lo que aquello podía resultar.

Sin embargo, era más alarmante la penetración de las ideas y el contagio de la simpatía con el comunismo en las naciones occidentales, gracias a un clima de comprensión que se apresuraron a crear en las esferas de los Gobiernos y en el mundo de los intelectuales. No era obstáculo, ni lo ha sido después, el que muchos pueblos cristianos de Occidente quedasen esclavizados a la tiranía rusa. Ni lo era el que dentro de las mismas naciones vencedoras se hubiesen formado partidos políticos y organismos sociales poderosos al servicio de Moscú. Por encima de esas y otras «amenudencias» estaba el mundo de la cultura, en que todos podían entenderse y convivir.

Fué entonces cuando comenzaron a pulular esos círculos y asociaciones para el fomento de la amistad con Rusia, que favorecía el intercambio de sus respectivos ideales y culturas. A inscribirse en ellas acudieron, ¿cómo no?, católicos progresistas como Francisco Mauriac, izquierdistas doctrinales como Juan Pablo Sartre y políticos radicales como Eduardo Herriot.

Quizá guiase al primero la curiosidad de experimentar cómo podía armonizarse, siquiera en la práctica, el sentido católico de la vida, que alienta en sus novelas, con el materialismo ateo de la Rusia comunista; y al segundo, la aventura de compaginar el concepto de la libertad absoluta e ilimitada, base de su existencialismo, con la concepción del hombre máquina sin derechos individuales, explotado por la colectividad comunista. Al tercero, ya se comprende lo que le podía guiar. ¡Ah! Quizá se abriesen así camino en las mentes rusas, cerradas acerbamente a toda influencia occidental.

Un aglutinante más, y no de los menos eficaces, batido y excitado por el odio comunista, era el intento de mortificar y destruir a España. El ruso llevaba clavada la flecha cetera con que el patriotismo y la visión de los españoles le obligó a replegarse con sus brigadas internacionales escarmentadas y en derrota, a sus nevadas estepas. Pocos acuerdos más bochornosos reseñará la Historia que los de Postdam y Yalta; pocas resoluciones más injustas e hipócritas que la de la O. N. U., empeñada en asfixiar por aislamiento al pueblo español. Aquella retirada conjunta de los embajadores en Madrid... ¡Ah! Pero lo exigía Rusia para satisfacer su venganza, y los demás se doblegaron cobardemente como cómplices obsequiosos a sabiendas de que España no podía crear peligro ninguno para la paz... ¡¡ni con las bombas atómicas que se fabricaban en Ocaña!! Pura farsa en que los principales actores fueron las naciones más poderosas.

Es mejor olvidarlo. Claro que se escarmentaron contra el orgullo y la resistencia y el coraje de España, entonces más unida que nunca frente a la enemiga del mundo entero. Lo cierto es que todos los insignes miembros de esas asociaciones de la amistad con Rusia eran rabiosamente antiespañoles, tanto más antiespañoles cuanto más prorrusos. Y así han ido marchando del brazo año tras año, sin que se advirtiera la mala compañía que llevaban y la mala causa que defendían.

Pero un día un pueblo noble y católico, de los de rancia raigambre europea, esclavizado por el despotismo comunista, privado de todos sus derechos naturales y humanos más sagrados, sintió agotarse su paciencia y capacidad para el sufrimiento, y en el supremo esfuerzo de la desesperación se alzó valientemente contra sus opresores en una lucha heroica por sacudirse el yugo y reconquistar su libertad.

La reacción brutal, sanguinaria, de los Ejércitos rusos, invadiendo Hungría tras de una maniobra traicionera y aplastando sin piedad a los patriotas bajo el peso de sus tanques y el fuego de sus ametralladoras, parece haber abierto los ojos a los pobres ilusos, que persistían en ignorar o disimular. Ahora, a la vista de lo visto, sin posible ocultamiento ni tergiversación, ya no es posible seguir con-temporizando. Sería demasiada ingenuidad.

¡Libertad! ¿Es ésta la que el comunismo nos venía vociferando? ¡Derechos de los obreros! ¿Y los aniquila así cuando se atreven a reclamarlos unánimemente? ¡Imposición de la voluntad del pueblo sobre el odioso capitalismo! ¿Y la pisotea y la ametralla y la barre y la ahoga cuando tan claramente se manifiesta? ¡Respeto a la autodeterminación de las naciones en sus asuntos interiores! ¿Y asalta las fronteras y quita y pone Gobiernos al antojo de su fuerza brutal? ¿Y todo entre ríos de sangre y montones de cadáveres de mujeres y de niños, de obreros y de campesinos, de cuanto constituye un pueblo?

Imposible seguir con los ojos más o menos voluntariamente cerrados. Hasta los comunistas y prrocomunistas no rusos han sentido disiparse o vacilar sus engañosas convicciones. Pero la lección ha sido soberana, sobre todo para los «ilusos». Sí, llamémosles así piadosamente: «ilusos». Y entre los ilusos, sobre todo, para esos intelectuales. Han caído de las nubes de su amistad prorrusa, se han despertado del sueño halagador de su convivencia etérea con los disimulos bien poco disimulados de los intelectuales comunistas, sus amigos, y se han estrellado contra la dura y sangrienta realidad del comunismo. Ni libertad, ni derechos, ni respeto, ni cultura, ni bienestar, ni nada, más que barbarie y maldad.

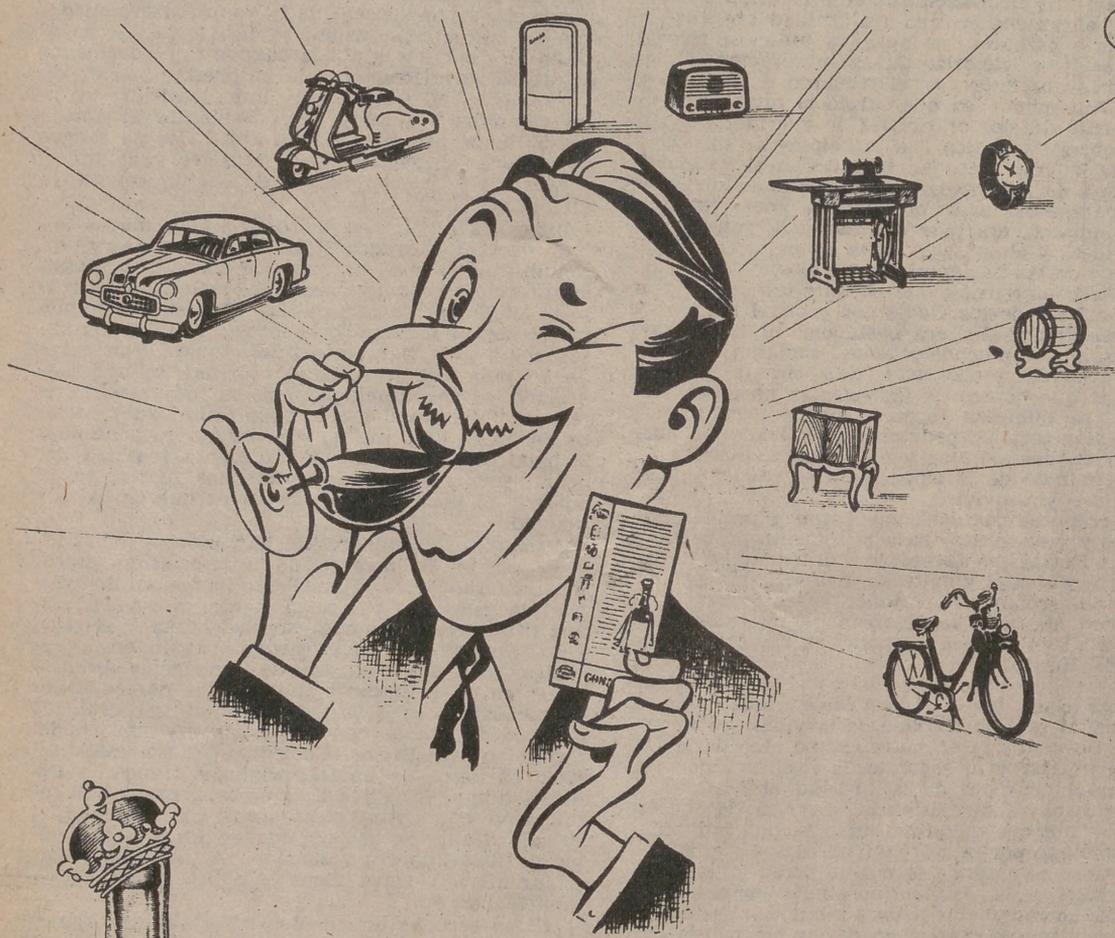
Asustados, escandalizados, han corrido a borrar y retirar su nombre de la asociación procomunista francorrusa Juan Pablo Sartre, en un arrepenido gesto de lavarse «Las manos sucias» con que tituló su más famosa novela, y tras él el católico Francisco Mauriac, siempre inclinado a comulgar con los autores de tendencias izquierdistas en un peligroso equilibrio, que parece haber descubierto al cabo que en el comunismo está «El desierto del amor», como antesala del infierno del Dante en su «Divina Comedia». Y Eduardo Herriot, patriarca del radical socialismo francés, y Pedro Nenni, el socialista italiano tangente con el comunismo, que arroja, como ascua que le quema, el Premio Stalin de la Paz, que en mala hora recibió de Rusia por su actuación en favor de la paz «staliniana». Y sigue sigue el desfile de los ilusos desilusionados.

¿Cómo razonar este hecho? ¿Por ventura hemos de admitir que para el presente caso ha cambiado el comunismo de principios o de táctica? No Siempre el mismo, actuó constantemente como lo que es Dentro de Rusia, con los millones de asesinados en sus trágicas purgas periódicas, y en sus cuerdas de deportados incontables a Siberia. En las naciones forzosamente incorporadas a la federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas, como Lituania y Estonia, diezmando y aun más a sus ciudadanos mediante el asesinato y la deportación a los infernales campos de concentración y de trabajos forzados, sucursales de la muerte. En las naciones satélites secuestradas tras el «telón de acero», amedrentándolas y martirizándolas por medio de los partidos comunistas esclavos de Moscú, sostenidos por la fuerza temible de las divisiones rusas. Y ahora, en un episodio más, con la rigurosa aplicación de los mismos principios y de la misma táctica.

Sólo que ahora el ruido de la explosión y las salpicaduras de la sangre han saltado alarmantes desde Hungría al exterior, mientras ante todo quedaba ahogado entre el terror de las víctimas en las sombras de las checas, en los caminos perdidos de la estepa o junto a las fosas de la ejecución. Entre tanto podían seguir soñando en convivencias amistosas los ilusos. El gesto heroico de los húngaros y la bárbara conducta de sus verdugos les ha sacudido hasta los repliegues de su conciencia, despertándoles bruscamente de su sueño de engaño.

La pena es que ilusos, más o menos ilusos, ilusionados con tácticas de convivencias peligrosas, que antes acabaron como acabaron, y que pueden acabar de nuevo en desastres semejantes, los hay también aquí.

Hora es de abrir los ojos y de escarmentar en cabeza ajena. ¿Les habrá aprovechado la terrible lección? Esperemos que sí.



"Cada 7 días, el número SOBERANO de González Byass"

Con cada botella, una tarjeta para concursar
¡SOLICITELA!

Vd. no tiene nada más que elegir un número, del 1 al 121, y si acierta, puede obtener cualquiera de estos 8 regalos que se darán **TODAS LAS SEMANAS**, sorteándolos entre los acertantes:

- | | |
|--------------------------|---|
| 1.º Un scooter LAMBRETTA | 5.º Una máquina de coser ALFA |
| 2.º Un frigorífico EDESA | 6.º Un reloj de pulsera OMEGA |
| 3.º Un VeloSolex ORBEA | 7.º Un mueble-bar ALFA |
| 4.º Una radio PHILIPS | 8.º Un barrilito de lujo de Brandy SOBERANO |

Y un coche SEAT al final del concurso para sortearlo entre los acertantes no agraciados en los premios anteriores

Escuche la emisión de los viernes, a las once de la noche, por la cadena de emisoras de la SER, donde al azar, se sacarán los números premiados

GONZALEZ BYASS

·RASGO· PUBLICIDAD

EL TORO EN LOS CAMINOS DE LA MESTA

CIUDAD RODRIGO DESDE LA SILLA VAQUERA

A TRAVESAR una serie ininterumpida de maravillosos paisajes puede, hasta cierto punto, atenuar el cansancio. El haberme compenetrado perfectamente bien con mi caballo «Casiano», a pesar de estar rodeado de toros bravos por todas partes, me daba una enorme seguridad. Pues bien; a pesar de estos atenuantes, once horas a caballo matan al más pintado. Y tal fué mi caso al finalizar mi primera jornada en tanto que espectador-conductor de reses bravas.

Al anochecer, los toros quedaron encerrados en un cercado, mientras el mayoral y dos vaqueros los iban recontando a la entrada. Nosotros, entre tanto, también dentro del mismo, nos dedicamos a examinar las posibles salidas, para comprobar su estado, y luego, unos y otros nos dirigimos a las cuadras para desensillar nuestros caballos. Creo—sin ninguna clase de doble sentido la cosa es dicha—que en este estado de supercansancio sobra toda clase de literatura. Por esto, así que me vi al lado de la lumbre, mientras el del volquete iba dando vueltas a una enorme olla hir-

viendo llena de patatas y de chorizo, me sentí poco menos que en la gloria, y, desde luego, olvidé muchas cosas, como, por ejemplo, mis agujetas...

Comida estupenda, seguida de tocino pasado por la sartén, enormes vasos de leche, y casi sin saber cómo estaba ya tumbado encima de dos sacos de paja que cubrían una manta de lana, mientras el mayoral me deseaba las buenas noches, al tiempo que amontonaba los troncos de la lumbre. ¡Cómo dormí, Santo Dios, aquella noche! Por esto, cuando al despuntar el día me llamaron, más creía despertar de un sueño maravilloso que volver a la realidad; es decir, otra vez a la grupa de mi caballo «Casiano», y otra vez a los toros bravos, a los que, naturalmente, había que volver a contar antes de emprender la marcha.

EL TORO Y SU PAISAJE

Quiero insistir, y no me cansaría de repetirlo, en la nobleza de los toros. ¿Qué animal, invierno

y verano aguanta la intemperie como el toro la resiste? Porque por estos campos salmantinos las noches empiezan a ser frías, y la escarcha apunta. Y, sin embargo, el toro, agrupado unas veces, otras solo, lo aguanta absolutamente todo, sin que le proteja techumbre alguna. Salen primero los cabestros, con un «savoir faire» sencillamente admirable, y a renglón seguido, el grueso del rebaño, mientras nosotros ya estamos estratégicamente distribuidos, y así se emprende la marcha.

El del volquete ha quedado atrás, y por caminos inverosímiles nos alcanzará, al mediodía, en la línea divisoria entre la provincia de Salamanca y la de Cáceres. Casi al pie del puerto de Perales, que tendremos que atravesar por los mismos caminos y cañadas, que desde tiempo inmemorial son respetados. El sabio Consejo de la Mesta y otros estamentos que tantos días de esplendor dieron a la economía nacional, siguen en pie, mientras vamos atravesando



Sobre los campos salmantinos pasan los toros. Colinas y encinares, testigos mudos en el camino de la mesta

paisajes de una belleza arrabata-dora.

A veces dejo el grueso del rebaño y galope hasta una colina cercana. ¡Qué maravilla! Aquí y allí, diseminados en la línea del horizonte, campos y más campos, en donde el buey o el tractor labran. La tierra es de un marrón o de un ocre subidos, mientras robles y encinas centenarias diríase puestas allí para hermohear aún más el paisaje. A mí, estos contactos con la realidad de nuestro país me llenan de orgullo. Unos serán partidarios de la industrialización. Recpeto la teoría. Pero de estos campos salmantinos también nace y crece la riqueza. Y si, además, uno se deja llevar por sus sentimientos, llamémosles artísticos, llegará a la fácil deducción de que nunca una belleza, una realidad, puede llegar a ser tan alegre como sinceramente admirada.

El mayoral me avisa que pronto vamos a cruzar una carretera.

Cuando esto sucede, los vaqueros, y él en cabeza, cortan la carretera con sus caballos, para impedir el tránsito rodado, según es norma y antiquísima costumbre. Y entonces, los cabestros, diríase animados por fuerzas ancestrales, a un simple grito, se les ve apretar el paso, mientras los toros les siguen también más deprisa. La cosa es grata de presenciar, y no hay miedo que el toro se despiste. Cuando todos han atravesado la carretera, los vaqueros cierran el abanico, y otra vez por las cañadas, al monte se ha dicho, en donde todo es belleza, sin que la uniformidad del paisaje nos canse lo más mínimo.

Después de un alto muy cerca de una casa de campo, en donde somos muy bien recibidos—los vaqueros de una y otra ganadería gustan de cambiar impresiones y explicarse sus aventuras, desde luego bastante inocentes y, por lo general, muy unidas a alguna que

otra capea o tiente—, nos preparamos para cruzar el río Agueda, que atraviesa por la parte Sur esta maravillosa ciudad que se llama Ciudad Rodrigo.

«COW-BOYS» ESPAÑOLES ANTE CIUDAD RODRIGO

Ver Ciudad Rodrigo a lo lejos un mediodía de otoño caluroso y de una claridad incomparable es un espectáculo sencillamente inolvidable. Creo que la cosa lo es mucho más teniendo en cuenta que Ciudad Rodrigo es una ciudad, ¿cómo diría yo?, petrificada, muy de otra época, en donde un pasado más que esplendoroso de nuestro país se hizo piedra y palacio. Además, no hay que olvidar que uno, en tanto que caballero montado, por poca imaginación que tenga, se cree formar parte integrante de aquel ininterrumpido esplendor arquitectónico, de una belleza repito incomparable.

A medida que vamos acercándonos a Ciudad Rodrigo, yo no las tengo todas conmigo al pensar que hay que cruzar un río. Pero, sin darme cuenta, en el río estamos. Y entonces, los cabestros, otra vez con una docilidad y una técnica admirables, se meten los primeros en el agua helada, en donde previamente el mayoral ha marcado una especie de camino, mientras el agua le llega y pasa de sus espuelas. Y así, todos lo hemos cruzado, mientras el espectáculo es digno, repito, de un noticiero cinematográfico, pues los toros es la única vez que, quizá por ser la cosa diferente, empiezan a saltar, con una agilidad diríase de circo.

Los chiquillos españoles, que, a veces, tanto gustan de jugar al «cow-boy» del Oeste americano, tendrían que presenciar este paso del río, para que, al menos por una vez, se acostumbraran a una estampa muy hombruna pero, sobre todo, muy española, y, por lo tanto, muy dentro del paisaje y

de la historia del país. Nada desentona, nada es exótico. Aquí, nuestros vaqueros no tienen que envidiar, ni en técnica, ni en monturas, ni en peligros, a los del Oeste americano. Si bien es cierto que la corriente del río Agueda no era muy fuerte, días ha habido que la impetuosidad de las aguas ha arrastrado a los toros. Pero nunca nadie recuerda incidente alguno. Algo importante es la cosa.

Yo aprovecho el paso del río para retroceder, y, una vez más, admirar las bellezas, por cierto muy abandonadas, de Ciudad Rodrigo. No todos los días le es dado a uno visitar una ciudad tan llena de historia, montado en un caballo. Aquí sí que esos coches por los que las gentes se pirran desentonan. Como desentonan y le duele a uno en el alma y le escuece en los ojos ver las fachadas de viejos y hermosos palacios, cuyos escudos, balcones y piedras nobles hablan de tanto esplendor, ensuciados con letreros que anuncian rebajas de géneros o pensiones de nombres alisonantes. Ciudad Rodrigo, visitada así, montado a caballo, es decir, como la debían visitar antaño los caballeros que la engrandecieron o los guerreros que la atacaron, le produce a uno una sensación entre grata y desagradable. Cuando España es visitada por tantos turistas y Ciudad Rodrigo lo es por los que de Portugal vienen la primera, ¿por qué no respetar las fachadas y limpiar un poquitin más esta estupenda ciudad de esos anuncios y letreros? Así se lograría, al menos aparentemente, una uniformidad de bellezas arquitectónicas únicas en el mundo. Pero, en fin, la protesta aquí queda estampada, mientras por la carretera, y a galope, trato de alcanzar el grueso de la expedición, que ya está otra vez metido en otra cañada, mientras a lo lejos, en la línea del horizonte, por un lado se destaca la mole del puerto de Perales, que mañana tendremos que atravesar, y detrás queda Ciudad Rodrigo, en lo alto del montículo en donde antaño estaba, el castillo, hoy convertido en Parador de Turismo.

UNA NOCHE EN LA MAJADA

Yo he dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos.

¿Quién me iba a decir, yo que no quiero hacer literatura, sino vivirla, que estos versos de Gabriel y Galán se convertirían en una auténtica realidad, al menos por una noche?

Había—donde noche hicimos—sacos de paja y de heno. Y además, el ganado. Y muy junto a él dormimos. Naturalmente, el cansancio otra vez nos apretaba, sin que por ello, y dada la incomodidad de mi cama, dejase de recordar otras camas más cómodas en que uno ha dormido. ¿Por qué estos contrastes? ¿Qué tenían que ver las camas mullidas con la que me esperaba? Para dormir lo que hace falta, dicen, es tener sueño. Exacto. Y como que lo teníamos, dormimos. Pero la cosa duró poco. A pesar de que en el cercado dejase vigilancia, unos toros saltaron la pared y se escaparon. Inmediatamente el mayoral y vaqueros



Por el puerto de Perales, los toros, casi en fila india, van uno detrás de otro

ensillaron rápidamente sus monturas, mientras yo seguía durmiendo...

La verdad es que a la mañana siguiente me enteré de todo. De que se habían escapado, y luego recuperado, 30 cabezas de ganado. De que suerte de la luna, que hizo más fácil la búsqueda. Que apenas durmió nadie. Y que una vez más eso de ser vaquero, oficio es muy duro y, desde luego, nada fácil. Porque, naturalmente, los toros, aparte de ir sin los cabestros, podían atacar a alguien—como más de una vez ha sucedido—y hubiera representado para la ganadería una pérdida en pesetas importante. No hay que olvidar que estos toros se venden casi a precio de oro.

EL PASO DEL PUERTO DE PERALES

El paisaje continúa fiel a las encinas y a los robles. Pero aquí, a medida que vamos acercándonos al puerto de Perales, constato muy satisfactoriamente que el pino ha sido sabiamente plantado y que extensísimas e interminables zonas de montes, de terrenos han sido repoblados por el Servicio Forestal del Estado. Y aquí sí—también de paso sea dicho—que uno no puede menos que alegrarse de la transformación de estas tierras. Aquí también me gustaría, a ser posible, que contemplaran o reconocieran ciertos derrotistas de café la labor del Estado. Labor que, aparte de beneficiar amplísimas zonas, provoca lluvias regulares, y donde antes había miseria—estas zonas muy cercanas están a Las Hurdes—hoy hay una enorme y auténtica fuente de riqueza.

Cerca del puerto de Perales, la panorámica es de una grandeza y belleza de primerísima calidad. Muy lejos se ve el pantano de Borbollón. Pero todo lo que nuestros ojos ven son, repito, extensiones inmensas de pinos. Por un lado, esto. Por el otro, y a medida que vamos ascendiendo, la vegetación desaparece, y por caminos inverosímiles y casi cortados a pico atravesamos la cañada. A la derecha, monte y piedras. A la izquierda, peligro continuado y la carretera que va zigzagueando. Y a todo ello, los toros, casi en fila india, van uno detrás de otro. ¡Estampa de una belleza incomparable! Ya deja de impresionarme la estampa del vaquero, garrocha en mano, que, a pesar de lo accidentado del terreno, aparte al toro encelado, va y viene, mientras yo no dejo de admirar la maravilla de las panorámicas que atravieso.

Atravesar un puerto como el de Perales sentado en un coche tiene su importancia y hasta su belleza. Atravesarlo a caballo y rodeado de toros tiene sus peligros. Y aquí sí que yo, aficionado de verdad de la fiesta, no dejaba de pensar en los que se dicen entender de toros y en más de algún colega. Aquí sí que los quisiera haber visto, compartiendo peligros, porque—vuelvo a repetirlo—una cosa es ver la fiesta sentado en



El paisaje es como una obsesión para el periodista-vaquero enrolado en la trashumancia de la mesta

una barrera y otra cosa es vivirla, como diría yo, en crudo, siempre pendiente de si los toros se arrancan o no, y sin ninguna clase de protección más que el galope del caballo—cosa ciertamente difícil, por otro lado, debido a lo accidentado del terreno—y sin, ni soñarlo, tener a mano un capote o un burladero.

Durante cuatro horas, y por caminos inverosímiles, en donde a veces solamente pasaba un toro unas veces subiendo, otras bajando, atravesamos el puerto de Perales, en donde, dejando atrás la provincia de Salamanca, entramos en la de Cáceres. Aquí el paisaje, una vez llegados al llano, es más dulzón. Entramos ya en los dominios del olivo, del castaño y hasta vimos algún naranjal. Tierras mucho menos frías, y en donde los pastos son más fáciles y aprovechables, mientras los que atrás quedarían se serían los de Salamanca, los fríos harían imposibles.

Y otra vez cuando aún vemos la mole impresionante del puerto de Perales, casi nos parece imposible nuestra—¿por qué no decirlo?—aventura. O proeza, sobre todo, teniendo en cuenta que uno va de espectador, y porque, interesado por la fiesta, ha querido vivir una de las páginas, creo más sinceras y reales de la misma antes que se haga literatura sobre ella.

FINAL NOSTÁLGICO

Mi muy admirado amigo el maestro Domingo Ortega tiene teoría propia sobre la bravura del ganado. Yo a tanto no llego. Sé, y he compartido durante seis días, de la bravura de los toros todas las incidencias. Es más, ni creía que los toros fuesen animales tan fáciles a «cancelarse» ni que a su vez fuesen tan dóciles de conducir de un lado para otro. Me he empapado hasta la exageración de unos paisajes bellosísimos y españolísimos. Pero sobre todo he compartido el pan

y la sal con unos hombres muy arregados, que son algo consustancial con el paisaje que hemos atravesado y de una nobleza y una austeridad admirables.

Ahora los toros, que veo ya mucho más dóciles, porque hemos llegado al final de nuestro viaje, van siendo seleccionados por corridas. Unos, aquí; otros, allí, separados en diferentes cercados, en donde invernarán, esperando la visita de los empresarios y de los toreros. Aquí están vírgenes de contactos con ese mundo tan complicado de los toros, es decir, de la fiesta, que se está poniendo cada vez más absurda y ridículamente complicada.

Ninguno de los toros tiene afeitado alguno. Me he ido entreteniéndome anotando los números de algunos que en otras tardes iré viendo. ¿Responderá su bravura? Desde luego, a ninguno durante el viaje le he visto caerse. Y eso ya es algo e importa destacarlo.

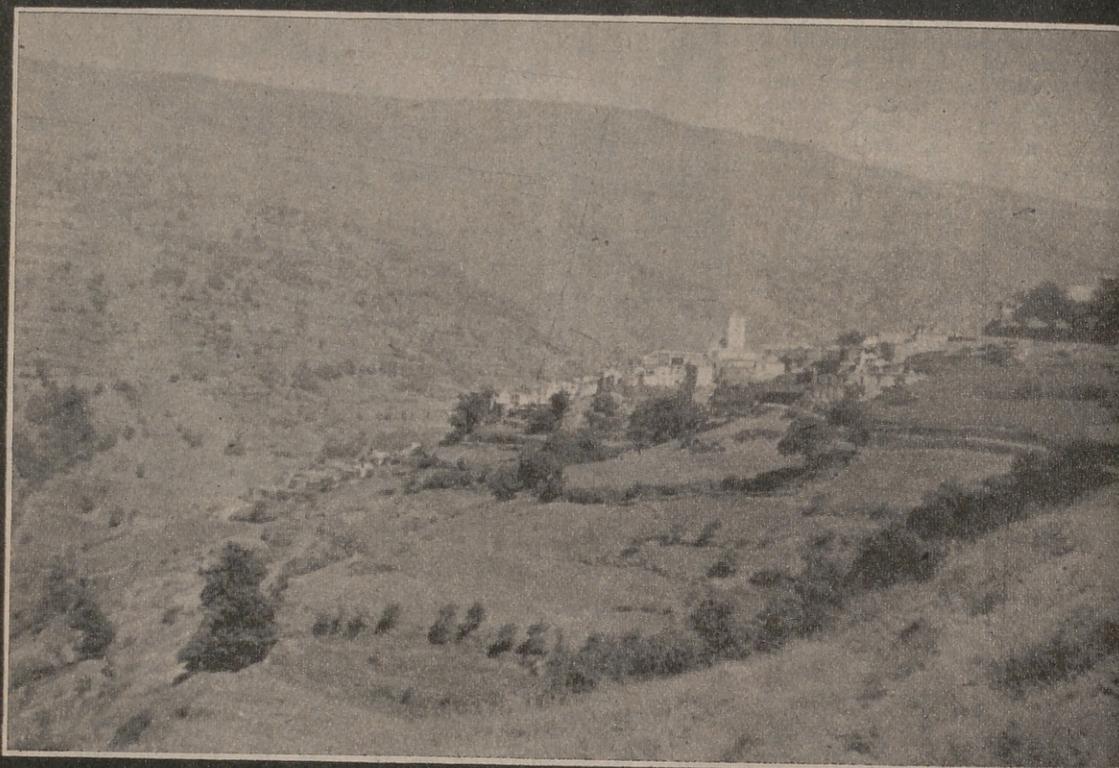
Por lo demás, el paisaje continúa impresionándome. La tarde va cayendo, mientras me despiden de los que fueron compañeros de viaje, sin olvidarme de «Casiano», una enorme nostalgia me invade. El periodismo es esto. Hoy casi me encuentro en la raya de Portugal, en un ambiente para mí nuevo, de una fuerza incomparable. ¿Mañana? Dios dirá. Gracia y desgracia del periodismo. Pero un nuevo viaje ha sido llevado a cabo. Quería cantar del toro sus bellezas y aún no sé si lo he logrado.

De todas maneras, sí que quiero decir, mejor dicho, repetir, que una cosa es ir a ver a los toros en una plaza y muy otra verlos en su salsa. Allí se han inventado muchas cosas nuevas y que antaño no se estilaban, ni mucho menos se toleraban. En cuanto a la salsa, en el campo queda esperando, pastando tranquilamente, fiel a una tradición muy española. Y eso es todo.

Miguel UTRILLO

(Fotos del autor.)

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



LA LEYENDA DEL MULHACÉN

LA NOCHE EN UN PUEBLO SOBRE LAS NUBES - LAS MOZAS Y LOS MOZOS JUEGAN AL CORRO A LA LUZ DE LA LUNA

La noche en la Alpujarra Alta es densa, apretada de silencio. Yo diría que compacta de quietud. Va llegando al pueblo la gente que estuvo todo el día trabajando en el campo. Lentamente, sin bullicio alguno, avanzan hombres y mujeres. Los serones rebotan de mazorcas de maíz. Sólo se percibe el ruido seco y metálico de las herraduras de las caballerías. Se abren las puertas y hombres y bestias desaparecen. Y todo queda como dormido. Es la hora del yantar bien merecido al lado de la lumbre.

Con las penumbras, Capileira ha cobrado un tinte de misterio. El cielo está tremendamente emborronado de nubes negruzcas. La luna se adivina entre ellas como a través de un espeso tamiz. Luz y nubes forman así una amalgama que presta al cielo un color de plata oxidada. De cuando en cuando, la luna se pierde entre el laberinto de nubes y todo queda más oscuro. Las agrestes sierras que rodean al pueblo parecen centinelas inanimadas, como sujetos a algún encantamiento. Una se imagina en el aspecto de estrella que tendrá desde abajo este pueblo colgado. Sus luces se verán como prendidas en la altura si se miraran desde el fondo de cualquiera de los barrancos que nos

(De nuestro enviado especial en la Alpujarra BLANCA ESPINAR)

rodean o se pudiera atisbar desde la carretera que serpentea hasta llegar aquí. Y siento un acuciante deseo de contemplarlo desde un plano más bajo. Camino hacia la carretera, hacia la salida del pueblo. Desde luego, que no voy muy tranquila. Miro a un lado y otro, porque creo que de improviso voy a ver brillar en la oscuridad los ojos de alguna alimaña. Pero no ocurre nada. Lo que sí veo avanzar hacia mí son dos ojos fosforescentes y tremendos. Pero no hay miedo. Son los faros de un coche. Me aparto a un lado y el coche se para. Y de él sale una voz que me dice sin otra explicación: —Hasta aquí no llegó Alarcón...

Me quedo un momento sorprendida. No sé quién me habla. Pero no puedo por menos que reírme, y contesto:

—Es verdad. El recorrió la Contraviesa abajo. Pero las mujeres somos más ambiciosas.

Deben de ser ingenieros de las Centrales. Lo gracioso del caso es que ellos me conocen a mí,

pero yo no a ellos. Les hablarían sus compañeros de que yo estaba en Capileira. Y me han identificado al verme por la carretera. Luego proponen:

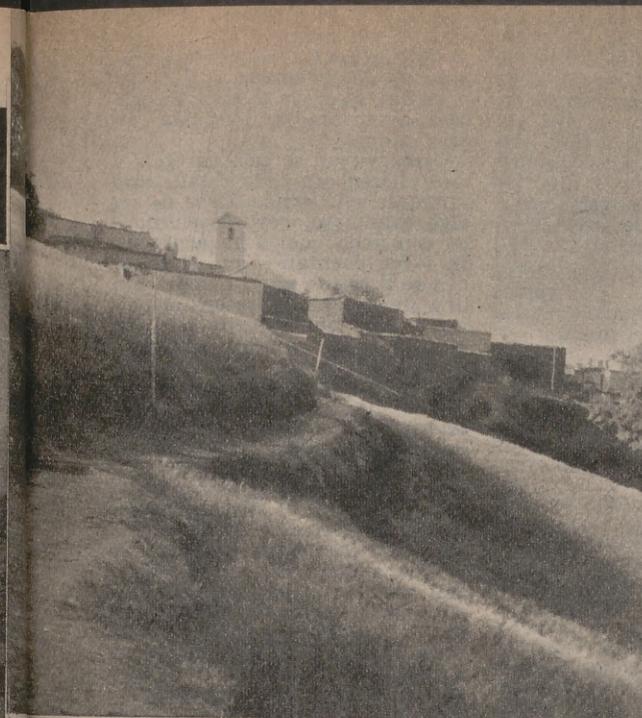
—¿Quiere usted venirse? Si no lo hace ahora, ya no podrá moverse de Capileira hasta el lunes.

—No, no. Gracias. Prefiero quedarme. Aun me quedan cosas que ver.

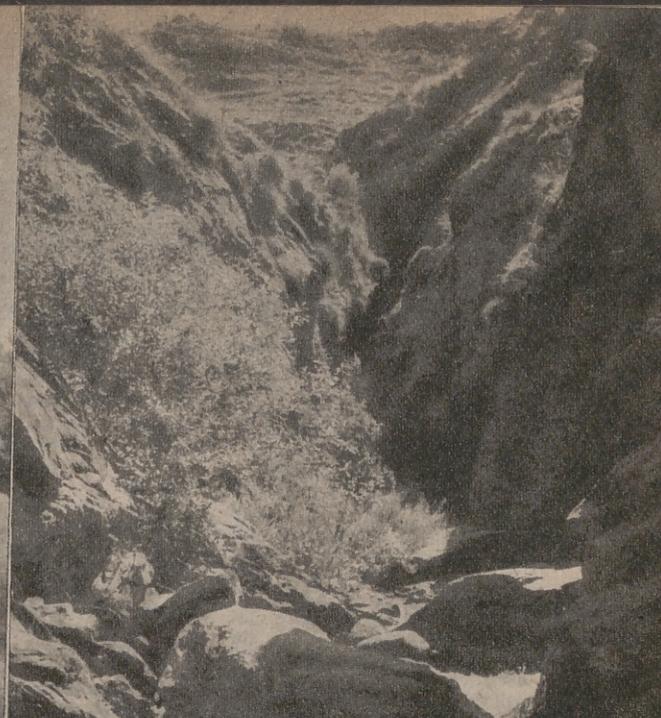
Y el coche se va. Con él en verdad, desaparecen mis posibilidades de salir de aquí. Y le veo perderse en la noche con la tranquilidad que da esta paz profunda en la que aquí se encuentra una como sumergida. Desde luego es noche de sábado. Y el domingo se paraliza toda la vida aquí. No viene el coche correo de Granada y tampoco es fácil que circulen ningún coche o camión de las obras de Cebadilla. Es, pues, incomunicación completa. Si quisiera telefonear o telegrafiar tampoco podría hacerlo. Estoy lejos del mundo, en un pueblo entre derrumbaderos. Pero mañana, quizá pueda subir hasta el Mulhacén. Y esto me ilusiona tremendamente.

LOS DOS CAMINOS DEL MONTE MAS ALTO DE ESPAÑA

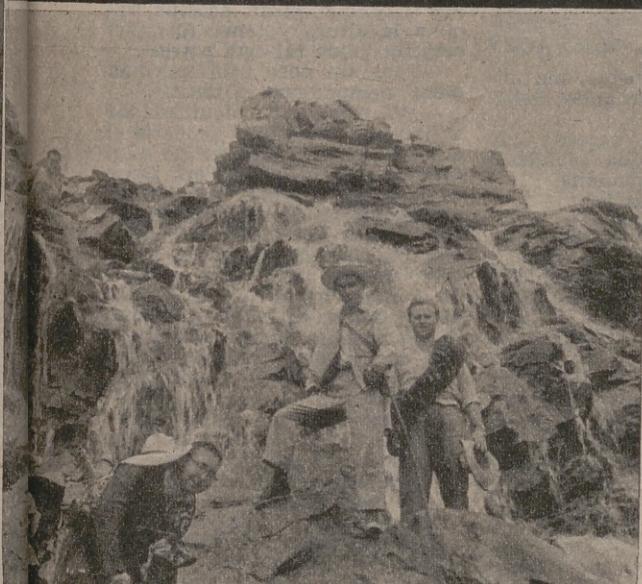
Cierro los ojos un momento y



belices del terreno se van extendiendo los sembrados que rodean el pueblo



Una pisada en falso es lo bastante para despeñarse



ota abundante entre cualquier peñasco. Es una de las riquezas de la Alpujarra



desfilan en mi imaginación que hay detrás de los dos mil habitantes de Capileira y yo. A un lado, vertientes tétricas. De escarpaciones del Mulhacén en un tajo donde nace el Genil. Son los que pocas veces la planta humana. La en toda su grandeza. Esa soledad frente a la vejez, que muchas veces es de consuelo al padre eternamente. Digo alpujarreña que el Mulhacén y que el monte toman porque en él está el padre de Boabdil. El penúltimo rey de fue un hombre apasionado. Con la misma que amó a doña Isa-

bel de Solís y no cejó hasta hacerla la Sultana Zoraya, aunque para ello tuviera que repudiar a Aixa, su esposa de tantos años, de la misma forma le dolló la conducta desleal. a veces, de los hombres y especialmente la de su hijo Boabdil, que se rebeló contra él. Desengañado, Muley-Hacén, y ya en trance de muerte, pidió a doña Isabel que lo enterrara en este monte, que era la montaña más alta de España, la cumbre más solitaria e inaccesible. La sultana Zoraya y sus servidores cumplieron su voluntad y llevaron el cadáver del destronado Muley-Hacén hasta la cumbre y allí lo enterraron bajo el blanco sudario de la nieve. Los alpujarreños creen que allí está y que enterrado con él están sus tesoros, que nadie ha sido capaz todavía de arrancar al misterioso monte. Dicen también que hay noches que se ve vagar por su ci-

ma el alma en pena del Rey, envuelta en un blanco alquicel que la luna hace más nítido.

Por todas estas leyendas, el Mulhacén atrae. Y yo no me puedo evadir de su embrujo. Me tienta subir a él. Es como si fuera la meta de todas las rutas que convergen en los horizontes desconocidos. Yo creo que algo de lo que siento deben experimentar los exploradores que consiguen, por ejemplo, llegar hasta el Himalaya. No sé si es también pun-

Don Serafín Sabio es un cura que no se arredra por subir a las cumbres. Aquí vemos al sacerdote con un grupo de amigos escaladores, camino de los neveros del Mulhacén

tillo de honor. Pues para mí, el viaje hacia la Alpujarra lleva comprendido el subir hasta este monte. Dos caminos hay que llevan a él. Este de Capileira y el de Trevélez. Este es más largo, pero más fácil. El de Trevélez sólo media legua hasta su falda, pero por trochas peligrosísimas. Intentaré llegar por aquí. Aprovecharé el domingo.

MARES DE NUBES

No tengo tiempo que perder. Tengo que cenar, buscar un guía para mañana y ver jugar a las mozas y los mozos, como tienen por costumbre todas las noches. Emprendo el regreso hacia el pueblo. La luna ya me va alumbrando el camino. El cielo se ha despejado de nubes. Pero al llegar a la entrada del pueblo me espera un espectáculo indescriptible. Las nubes se quitaron del cielo, pero se bajaron aquí. Y una, instintivamente, levanta los ojos a la altura y da gracias por haber recibido de Dios esta vista que me permite contemplar ésto: Y esto es el barranco de las Cruces, completamente lleno de nubes. Las nubes a mis pies. Estoy sobre ellas. Si se mira de lejos, es completamente el mar. El agua de una bahía en semicírculo. Y esa punta de la sierra que se anega en las nubes parece un cabo adentrándose en las olas. Después, cuando me acerco casi al borde del barranco, entonces se aprecia como si éste estuviera relleno de una materia algodonosa e ingrátida. Sí, ahora lo veo, son grandes masas de algodón y sobre ellas los haces plateados de la luna. En contraste, el monte negro, y negro también esos castaños que desmelenan sus ramas, asomados al barranco. Sobre todo esto sigue el silencio. Pero hay

algo, sin embargo, que percibe el alma y no oyen los sentidos. Es como susurros de voces muertas, es como el palpar de un cúmulo de siglos, es como si se palpara la eternidad. Lo celeste queda cerca de nosotros y una recuerda un verso de ángeles y nubes. Parece que Gerardo Diego vió esto cuando escribió:

«Vuelan, pisan los ángeles prohibidos
el mar de nubes, cúmulos batidos
por pies de luz. Y el mundo
—abajo—en sombra...»

El mundo abajo. Abajo, las ciudades, el progreso. Y aquí arriba, donde el espíritu rechaza lo deleznable, se perciben las verdades que están fuera del tiempo y del espacio.

Me ha costado trabajo separarme del barranco de las Cruces. Creo que nunca ya en mi vida volveré a ver nada de una belleza semejante. El que lo vea como yo, en esta noche, experimentará una emoción difícil de olvidar. Hay cosas en la vida que nos compensan del riesgo que nos haya costado conseguir las. Lo que yo he visto esta noche justifica por sí sólo un viaje largo y dificultoso. Sólo por esto vale la pena venir a la Alpujarra.

DOS FRANCESES PERDIDOS EN EL MULHACÉN

Dentro ya del pueblo, me encuentro a don Fernando Soler, y le espeto:

—Don Fernando, necesito que me busque usted una caballería y un arriero para mañana.

—¿A dónde piensa ir?

—Quiero subir hasta el Mulhacén.

—¡Pero está usted loca! En este tiempo no se puede subir. Hay que ir en pleno verano. Ahora es imposible. Cuando menos se piensa se levanta la tormenta.

—Yo no sabía... —acierto a pro-nunciar, decepcionada.

—Pues, sí, sí, ya lo creo. Es una cosa espantosa la tormenta en esas alturas...

Otros viejos se nos agregan y me refieren con todo detalle una tormenta allá arriba. Debe de ser algo grandioso, pero espeluznante. Sin nada que lo haga presentir —me cuentan— que el huracán se presenta en la cumbre con una fiera que sobrecoge al más valiente. Y nunca mejor que allí, el hombre ve su pequeñez frente a los elementos.

Don Fernando explica ahora:

—El año pasado, a pesar de mis setenta y dos años, yo he subido todos los días con mi mulo. Llegaron unos señores, creo que eran geógrafos, y querían hacer señales con Africa. Estuvieron casi un mes en esos trabajos. Tenían provisiones arriba, pero yo no iba a consentir que se subieran también el pan para tiempo. No estaba bien que lo comieran duro. Y yo se lo llevaba reciente todos los días. Ya sabe usted que por aquí somos así con el forastero, y no lo podemos remediar... Pero era otro tiempo. Si hubiera usted venido antes, yo mismo la hubiera guiado; ahora, es una temeridad. Y, además, para subir allí hay que estar acostumbrado a la altura y tener fuerte el corazón. ¿Qué tal esta uscar...

—Pues, un poco débil me han dicho siempre que lo tengo.

—¿Ve usted qué chiquillada iba a hacer? ¡Imposible! Le daría el mal de montaña. Fíjese: dió a un coadjutor que había en Orgiva y a un marino, que era de allí, y que en un permiso quisieron escalar el Mulhacén. Hubo que bajarlos. Se pone la gente como fardos. Una cosa tremenda... Ahora no es tiempo, de ninguna manera. Hace poco, un mes o cosa así, se presentaron aquí, una noche, dos franceses. Había subido y les cogió la tormenta. Se perdieron. Se les hizo de noche y creyeron que era la última de su vida. Pero por providencia, aquella noche había fiesta aquí. Los cohetes que tiramos le sirvieron para orientarse, y al fin pudieron llegar. Venían deshechos y lloraban como niños cuando se vieron en el pueblo. Es muy traicionero el Mulhacén. Créame.

—Bueno, pues entonces desistiré. Me marcharé al segundo pueblo que tengo en mi itinerario. Iré a Pitres. No puedo quedarme mañana también.

—Pitres está a doce kilómetros, y mañana no hay coche. Le tendré que buscar una mula mansa.

—Se lo agradeceré, pues me es imposible perder un día.

Y el cumplido y servicial padre de la alcaldesa se va ligero y nervioso a preparar mi marcha de mañana. Camina con la soltura de la juventud. El tiempo no parece que cuenta para los viejos de la Alpujarra. Aquí se ven hombres y mujeres ancianos trabajando y discutiendo como si fueran jóvenes.

UNA REBOTICA FEMENINA

Las palabras de don Fernando me han hecho recordar que si hace un año subieron hombres de ciencia al Mulhacén, el primero que lo hizo, en los finales del siglo pasado, fué el ingeniero mi-



Los turistas que llegan aquí arriba fotografían las casas y sus habitantes

litar coronel Ibáñez, al que más tarde le fué concedido el título de marqués del Mulhacén. La empresa entonces fué poco menos que titánica, ya que se carecía de carreteras y ni aun había caminos adecuados para subir pertrechos y aparatos. Ingenieros franceses y españoles acompañaron al coronel Ibáñez, y se logró, por sefiales ópticas, unir esta prominencia de la Península Ibérica con Argelia.

La verdad es que para los males no hay nada como la imaginación. Desde que, hace un rato, he oído que es peligrosa la altura, me doy cuenta que desde que llevaba unas cuantas horas aquí empecé a sentir un extraño mal-estar. Se me entrecortaba la respiración, y una bien marcada fatiga me hace mantener los labios entreabiertos. Recuerdo que, en previsión, traje en mi bolso una medicina adecuada, pero se me ha roto el cuentagotas y voy en busca de la botica.

—Allí es —me dice una chiuela

Hay un pequeño grupo infantil frente a una reja.

—Mi madre dice que me dé usted bicarbonato.

—Para mí, dos parches porosos para mi hermano el mozo, que ha cogido frío en el costado.

—Que si tiene usted unguento de canutillo.

—¿Por aquí despachan? —pregunto.

—Sí, señora. Pero a usted la despacharán por el otro lado. Efectivamente. Se asoma el boticario, que en este caso es una farmacéutica joven, y me dice:

—Pase usted por el portal

En el portal hay una taquilla por mostrador, y por ella me despachan. Tras esta taquilla está la rebotica, donde hacen tertulia varias señoras, entre ellas al espesa del médico. Mientras me envuelve el cuentagotas, la farmacéutica me dice:

—¡Válgame Dios! ¿Cómo se le ha ocurrido a usted quedarse un día entero aquí? Cuando no se esara bien del todo, lo prudente es estar sólo unas horas en esta altitud. A mi madre le ha prohibido el médico subir. Yo tengo que vivir aquí sólo con mi hermana...

Una de las señoras la interrumpe:

—Mujer, ten en cuenta que ella no tiene los años que tu madre. Cuando se es joven, se tienen más defensas.

El caso es que me voy con una tremenda aprensión. Camino de la casa del alcalde, donde, como ya dije, me hospedo, veo el pueblo de noche. Tres plazas escalonadas tiene Capileira. La última, la más baja, es la de la iglesia. Las calles, de noche, son las de un pueblecito mitad árabe, mitad gallego. Es raro esto, pero es así, y ésta es la impresión que causan.

MIGAS Y MAGRAS

Han venido ya el señor alcalde y sus hijas del campo. Cuando, al entrar, encuentro a una de ellas, le pregunto:

—¿Trabajó mucho?

—Mi padre, sí; pero yo sólo he hecho hoy desfalfollar.

Y desfalfollar llaman aquí a arrancar la hoja de la panocha de maíz.



Chimeneas y terrados de tierra impermeable, bajo los negros nubarrones de una tormenta a 1.450 metros de altitud

Se le ha dado pienso a los animales y se ha cenado.

—¿Cómo tardó tanto? —me dice la alcaldesa.

—Pues anduve viendo las nubes. Cayeron esta noche dentro del barranco de las Cruces.

—Eso pasa mucho. Es corriente aquí, pero, ¡qué precioso! ¡Ay, Jesús, qué cosas hace Dios!

La miro. A pesar de su aspecto sencillo, me doy cuenta de que es una mujer de sensibilidad. Ahora va y viene preparando mi cena. Mientras me pone la mesa, con el mejor mantel que tiene, paso a una habitación donde hay un brasero, una mesa camilla y toscas sillas. Sobre la mesa, periódicos y revistas. Con el «A B C» en la mano, está don Francisco Robles. Ha venido de trabajar sus tierras por sí mismo, ha cenado y, en vez de irse a descansar, se ha puesto a leer. Es un hombre delgado, de cara enjuta. Lee con lentos. Todo en él es ceremonioso, y de la misma forma me saluda. Viene de inclinarse sobre la dura tierra y, sin embargo, parece ahora un hidalgo. Y es que estos alpujarreños tienen madera de caballeros. El señor alcalde y yo hablamos. En la conversación ha surgido el tema del ganado:

—Tenemos cuatro mil cabezas de lanar y mucho vacuno —me explica don Francisco.

Pero habla sin entusiasmo. Es un hombre perspicaz y sabe muy bien que yo le pregunto por cosas del pueblo casi por deferencia. El comprende muy bien que no me interesa su pequeño Municipio. A la Alpujarra hay que venir a verla como se va a contemplar un gran monumento granítico. Aquí, lo verdaderamente extraordinario son los tajos, los desfaldaderos. Y después del paisaje, el hombre que lo anima, con sus costumbres pintorescas y con su temple. Lo demás son minúsculas cosas, que se diluyen en ese gran

concierto del hombre y la Naturaleza bravia.

—Venga usted. Ya está la comida. Y, además, tiene que darse algo de prisa. Han dado ya el primer toque del rosario —me avisan.

La comida consiste en patatas fritas bien empapadas en aceite y trozos gruesos de un exquisito jamón. La costumbre aquí es comer migas por la mañana, y por la noche, puchero, que es el cocido, o patatas fritas y magras. Las migas se hacen de harina de maíz y se acompañan de lo que se llama «la angañifa», que consiste desde tocino y morcilla frita hasta simplemente pimientos picantes o ajos asados. Dicen que estas migas dan belleza al rostro, y las muchachas de por aquí no dejan de comerlas nunca en sábado, porque creen que así estarán guapas durante toda la semana. Consejo o cuento de viejas será esto, pero la realidad es que las gentes de esta tierra son de facciones perfectas y de figuras bien proporcionadas. No vi a nadie que no fuera agraciado, como tampoco he visto aun ningún niño llorar. Los chiquillos son riuelos, tostados por el aire, y de inteligencias naturales y precoces.

Ya que he hablado hace un momento de comidas, seguiré contando algo de ellas. La comida de los días de fiesta es el «cabruto en ajo cabañal» y la «Cornicabra». Esta es una especie de salsa que se hace con ajos, sangre de cordero, miga de pan y no sé cuántos ingredientes más. También son muy apreciados los «encañaos». Los encañaos se hacen cuando traen aquí pescado. Sobre todo, se preparan con sardinas

frescas. Se desraspan éstas, se empapan bien en sal, se ensartan en una caña y se ponen a secar. Excuso decir que, con el frío de por estas alturas, las sardinas quedan a los pocos días en su punto para poderse comer.

JUGANDO A LOS REMERINOS

Se pierde el toque de las campanas en la noche. Debe de bajar su sonido rodando por los abismos. El caso es que se pensaría que se desvanece. Cuando yo llevo a la iglesia ya está empezado el rosario. Es un pequeño templo que preside la imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, que fue regalada al pueblo por los Reyes Católicos. Al terminar, se reza la letanía en castellano. Afuera, en la plazoleta, han quedado mozos. Pero, ¿qué importa esto? Allí, sentados sobre los poyos de piedra, ellos están en recogimiento, porque el altavoz les llevaba las palabras del rezo mariano.

Al salir, le pregunto al párroco, don Serafín Sabio:

—¿Por qué dice usted la letanía de esta forma?

—Es la costumbre de por aquí. Se quedan más satisfechos rezándola en su propia lengua.

Hemos subido a la segunda plazoleta. En la primera queda la puerta principal de la iglesia; en la segunda, una puerta lateral y la de la sacristía. Son los desniveles propios de estos pueblos alpujarreños. Hace ya buena luna, y a su luz veo la cantidad de mozas y mozos que se arraciman en grupos por la plaza. De pronto, una voz llama:

—¡Blanca! ¡Blanca, ven aquí! Vamos a empezar. ¿Entras tú también en la rueda?

Me vuelvo sorprendida. Mi nombre no es muy corriente. Sin embargo, me extraña que me llamen alguien así. Pero no es a mi

Es a una moza que se llama Blanca también. Don Serafín, ahora, la hace venir:

—Mira, la señorita tiene tu mismo nombre.

Y en la plaza alpujarreña, la moza y yo nos damos un abrazo de tocayas. Luego, el señor cura me explica:

—Se llaman Blancas, en la Alpujarra Alta, por la Virgen de las Nieves. Imagine usted si se le tiene devoción aquí, donde todo el invierno nos lo pasamos angustiados por la nieve. ¡Si viera usted la misa tan emocionante y solemne que se le dice en la cima de la sierra el día de su fiesta, el 5 de agosto...!

Ya se oye el revuelo:

—¡Meterse todos!

—¡Dame tú la mano!

—Vamos a hacer una rueda grande. Luego estiráis bien.

Una se queda atónita mirando. Este es el baile, infantil, primitivo. Un gran corro. Un baile moderno, «agarrado», como le dicen aquí, jamás se haría. La rueda se estira, se cierra, se abre, se parte por medio; luego, forma ángulos. No es un corro sencillo. Es el juego de los romerinos. Se acompaña de canciones, y mozas y mozos cantan:

«Una paloma blanca como la nieve,
me ha picado en el alma
y cómo me duele,
¡ay!, cómo me dueleeee,
¡ay!, cómo me duelee...

San Pedro. San Pablo. San Bar-
[tolomé

los tres te quieren, y yo también...»

Este estribillo último se repite una y otra vez. Don Serafín sonríe satisfecho. En torno nuestro se ha agrupado la gente vieja del pueblo. Ellos vienen todas las noches a ver disfrutar a los mozos y a recordar su juventud.

Pero los remerinos cobran todo

su alegre movimiento cuando se empieza otra pintoresca canción. Ahora un mozo entra en el centro del corro y trata de perseguir a los que danzan en la rueda. La tonada se hace ligera y alegre:

«Chocolate, molinillo,
corre, corre, que te pillo...»

Y luego, el toque de lo sobrenatural, del que no prescinden ni en sus juegos:

«Estirad, estirad,
que el diablo va a pasar...»

Y la rueda se estira, se abre, se desligan manos. El juego primero terminó. Después, otro, y otro más. Cuando la gente empieza a irse son cerca de las doce. Regreso con la familia del alcalde. Antes, don Serafín Sabio me ha dicho:

—Si no encuentra usted por fin un guía, se puede venir mañana conmigo hasta Bubión. Yo tengo que binar. Digo allí la misa a las ocho. Bubión está a solo dos kilómetros y medio. Y desde allí quizá le será más fácil encontrar algún coche que la lleve a Pitres. Creo que uno de Bubión tiene un auto. La iglesia de este pueblo fué una mezzquita. Es un pueblo de historia muy interesante. Hubo allí muchos mártires...

LA ALPUJARRA HAY QUE ANDARLA A PIE PARA PODER CONOCERLA

Me gustaría pasearme por uno de estos terrados de launa en la noche. Y se lo digo a una de las hijas de mis patronos:

—Sí, venga. Es muy bonito. Nosotras lo hacemos muchas veces.

Al terrado se entra por un buquete practicado en el techo y al que se adosa una escalerilla. Y ya está una sobre él, que es tanto como estar sobre los terrados de toda una calle, porque se puede pasar de unos a otros. Se anda mejor que en la calle, porque la tierra está alisada. Abajo de nosotras, la gente de Capileira se apresta a dormir. Se vuelven a ver mares de nubes bajas. Nuestra vista desde aquí alcanza un gran horizonte. Todo está lleno de la magnífica serenidad de la noche alpujarreña.

Hay infinidad de chimeneas achatadas que parecen ensombrecer las casas.

—¿Por qué tantas chimeneas? —pregunto a la muchacha.

—Porque en cada casa tenemos tres o cuatro. ¡Usted no sabe cuando llega aquí el frío! En enero, todo es poco. Y tenemos que poner troncos por todas las habitaciones.

Estoy mirando estas chimeneas achatadas, que parecen ensombrecer las casas de Capileira, cuando sentimos un ruido en la escalera.

—Es mi abuelo, que viene —dice la muchacha.

Llega don Fernando, jadeante por la prisa que lleva siempre.

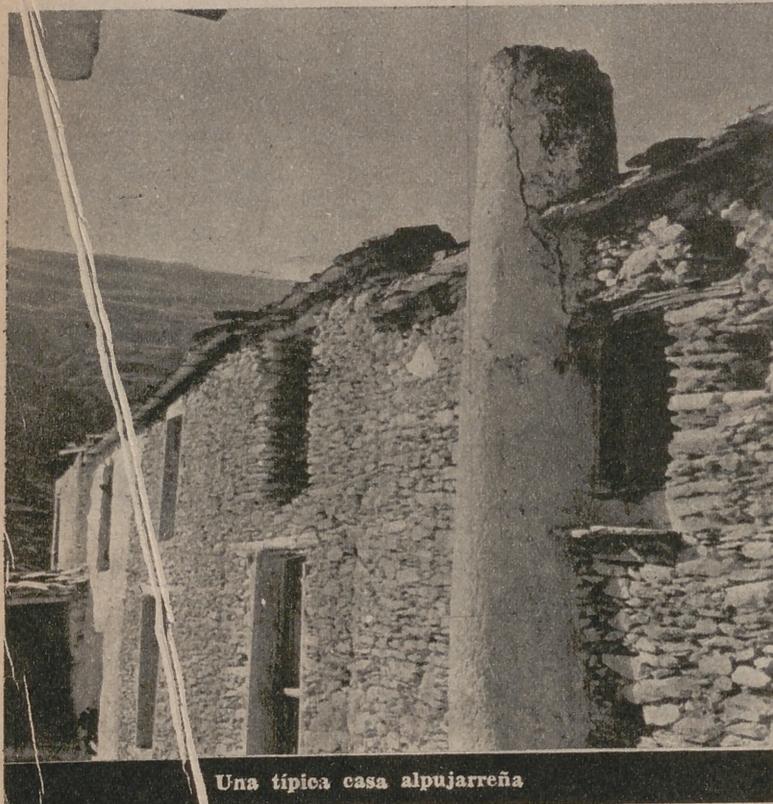
—Mire usted la luna.

—Ya la veo.

—¿Se fija en el cerco que tiene?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Pues eso quiere decir que mañana lloverá y que hará viento. El guía está buscado y la caballería preparada, pero si llueve no se podrá ir. La caballería se puede espantar si hay truenos.



Una típica casa alpujarreña



Tierra dura y brava de la Alpujarra

—Me iré de todas maneras. El cura me acompañará hasta Bubiión, y desde allí, si no hay coche, iré andando. Casi esto creo que es lo que la Alpujarra se merece: andarla, verla paso a paso para no desperdiciar nada... Quiero andar la Alpujarra, y la ocasión se me está viniendo a las manos, ¿sabe usted?

Don Fernando me mira como si creyera que no estaba en mi sano juicio. Nada de eso. Estoy cuerda, bien cuerda. Pero pienso que ir en un coche es perderse la mitad del paisaje con la velocidad.

No eran las siete y media de la mañana cuando me llamaban en la puerta:

—Despiértese usted, que ya ha venido don Serafín.

Pero como yo no había dormido, estaba ya lista y preparada. La verdad era que me había pasado la noche en claro, sin poder cerrar un momento los ojos. Los huecos de los techos no eran nada tranquilizadores. Entre los cañizos y las piedras, ¿quién me dice que no habrá un reptil dispuesto a caer sobre el que duerma aquí? Dejé, pues, la luz encendida y pasé toda la noche mirando hacia arriba. A la madrugada yo creo que ya veía cielos rasos sobre mí. Y en la madrugada

da también empezó el diluvio y los truenos. Todavía llueve bien cuando salgo de mi habitación:

—No le he preparado aun el desayuno. ¿Cómo se arregló tan de prisa?

—Lo estaba ya cuando me llamaron. Pero no se preocupe. No me puedo entretener en desayunar. No está bien que naga esperar al señor cura.

Y me voy en ayunas. Salimos por la puerta del jardín. No lo había visto ayer, y me sorprende hoy. El jardín de la señora acaudada es un lindo jardín que tiene flores raras. Parecen flores exóticas. Son las flores de la Alpujarra, donde hay más variedad que en otras partes. Luego me enteré que toman nombres curiosos. Se llaman: «El amor del hombre», «Ingratas», «Margaritas reales», qué sé yo...

—En marcha, don Serafín —digo.

Y emprendemos el camino. Vamos hacia pueblos donde los sanguinarios monjes martirizaron a los cristianos. La sublevación de los moriscos me va a salir al paso por todas partes. Estos parajes conservan vivos los recuer-

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



La imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, que fué regalada al pueblo de Capileira por los Reyes Católicos

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas :—: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID



MARTIN, EL LEPROSO

NOVELA, por Miguel SIGNÉS MOLINÉS

PORTICO NECESARIO

CON las legiones de Pompeyo, que vienen a España en tiempos de las guerras civiles para reducir la sedición de Sertorio, no solamente llega una nueva riada de savia romana, sino también un morbo terrible: el morbo de la lepra, que aquellas legiones trajeron del valle del Nilo, de la Palestina, de la Siria...

Desde entonces—siglo I antes de Cristo—hay lepra en España. Sobre todo en el litoral mediterráneo. Y muy especialmente, dentro de este litoral, el que comprende la provincia de Alicante.

Como aconteciera en los viejos tiempos de la Ley mosaica; como aconteciera en los siglos medios, aquí, en estas comarcas levantinas, la lepra continúa siendo el «mal» del anatema, el «mal» del horror, el «mal» del que la gente huye presa de un pánico que arranca de las últimas fibras de cada célula...

I

Martín era leproso. Y Martín vivía solitario en una casita de campo—heredad suya—, encogida, temerosa, agazapada en el fondo de un valle estrecho, tan abrumado de silencio, que en este valle jamás se oía el rumor de una fuente, ni el gorjeo de un pájaro, ni el soplo del viento.

Todo el mundo miraba con temor aquella casa de muros y techumbre ruinosos. Parecía escapar de ella un no sé qué que sobrecogía de angustia el corazón de las gentes, sencillas y supersticiosas, del lugar.

Una sola persona—una mujer—entraba muy a diario en la proscrita casucha: la madre de Martín. Veíase bajar por el blanco y pedregoso sendero—sendero de la amargura—, anciana y cansina ya, con la cesta de los viveres colgada del brazo, cubierta la cabeza, de rotunda canicie, con el típico pañuelo negro de sarga, y llevando sobre los débiles hombros el mantón de merino, también negro.

Penetraba en la casa, dejaba las provisiones sobre la mesa de pino y hacía a su hijo un rato de compañía. Luego regresaba al pueblo, camino arriba, con lentitud, arrastrando un poco los pies, cargada con la cruz de su dolor.

Una mañana—la del 25 de agosto de 1947, para ser exactos—la madre de Martín al entrar en la casita del valle vió colgado a su hijo de una viga del techo. Habíase ahorcado el leproso con una soga de esparto fabricada por sus propias manos de malato.

La pobre anciana, horrorizada, sin fuerzas para proceder al descendimiento de su hijo, no pudo ha-

cer otra cosa que salir a la linde del camino a gritar su desesperación. ¿Qué turbión fuliginoso pudo anegar el alma de Martín para obligarle a tomar una decisión tan extrema? Su madre no podía entender lo sucedido.

II

Martín era de Tárbeno poblado montañoso de la parte oriental de la provincia de Alicante, lugar amarrado por un nervudo cinturón de piedra al que sólo llega el rumor del pasturaje.

El padre de Martín murió cuando el niño iba a cumplir los ocho años. Era un hombre alto y fuerte como un roble. Rindió su vida por una lamentable imprudencia suya. Como acostumbraba hacer de vez en cuando, púscose una mañana a cavar sus corrales. Y tuvo la mala suerte de abrirse con la azada una brecha en un pie. El hombre no hizo caso de la herida. En más de una ocasión se había lastimado con el hacha limpiando sus árboles, o levantando muros de piedra, y jamás le sucedió nada desagradable. Esta vez toda la precaución que tomó se redujo a sumergir el pie lesionado en una palangana de agua y a vendárselo luego con un trozo de lienzo blanco que le proporcionó su mujer. Sin dar más importancia a lo acontecido, siguió amontonando el estiércol en un rincón de la cuadra... Unos días después moría víctima del tétanos, martirizado por lacerantes dolores, rígidos los miembros, encajadas las mandíbulas...

La viuda, pasados los primeros días, repuesta del golpe que el destino acababa de asestarle, consagró su vida a la crianza de su hijo. Sus días fueron duros, amargos. Hubo de atender a un tiempo la casa y las tierras. No dejó trabajo agrícola por hacer, desde uncirse a la manquera del arado hasta la recolección de la aceituna; desde la siembra del trigo a la recogida del fruto del algarrobo y del almendro. Sus tierras, situadas en terrenos pedregosos y calizos, no permitían el pago de braceros. Los jornales hubiesen acabado pronto con la exigua hacienda. No quedó otro recurso que el de encorvarse, de sol a sol, sobre la costra áspera de la tierra de labor.

Martín acudía a la escuela pública. Y crecía. Era un muchacho aplicado, bondadoso. Tenía unos hermosos ojos negros y un pelo también negro y alborotado. Iba a ser como su padre había sido: alto y fuerte. A los ocho años—al tiempo de quedarse huérfano—se adivinaba ya en él al poderoso embrión de labrador del mañana. Pero aquel niño crecía triste...

El alma de Martín, desde el día mismo de la muerte de su padre, acusó el golpe de la desgracia. Y la alegría se le fué de la cara y la sonrisa se le borró de los labios.

Producíale una pena infinita ver a su madre, de cuyos hombros se desprendía la juventud como los viejos materiales de un edificio en ruinas, tan azaveada y esclava. Los duros terrenos imponían a la pobre una tiranía feroz. Pero ella soportaba esta tiranía con su mística resignada, con aquella mística que le nacía de sus mismas entrañas de madre. De estar sola, de no haberla dejado su marido al morir aquel hijo, ella lo hubiera abandonado todo y se habría ido a Argel a ganarse la vida sirviendo, como hacían tantas paisanás suyas. Pero así, con el pequeño Martín abrazado a su cuello, no quedaba otro remedio que el de salvar las tierras para él, tierras que, trabajándolas, regándolas con sudor, no negaban nunca un pedazo de pan.

Martín asistió a la escuela hasta los catorce años. Había crecido mucho. Tenía el cuerpo de un hombre. Y comenzó a ayudar a su madre en las tareas del campo.

Cuatro años después las tierras estaban desconocidas. Martín las removió hondamente, las limpió de hierbajos ruines, levantó muros de piedra berroqueña para sostener sus bancales en las laderas de las montañas, plantó árboles, allí donde moría un almendro hacía arraigar un olivo...

La madre de Martín dejó de salir al campo. Su hijo se lo prohibió. El solo se bastaba para el trabajo. Sus manos eran grandes y podían empuñar perfectamente la esteva o el mango de la azada.

El ejercicio le cuajaba en un magnífico ejemplar de hombre. El pecho y los brazos se le poblaron de vello. Por debajo del vello de los brazos se le advertía el relieve de unas venas gordas como cordeles. Su espalda se cuadró como una puerta.

Martín era estimado en Tárbeno. Su conducta,





su laboriosidad, su hombría de bien, le habían granjeado el aprecio general.

Las mozas le sonreían, como sus tierras. Algunas se desasosegaban en su presencia. Su masculinidad briosa encendía candelitas en la sangre de ellas. Sobre todo en la sangre de Francisca María Olivares. La muchacha estaba prendada de él. Era guapa y robusta, lozana, hija de labradores acomodados; era—y lo sigue siendo todavía—un ejemplar arquetípico de la mujer que han creado estas montañas alicantinas.

A Martín le placía también Francisca María. La cortejaba, la perseguía. Ya, en más de una ocasión, había sorbido, furtivamente, los labios de ella. Los padres de la muchacha no miraban con malos ojos a Martín; todo lo contrario. No dejaban de comprender que, en su día, él sería muy capaz de ponerse al frente de los intereses de Francisca María. Estaban seguros de que ella no iba a padecer en manos de Martín. Y estos pensamientos—aun secretos—de los padres de la muchacha los conocía él perfectamente.

Martín se sentía feliz. Feliz por todo. Porque sus campos producían, porque sus árboles daban su fruto, porque su madre recobraba la juventud, porque Francisca María le amaba... La desgracia se había alejado de su casa y de su vida. El tiempo se encargaba de borrar el dolor que dejara la muerte de su padre. Delante de sus ojos intuíba él un dilatado horizonte de venturas, de felicidad... Pero un día...

III

Fué un domingo. Tenía Martín veinte años. Había ballado mucho con Francisca María en el único salón del pueblo, un salón rudimentario animado con música de fonógrafo y con asimétricas ringleras de farolillos multicolores colgatos del techo.

Corrían los días postreros de mayo. Terminado el baile, ya a la caída de la tarde, se fué Martín a su casa empapado en sudor. Se lavó la cara. El fresco del agua le hizo mucho bien. Pero al ir a peinarse para salir a la calle, para volver al lado de ella, notó Martín que sus cejas estaban un poco hinchadas y que de uno de sus párpados, hacia la

sien, le salía una mancha aceitunada, casi imperceptible aún. El no hizo caso de aquello. Lo atribuyó al ejercicio hecho durante la tarde. Lo último que hubiera llegado a sospechar es que aquella tumefacción incipiente y aquella mancha fuesen a ser las primeras señales evidentes de la lepra.

Al día siguiente—día de trabajo—se fué Martín al campo y peleó esforzadamente con sus tierras hasta el mediodía. Luego se dispuso a comer debajo de un algarrobo, grande como un castillo. Pero antes se lavó las manos en el agua recogida en un tiesto. Y esta vez sí que llegó a preocuparle una nueva observación que hizo en su propia persona: en la palma de la mano izquierda vióse otra mancha pardusca, similar a la que advirtiera la tarde anterior en el párpado. ¿Qué podía ser aquello? La frotó, pero la mancha permaneció allí, en su sitio. Mojó el índice de su mano derecha en el agua del tiesto, restrególo por el suelo y, con la mácula de barro obtenida, volvió a frotar la mancha, esta vez con energía, casi con saña. La señal se mantuvo en su sitio.

Martín caviló un poco. Al cabo de unos momentos, cuidadosamente, pasó el pulpejo del índice de su mano derecha por la superficie amoratada de la mano izquierda. Y observó un fenómeno: la porción de piel que abarcaba la mancha carecía de sensibilidad. Aquello le extrañó, y, aunque su preocupación le distrajo de la necesidad que tenía de comer, no llegó tampoco a sospechar que la marca pertinaz fuese un anuncio de la enfermedad de Hansen.

Viniéronle deseos de mirarse la cara, las cejas; pero no lo pudo hacer. En pleno campo, no tenía él a su alcance el espejo que hubiera sido preciso.

Comió, al fin. Después se tumbó un rato al amor de la sombra del algarrobo, sobre el serón de su caballería. Ya cuando el sol declinaba aplicóse de nuevo a la tarea. Trabajó con el ahinco de la mañana, con el ahinco y poder de siempre.

Así que las sombras de la noche comenzaron a salir de sus madrigueras, Martín aparejó el mulo, montó a horcajadas sobre él y regresó a casa.

Durante el camino volvieron a preocuparle las señales advertidas en su cuerpo. Le aguijoneó la necesidad de llegar pronto. Y golpeó las ancas de

su cabalgadura, que rompió en una marcha briosa camino arriba.

Ya en casa, ató el animal al pesebre, dió un pien de algarrobas jugosas y subió a su cuarto.

Precipitose contra el espejo. ¡La hinchazón de las cejas persistía! Y también la mancha del párpado. Y otra cosa: sus ojos tenían un brillo que él no había advertido hasta entonces, un brillo nuevo, peculiar, un brillo extraño, desde luego desagradable. No era aquel el brillo de la alegría y de la salud, ni siquiera el brillo de la fiebre. Era un brillo opaco, un brillo como el del basalto bruñido. Se asusto. ¿Qué marcas eran aquéllas?

La evidencia de que podía ser un leproso la tuvo unos instantes después, cuando su madre, requerida por él, se fijó en el rostro de su hijo. Fue tal la impresión de aquella mujer, tal la cara que puso, palideció tanto, que Martín comprendió en el acto que su madre había pensado en la lepra LEPROSA. Casi vió escrita la terrible palabra en la frente de su madre, trasudada del cerebro martirizado de ella.

La infeliz, traspasada de dolor, se llevó las manos a la cara y prorrumpió en un llanto desesperado y amargo, un llanto sin redención y sin consuelo. Luego huyó. Huyó para arrojarse sobre su cama de viuda.

Martín permaneció quieto. Una ola de calor recorrió el cuerpo. En seguida sintió frío, un frío húmedo que le hizo temblar. Acababa de apoderarse de él el terror. El miedo a la lepra le puso delante de los ojos una nube oscura. Se acercó de nuevo al espejo y puso su cara materialmente contra el vidrio. No pudo verse. Lo que Martín vió no fué su cara, sino una mancha negra horrible, una mancha escoriada de úlceras, repugnante... Vera en aquellos momentos no lo que tenía delante, sino lo que su cerebro abrumado le ordenaba que viese.

Aquella noche Martín no salió ya de su casa. Sabía que era un leproso. Sabía que su madre no se engañaba... Las gentes de estas comarcas levantineas, más expertas que los mejores especialistas en el diagnóstico, no se engañan nunca en vaticinar, desde los más incipientes comienzos, la presencia de la alucinante enfermedad de Hansen.

IV

El mal hizo rápidos progresos en Martín. Aquellas manchas leonadas le aparecieron por todo el cuerpo. La cara se le hinchó toda y tomó un tico color de hígado. Un día descubrió también en la ingle derecha un nódulo inflamatorio, un leproma, que acabó ulcerándosele...

Martín había dejado de salir a la calle. Todo el pueblo supo pronto que estaba enfermo y que la enfermedad que tenía era la lepra. Francisca María lloró lágrimas amargas. No quería convencerse de que una desgracia tan horrenda se hubiese abatedo sobre sus ilusiones. Ella era buena y no comprendía un castigo tan duro, tan monstruoso. «¡Por qué, Señor, has hecho esto con nosotros!»—exclamaba repetidamente—. Pero su exclamación quedaba sin respuesta y ella se clavaba los dientes en los puños de desesperación, de rabia, de impotencia...

Martín comprendió que no podía continuar en su casa. No bastaba con salir al trabajo antes del amanecer y regresar después de cerrada la noche. El vecindario, como otras veces había hecho, podía oponerse a la presencia de un leproso en el poblado. Había que decidirse por ingresar en el leprocomio de Fontilles o por desterrarse en su heredad del barranco de Gates. Esto último fué lo que hizo. Fontilles le sonó a presidio. Y una madrugada salió de su casa y ya no volvió a poner los pies en ella. Su madre quiso irse a vivir con él, pero Martín no lo permitió. Quiso vivir solo...

V

El tiempo es el gran remedio de todo. Comenzaron a transcurrir los meses, los años. Martín parecía haber muerto. Sus amigos le olvidaron, Francisca María misma le olvidó; a ella la llamaba la vida. Únicamente su madre lo sentía clavado en el corazón; únicamente ella iba a verle con frecuencia, casi todos los días, para llevarle víveres y tabaco, incluso golosinas. El mismo aprendió a inyectarse el aceite de Hansen. De tarde en tarde, un peluquero—o muy caritativo o muy poco escrupuloso—le cortaba el pelo en el fondo del barranco. ¡Le olvidaron! ¡Todos le olvidaron! Y mientras él... ¿Qué hacía él? ¿Cómo vivía él? Si todos le habían olvidado, ¿cómo podía olvidar él ni su vida ni su destino?



La casita de Martín, más encogida, temerosa y agazapada desde que él la habitaba como malato, parecía haber traspuesto las fronteras humanas y estar fuera de la vida. Divisábase lejana, allá al final del espacio y del tiempo... Y dentro de la casita estaba él—él y su pensamiento, que le roía la corteza del cerebro con la misma voracidad con que un gusano devora una carroña—, remoto a toda relación humana, médica o de caridad.

Las noches de Martín—las noches sobre todo—debieron ser tremendas. A solas con su cerebro, con la llamita del candil temblándole delante de los ojos. Tuvo que salir algunas de ellas para vagar por los campos en tinieblas. Hubiera enloquecido de permanecer sentado delante de la chimenea.

Su amigo era el día. Podía trabajar. Y el trabajo distrae siempre. Podía hacer lo que muchas veces hacía: subir a los árboles y ver desde sus copas la tarea de algún labrador, o alguna cuadrilla de mozas escardando el trigo y llenando con sus canciones los campos y los valles. Podía ver los pájaros y los insectos, los horizontes, la línea discontinua de las cordilleras, el cielo azul... El espectáculo de la Naturaleza, que le entraba por sus pupilas no enfermaba, le distraía y le dejaba en paz la mente, que ya era bastante...

Durante su largo y acre destierro pasó Martín por muchas alternativas, incluso por la de los linderos del suicidio. Pensó varias veces en quitarse la vida. Blasfemó. Insultó a Dios. Le escupió su baba podrida de malato. Pero acababa siempre abatiéndose de rodillas, encogido, amedrentado, y pedía al Señor misericordia.

Una tarde le dijo su madre que Francisca María se había casado. Esa fue la tarde más amarga de su vida. Huyó a las montañas. Hubiera querido poder huir de sí mismo. Se sentó al borde de un abismo. La idea de acabar de una vez con la miseria de su vida le agujoneó una vez más... Pero regresó a su casa del barranco, a su cárcel irredenta...

Y así un día y otro día. Y así siempre, hasta el final, hasta morir.

VI

El campo de Tárbená está sembrado de pequeñas casas de labor. La propiedad de la tierra está muy repartida y casi todos los minifundios coexisten con su casa de campo. Así que llega el verano, Tárbená se despuebla. Los campesinos acuden a sus heredades para recoger desde ellas la ofrenda de las tierras. Ya hasta mediados de octubre no regresa nadie al pueblo, y algunos no lo hacen hasta la aparición de las primeras nieves.

Francisca María y su marido fuéronse también a su heredad. Ella había borrado de su memoria el recuerdo de Martín.

El enfermo, en sus dramáticos nocturnos, llegó algunas veces hasta los alledaños de la casita de ella, bastante distanciada de la suya. Escondido en un matorral fronterizo, espía la puerta de la casa de Francisca María para procurarse la ocasión de verla. Algunas veces tenía suerte y el corazón se le alborotaba. Ilusionado con su espionaje llegó a meterse alguna tarde en su escondrijo antes de la puesta del sol. Ella entraba y salía de la casa, bien a buscar agua del cercano manantial, bien para acercarse a la huerta a cosechar alguna verdura necesaria. Martín, anhelante, respirando con dificultad, tenía que agarrarse fuertemente a los arbustos para no salir en pos de ella.

Una tarde—la del 24 de agosto de 1947—vió cómo el marido de Francisca María cargaba su mulo con dos sacos de trigo y cómo emprendía luego el camino de la aceña de Bolulla. Martín sabía que aquel hombre no regresaría hasta un día después. Un turbión de pasiones se removió en el corazón del leproso.

—¡Sola! ¡Está sola!—exclamó con su voz apagada y cavernosa, una voz que parecía emitida por una garganta de madera.

La mente se le nubló. Toda su sangre dañada se le encendió en una llamarada bestial.

—¡Está sola!

La sangre le bataneó las sienes. El temió que aquellos golpes le fuesen a romper las arterias. Estaba allí, en el matorral, como un lobo al acecho. Y ella estaba en la casita, sola, indefensa, ajena al peligro que la amenazaba.

Del fondo del valle comenzaron a trepar las sombras. No tardaría la noche en tender su velo

sobre todas las cosas. Los grillos, como si fuesen metálicos, iniciaban la tarea de clavar a la noche el alfiler de sus voces agudas y unitonas. Martín, enloquecido, enturbiados los sentidos, sintió brotar dentro de sí, poderoso, el impulso de dirigirse hacia la casa, cuya portalada acababa de iluminarse en aquellos instantes.

—¡Está sola!—volvió a decirse.

Se puso en pie. En la espesura del matorral las sombras le envolvían ya, como si él mismo fuese un trozo más de la noche.

De pronto la silueta de Francisca María se enmarcó en el vano clarificado de la puerta. Martín, que iba a iniciar los pasos, se detuvo. Es más, se agazapó, temeroso de ser visto, en un movimiento brusco e instintivo de ocultación. Y fué entonces, sintiendo cómo el corazón le golpeaba el pecho, cuando Martín tuvo la evidencia de que iba a proceder como un malhechor, como un criminal. Hasta ese momento, desde que viera marchar al marido de Francisca María, Martín no pudo oír otra voz que la de su sangre alborotada. Ahora, de repente, fué el cerebro quien le hizo la llamada a la reflexión, a la cordura, a la sensatez.

—No; no debo ir. No debo hacerle ningún daño. Si alguna vez me recuerda, ha de ser como en los días en que nos quisimos tanto, como en los días en que yo estaba bueno y limpio. No debe verme así, monstruoso como soy ahora. Se asustaría. Y yo habría de ver, impresos en su cara, el asco, la repugnancia. No debo matar el pasado, que es lo único hermoso que hay en mi vida, que queda en mi vida.

Francisca María continuaba en la puerta, mirando la noche recién llegada, oyendo la sinfonía monocorde de los grillos y el croar profundo de las ranas de las charcas de La Murta. Martín la continuaba observando, ya sin distinguir sus facciones. Mil detalles de su vida de relación con ella le acudieron a la mente.

Francisca María entró en la casa y cerró la puerta, atrancándola. Martín bajó corriendo del matorral y quedó plantado en el patizuelo de delante de la puerta. Su pensamiento pasó por unos momentos de confusión. No esperaba él la repentina desaparición de Francisca María. Estuvo por llamarla, por gritar, por golpear la puerta. Pero no se movió del sitio. Una última y definitiva barrera acababa de interponerse entre él y la mujer que había querido con toda la fuerza de su vida. Martín lo entendió así. Agachó la cabeza, derrotado, vencido, y comenzó a caminar cuesta arriba en dirección a la montaña.

Coronó la cúspide y levantó los ojos al cielo. La luna, como un ser caprichoso, emotivo e infelicitado, paseaba por el firmamento no sé qué clase de nostalgia que hacía pensar en una viudez inmensa, eterna y sin consuelo... La noche de agosto con la exaltación de Júpiter, era alta, fresca, deliciosa, romántica. Sin embargo, para Martín, aquella era una noche dolorosa e infausta, llena toda ella de negros y dolorosos caminos.

Estaba, al parecer, escrito que Martín había de perderse aquella noche. Su pensamiento no fué capaz de conducirlo a la serenidad, a la resignación. Anduvo de un lado para otro como alimaña acosada, sin poder hallar la paz que tanta falta le estaba haciendo. En la majestad del vasto y redondo continio, en el rumor del venticello en las ramas de los pinos, en la misma música de los grillos y de las ramas, en la pedrería del cielo, no supo oír la voz del Dios de la misericordia y del perdón, no supo comprender que estaba sometido a la durísima prueba de los grandes merecimientos. Y él, desesperado, perdido, volvió a correr monte abajo, por entre las aulagas y los enebros, como huyendo de sí mismo, despidiendo con sus pies las piedras del camino.

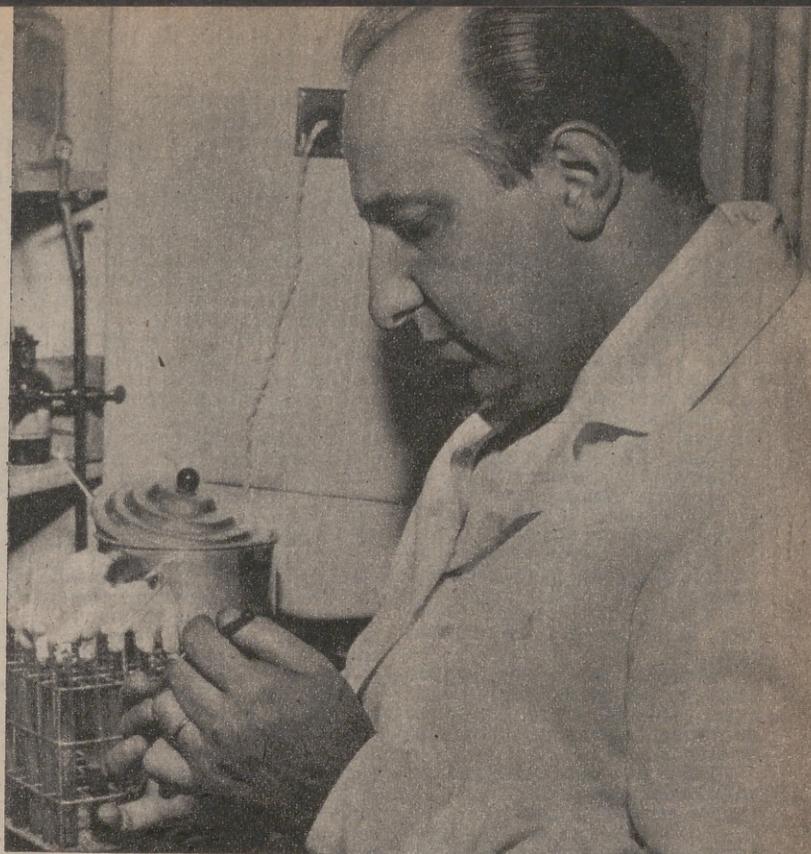
Llegó al leprocomio y, ciego, hundido en la negrura de sus pensamientos, ató una soga de esparto a una viga del techo, pasóse un nudo corredizo por el cuello y se quitó la vida en el silencio acongojado de la casita del valle...

Ya no existe en el valle la casita de Martín. La mandó derruir su madre. Por el suelo, que durante tanto tiempo había sostenido la desgracia del desventurado, crecen hoy hierbajos bordes y dormitan los lagartos.

FELIPE II, EN LA CONSULTA DEL DOCTOR MARTIN SUBIZA

UNA FICHA MEDICA
CONFIRMADA POR
LA INVESTIGADORA
MARIA TERESA
OLIVEROS de CASTRO

EN EL SIGLO XVI SE PRACTICABA
EL "AFEITADO" DE LOS TOROS



El doctor Martín Subiza y la investigadora María Teresa Oliveros de Castro, autores del libro «Felipe II. Estudio-Medicohistórico»

LA verdad es que la alergia me plantea un gran problema. Este libro, que se titula «Felipe II. Estudio medicohistórico», de la investigadora doña María Teresa Oliveros de Castro y del doctor Martín Subiza, me acerca nada menos que a Felipe II, pero me acerca por la vía de su carácter, que es abarcarlo todo de una vez.

—Nosotros nos proponíamos demostrar que Felipe II era un alé-

gico—me dicen, sonrientes, con cierta deportividad, los dos autores.

—¿Y lo era?

—Lo era.

Doctores en Medicina tiene la cuestión, en la que ni entro ni salgo, sino que transmito. ¿Quién no es alérgico? Si hoy la alergia es tan extensa como el género humano en cuanto al espacio, no hay por qué extrañarse que también tenga efectos retroactivos

—como enfermedad nominalmente nueva—para hacerse extensa en el tiempo. Y a Felipe II, entre otros, le ha tocado.

—Era un hombre de gran receptibilidad. Pasó casi todas las enfermedades.

—Buen ejemplo: a pesar de ello, pudo gobernar el mayor Imperio del mundo y, además, mantener el «statu quo» en aquella Europa revuelta, renacentista y maquiavélica.

—Es que por el hecho mismo de acaparar todas las enfermedades se hacía resistente. Las recibe todas, pero también las elimina.

—¿Han llegado a esa conclusión?

—Esa es una de las conclusiones del libro.

—Pero constitucionalmente, ¿a qué era propenso?

—Tenía una diátesis neuroartrítica, que corresponde actualmente a la constitución alérgica. Son personas que pueden y no pueden tener alergia, pero su constitución es de ella.

—A juzgar por los datos del doctor y por el resultado de mis investigaciones—interviene la doctora Oliveros de Castro—, todos los Austrias eran de constitución alérgica.

—Pero sí, nuestro propósito es—afirma y confirma con la mano el doctor Subiza—hacer un libro sobre ello: la alergia en la Casa de Austria.

—Carlos I—insiste la doctora—padece de asma y ataques epilépticos.

—Y Felipe III—continúa al alimón el doctor—era un ecematoso.

—¡Vaya! Cosas de los tiempos. Claro que el estado sanitario de aquel entonces, aun el considerado normal, nos ha de llamar hoy la atención.

—Baste este dato: la sarna fué enfermedad palaciega.

—No esperaba tanto.

—Los médicos de aquella época creían que la sarna era producida por una corrupción de los humores—sangre, cólera, flema—, y también había una sarna por melancolía.

—¿Y cómo se trataba?

—Con la purga y la sangría. En ocasiones se empleó el azufre.

—¿De cuándo data el descubrimiento del «arador de la sarna»?

—Siglo y medio después de las fechas de que estamos hablando. Pero la teoría parasitaria de esta dermatopatía tardó en aceptarse. A principios del siglo pasado hubo todavía clínicos franceses que seguían imputando a esta enfermedad una causa humoral. Hay una cosa curiosa: En el siglo XVI se utilizaba como amuleto contra esta enfermedad la piedra bahazar, bezoar o bazar—todos estos nombres tiene—, y tenía un gran valor. En las Ordenanzas de Felipe II hacia constar a sus médicos de cámara la obligación de controlar a los boticarios el maná, unicornio y piedra bazar, que son productos de precio elevado.

La señora Oliveros de Castro, con rapidez de movimientos, que desde el primer momento me parecen característicos de su persona, abre el libro, hojea, hojea y hojea. Observo su sonrisa natural, que no es más que un rictus, que luego parece contribuir a la fuerza de su pronunciación, una pronunciación muy aragonesa. Y lee:

—Después de sus bodas—unos dos meses—, Felipe II debió caer enfermo... Probablemente de sarna...

—¿Eh?

—Ahora oírá usted cómo lo tratan.

Y sigue leyendo:

—«Al cabo de algunos días que dormían apartados, le ha salido a S. A. una sarna muy penosa: que fué necesario, por consejo de tres físicos, sangrase, y la sangresalló tal, que parecía haber sido muy buen consejo sacársela; pero como la sarna aun dura y él nunca la tuvo en su vida... aunque

está mucho mejor y hoy ha ocho días... si la sarna le durare, podrá volver a Cigales...» Es un texto de la época.

Suspende de pronto la lectura, y los dos doctores—la de Historia y el de Medicina—se quedan mirándose, y ¿qué voy a decirles? Cosas de los tiempos.

—La madre política de Felipe, antes de contraer matrimonio con Juan III de Portugal, también la padeció, y rebelde.

—Así que el estado sanitario de las poblaciones, visto desde hoy, debe ser sorprendente.

—En la infancia de Felipe II, mientras su padre, Carlos, estuvo ausente por negocios del Imperio, la Corte cambiaba continuamente de lugar, más por el estado de salud e higiene de las distintas poblaciones, que por motivos políticos. Valladolid, Avila, Toledo, Madrid, Monzón...

—¿Y cuáles eran las causas de tal situación?

—Era muy difícil conservar las ciudades en estado de sanidad. Su evolutivo engrandecimiento determinaba un hacinamiento de gentes, y, por otro lado, no se aplicaban los nuevos métodos de abastecimientos de agua, condiciones fétidas... Hubo en aquella época una atracción general hacia los núcleos urbanos, y los mercados y comerciantes se establecieron en las ciudades, mientras la burguesía adinerada iba imponiendo sus gustos y alternando con la nobleza. También contribuyó el florecimiento y gusto por las industrias artísticas, necesarias para vestir el boato y elegancia de las damas y caballeros.

—En el siglo XVI—concluye el doctor Subiza—hubo devastadoras epidemias.

UNA FICHA MEDICA CONFIRMADA POR LOS CUADROS DE PINTURA

No es nuestro propósito sacar a relucir las miserias humanas de tan gran Rey como fué Felipe II. Tan grande, tan grande, que ha sido el más discutido de entre los de la numerosa nómina española. Es el gran Rey español, netamente español, y para España, que tiene dos caras históricas.—mejor sería decir: cara y cruz—, dos caras fuertes de un fortísimo relieve como corresponde a un firme e indeleble carácter: por un lado «Campeón del Catolicismo», y por el otro «Deminio del Medicidán». Es fácil adivinar los autores de los mote: del primero, la España auténtica y los auténticos católicos, apostólicos, romanos; del segundo los enemigos de la España auténtica, los protestantes—a los que no dió por voluntad, tragua dentro de sus dominios—y también ciertos católicos, no muy romanos ni tampoco muy católicos por anteponer un ancestral resentimiento y el interés sectario o nacional a la verdad. Hoy, honradamente, creo que no se puede «discutir», a pesar de que muchos documentos han sido hábilmente destruidos. Además pasada aquella «guerra fría» contra el Imperio español, guerra que se ha mantenido mucho tiempo después, casi nos conocemos todos. Pero aun quedan algunos coleando...

En fin, todo esto viene a confluír en el meollo de esta entrevista: el carácter de Felipe II. Pero este carácter es un resultado de otros factores: constitución física, temperamento ambiente, herencia, educación. Un resultado del choque del tempe-

ramento con la vida. En todo ello juegan un papel importante las enfermedades y otras taras físicas.

Vamos al médico de hoy:

—¿Qué procedimiento ha seguido?

—Con los datos que iban llegando hice una ficha, como si Felipe II hubiese venido a mi consulta.

—Veo con ello que se ha llevado todo con rigor.

—El libro es un aspecto científico-histórico por orden cronológico—dice la señora Oliveros de Castro—. Es un trabajo objetivo, meramente objetivo. Solamente es subjetivo el epílogo.

—Digame, doctor, su procedimiento.

—La escuela de Kurt-Klare, mediante una serie de signos físicos y la investigación de la anamnesis patológica individual y familiar, los datos que permiten valorar una complejidad delicada, a la que él denomina «hábito irritable», cuya consecuencia es la gran susceptibilidad para fijar toda clase de enfermedades.

Rápido abre un libro, que resulta ser un texto médico, a cuyo final viene el cuestionario de Kurt-Klare.

—Todos los signos físicos de Felipe II—dice mirando la página—son positivos: tez, suave; cabellos, rubios; ojos, azules; nariz, más bien chata y estrecha; labios, gruesos.

Y, de pronto, levanta la cabeza para señalarme con los dedos de una sola mano los dos surcos que suelen formarse a los lados de la nariz.

—Estos surcos nasogenianos—dice, recorriéndolos—los tenía muy manifiestos. Son característicos de los que difícilmente respiran por la nariz, y dan aspecto de gravedad precoz.

—Para la verificación de muchos datos se habrá valido de pinturas.

—Claro. Hemos hecho un diagnóstico retrospectivo a través del cuadro de Pantoja que se conserva en El Escorial.

—Así, que Felipe II fué un individuo típico de esta constitución.

—No sólo por esos datos, sino también por estos otros: durante la infancia suelen padecer enfermedades infecciosas, cosa bastante comprobada en nuestro gran Rey; suelen ser frecuentes en ellos la hipertrofia de amígdalas, adenoides, etc., y esto lo demuestran los rasgos dichos anteriormente; hay en ellos tendencia a las enfermedades articulares—reumatismo, gota—, y esto lo cumple sobradamente durante treinta y seis años: tiene tendencia a hacer cálculos en el riñón, vesícula o vejiga, y nuestro Rey tuvo un ataque de «mal de ijada», con una precocidad poco corriente, y, además, padeció de «arenilla» en la orina; son individuos propicios a la alergia o hipersensibilidad a muy variadas causas, y en Felipe se comprueba una típica urticaria a los pescados de río. Además, tiene una acusada tendencia catarral. Por último, es típico en esta constitución la inestabilidad neurovegetativa; de ello hay pruebas sobradas: los frecuentes desarreglos intestinales de Felipe II al recibir noticias aflictivas, y sus célebres crisis de «palidez», que tanto impresionaron a sus servidores.

—En resumen, pudo usted rellenar adecuadamente la ficha.

—Con todos los signos positivos.

Cierra el libro, cuya apertura le ha valido como rúbrica de sus palabras. Veo, a través de una serie de imponderables, que el libro es un comienzo. El doctor Subiza ha encontrado satisfacción en su tarea investigadora. Su especialidad es la alergia, especialmente la alergia en el trabajo. Y ha estudiado con detenimiento el asma infantil. Su ponencia en el último Congreso de Barcelona fué: «Importancia social de las enfermedades alérgicas en la industria». Su puesto de jefe del Servicio de Alergia en el Instituto de Medicina y Seguridad del Trabajo, y, por otro lado, su colaboración con el doctor Blanco Soler en el Hospital de la Cruz Roja, le permiten realizar investigaciones variadas. Uno de sus trabajos de investigación es «El ecema de los albañiles, por el cemento».

—Ahora mismo vengo—dice mirándose la ropa—de pronunciar una conferencia. Mejor dicho, hoy he pronunciado dos.

—¿La más interesante?

—«Pseudoalergia, por maderas tropicales, entre los carpinteros».

—¡Vaya!

—Sí. Es una afeción producida por la madera que los carpinteros llaman «caobilla de Guinea».

—¿Se trata de algún descubrimiento original de usted?

—Nadie había hablado de ello antes de mis revelaciones.

—¿En qué consiste?

—Es una liberación de histamina, producida por inhalación del polvo de esta madera. Ello origina la pseudoalergia.

—¿Qué obras ha escrito usted?

—Un estudio sobre la muerte del príncipe Carlos, y otro sobre la vida y hechos del cirujano Daza Chacón.

—¿Su edad?

—Hace treinta y cinco años que nací en Zaragoza.

—Usted habló en el Congreso de Barcelona sobre la importancia social de la alergia en la industria. ¿A qué conclusiones llegó?

—Hice un estudio estadístico, sirviéndome del estudio general del absentismo al trabajo por enfermedades alérgicas en 150.000 bajas del Seguro de Enfermedad, y, en particular, en diferentes profesiones.

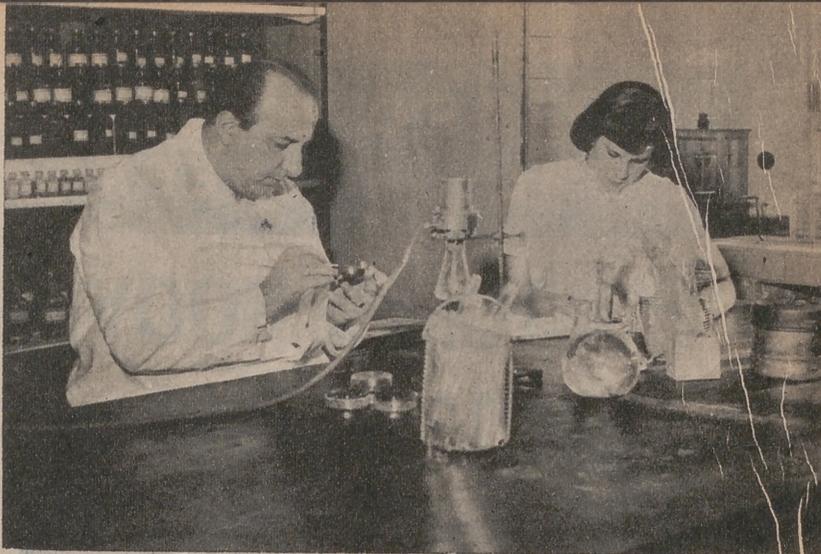
—¿Y qué profesiones son las más expuestas a la alergia?

—En verdad, ahora estamos, tanto en España como en el extranjero, en los primeros pasos. Puedo decirle que el ecema es corriente en los que manejan cemento, colorantes lacas y resinas, determinadas drogas, sales de níquel y cromo... El asma lo padecen con frecuencia los panaderos y molineros. Puede afirmarse que la quinta parte de invalidados que hemos observado entre los panaderos son debidas a esta enfermedad. También la padecen los que trabajan en la industria química y siderometalúrgica.

EN EL SIGLO XVI SE PRACTICABA EL «AFELTADO» DE LOS TOROS

Dña María Teresa Oliveros de Castro, doctora en Historia desde 1953, ha sido catedrática en Avila y Jaén. Ahora, no. Ahora alterna los cuidados familiares con la investigación, en compañía de su pariente el doctor Subiza, ambos nacidos en Zaragoza, aunque oriundos de Monzón.

—El abuelo del doctor Subiza



Martín Subiza trabajando en su laboratorio

—dice ella, riendo—fué el último jefe militar de Monzón, y entregó las llaves del castillo-fortaleza al Ayuntamiento.

—Esa vinculación con Monzón le ofrece mucho campo para historiar.

—Ahora mismo tengo muy adelantada una historia de aquella ciudad por encargo del Ayuntamiento.

La señora Oliveros de Castro, que viene de una familia de ingenieros, ha encontrado su camino en la Historia. Sólo la investigación histórica le saca de su hogar, aunque los cuatro hijos, ya mayores poco le entorpecen. Es Premio Nacional del Centenario de los Reyes Católicos, en colaboración con el ingeniero don Julio Jordana de Pozas.

—¿Cuál es su juicio sobre este libro que nos ha reunido aquí, en casa del doctor Subiza?

—Es una obra de erudición y aportación documental.

—¿Fuentes?

—Casi todos los documentos son del archivo de Palacio, y también de la Sección de Manuscritos y Raros de la Biblioteca Nacional. He repasado cuanto se ha escrito sobre Felipe II, sobre todo lo de embajadores venecianos, además de las referencias de autores franceses, ingleses e italianos.

—¿Carácter de Felipe II?

—Un concepto recto de la justicia y de la dignidad de su propio cargo.

—Es un individuo esquizotímico o autístico—interviene el doctor Subiza— con tendencia a la soledad y a una vida interior difícil de interpretar, pero que debió ser intensa.

—¿Qué detalles sobresalen en su carácter?

—Su frialdad, hermetismo y fina ironía por lo que se refiere a su vida de relación social. Esta fina ironía, la parquedad de palabras, el escudriñador semblante y la poca vida de relación revelan, como ya dijo Marañón, desconfianza.

—¿Desconfianza?

—Más que desconfiado es que se pone en su papel de rey. No daba confianza o mantenía a la gente en su sitio. Era buen psicólogo. No hay que olvidar que se propuso la enorme tarea de mantener sus dominios luchando no sólo en lo físico, sino en lo espiritual, contra todo lo que le rodea.

—¿Inflexible?

—Inflexible. No cabe duda de la sinceridad de sus sentimientos. Arraigados intimamente, forman una línea de conducta o ejecutoria que sigue sin variar el resto de su vida.

—Consecuencia de esa inflexibilidad—añade el doctor Subiza— es su inadaptación, como lo demuestra su primer viaje a Flandes y a Alemania. Este defecto permite también comprender su espíritu poco viajero y su fatigabilidad al cambiar de ambiente.

—Su carácter era heredado. ¿del padre o de la madre?

—Más bien de la madre, la Reina María Manuela, que parecía una castellana integral.

—Otra nota característica de Felipe II: su afán de perfeccionismo. Este afán se descubre—dice la doctora Oliveros de Castro— en la pulcritud de sus vestidos, en los actos palatinos y, sobre todo, en el cuidado de sus escritos, que casi rayan en lo pedante. Era quizá el más elegante de Europa.

—Y, ¿de la prudencia del «Rey Prudente»?

—Llega a límites de tal perfección que hacen pensar en lo patológico. Siempre se muestra con una frialdad impenetrable. Pero su mente es en todo momento normal, e incluso superdotada. Es lento en sus resoluciones; necesita pensarlo todo bien. Muy trabajador. De una gran honestidad económica: escamotea una moneda. Muy entendido en pintura, matemáticas, arquitectura, teología y cánones. Se apoyó en los juristas. Un espíritu renacentista por amor a España.

—En el libro se habla del «afeltado» de los toros como ya existente en aquella época.

—Pío V era un detractor de nuestra Fiesta Nacional, a la que consideraba una forma de duelo, cosa prohibida en el Concilio de Trento. La popularidad de esta fiesta tenía ya raíces hondas en el siglo XVI. Y un médico de las galerías de Felipe II, el doctor Pérez Herrera, dió como solución intermedia la amputación de las puntas de los cuernos de las reses antes de la lidia.

—Bien, Sigán las discusiones.

JIMENEZ SUTIL

EL LIBRO QUE ES
MENEJER LEER

"EL INFORME HOOVER (1953-1955)"

Por Neil MACNEIL

THE HOOVER REPORT

1953 - 1955

What It Means to You
As Citizen and Taxpayer

NEIL MACNEIL
and HAROLD W. METZ

With an Introduction by HERBERT HOOVER

EL individualismo político norteamericano se caracteriza por la creciente penetración del Estado en la vida privada de los ciudadanos. Asentado todo el sistema político y económico de los Estados Unidos sobre la libre empresa, ha tenido, no obstante, que experimentar en los últimos decenios toda una enorme serie de modificaciones, exigidas por circunstancias de fuerza mayor. Las consecuencias de la Gran Depresión y la subsiguiente política del New Deal mermaron considerablemente lo que había sido hasta entonces el mayor orgullo del ciudadano estadounidense, es decir, su absoluta libertad frente al Estado. Mucho de lo que entonces se estableció continúa manteniéndose, aunque esto no es óbice para que los americanos sigan pensando que sólo se conservará de una manera transitoria. Fruto de estas intenciones ha sido el informe Hoover, objeto de nuestro libro de esta semana, en el que toda una serie de especialistas se han dedicado a descubrir la falta de eficacia de una serie de organismos estatales cuya desaparición o reforma puede traer considerables economías para el contribuyente y el propio Estado.

MACNEIL (Neil): «The Hoover Report 1953-1955». (En colaboración con Harold W. Metz.) The MacMillan Company—New York, 1956.

CONSCIENTE o no, el Gobierno, de una forma o de otra, acompaña al ciudadano americano como un huésped que no ha sido invitado a casi todas las partes a donde va y en casi todo lo que hace. Coloca sus dedos en el sobre de su sueldo y le descuenta lo que desea antes de que entregue su paga en la casa para su familia. Si se dedica a los negocios, se convierte en su asociado silencioso y le coge una considerable parte de sus beneficios, negándose a participar en las pérdidas, excepto en un grado menor. Si compra un paquete de cigarrillos, una lavadora mecánica, un abrigo, un automóvil o cualquier otra cosa para él o para su familia, le impone su diezmo en forma de un impuesto o de cualquier otra cosa. No contento con todo esto, persiste también en darle directrices sobre lo que él puede y debe hacer, lo que siempre constituye para un ciudadano y contribuyente americano una reducción de su libertad de acción.

EL CRECIENTE PODER DEL ESTADO

El ciudadano americano se siente como un animal encerrado en una jaula ante todas estas injerencias, que no le recuerdan mucho su calidad de propietario de unos derechos inalienables dados por Dios. De hecho se ve impotente entre 165 millones de hombres que intentan individualmente luchar contra un Gobierno que les va invadiendo progresivamente y cuyo complejo y colosal sistema económico le obliga, tanto a él como a su familia, a

incluirse dentro de un grupo o de una organización, tal como los Sindicatos, que patrocine sus intereses y proteja sus derechos.

Nadie se escapa a esta actividad. El ciudadano está en continuo contacto con las Oficinas y los Departamentos gubernamentales. No obstante, el que más sufre es el hombre sencillo bajo este sistema. El es quien se siente inseguro, ya que sólo los grandes negocios pueden enfrentarse con el Gobierno gigante. Este Gobierno ha ido acabando poco a poco con la pequeña empresa americana, resultando cada vez más difícil para un ciudadano el iniciar su propia actividad y ganar su propio estipendio. Por el contrario, los grandes negocios aumentan cada vez más y el Gobierno gigante se convierte en un monstruo frankensteiniano que devora a sus propios creadores.

Fueron todas estas razones y otras muchas las que motivaron el que se constituyese una Comisión presidida por el ex Presidente norteamericano Herbert Hoover con el fin de que hiciese un extenso estudio sobre las funciones del Gobierno americano. En su examen trató de descubrir las extravagancias y el despilfarro en la utilización del dinero de los contribuyentes, la ineficacia y la duplicidad de muchas actividades y las numerosas desvirtuaciones de los burocratas.

La difusa y amorfa masa de extravagantes y abusivos organismos de nuestro Gobierno hace difícil supervisar y casi imposible controlarlas. Por lo que se refiere a los Estados Unidos, se ha demostrado que el sistema de libre empresa constituye el mejor procedimiento para organizar la actividad económica de la población. El significado de este sistema es tanto más importante cuanto que gracias a él se logra una mejor organización de la producción y la protección de los individuos o sus derechos. Desde el punto de vista gubernamental, el sistema de libre empresa es una fuente de ingresos con la cual se financian los servicios públicos.

LA REDUCCION DE LA BUROCRACIA

En los últimos días en que realizaba sus trabajos en la Comisión, le hicieron a Mr. Hoover esta pregunta: Esta Comisión ha hecho 314 recomendaciones. Si le dijese que sólo podría aceptar una, ¿por cual optaría? Casi sin vacilar, Mr. Hoover respondió:

—Optaría por la recomendación relativa al establecimiento de un servicio civil superior.

—El Gobierno—continuó explicando—no puede ser mejor que los hombres y las mujeres que realizan sus funciones. Nuestro mayor problema es el de disponer de la clase de hombres y mujeres que el Gobierno necesita y de mantenerlos en la Administración. Necesitamos funcionarios civiles de gran capacidad; pero tan pronto como éstos muestran sus posibilidades, los contratan las empresas privadas. Hemos perdido lo mejor y sólo conservamos lo de segunda categoría. Tenemos que hacer nuestro servicio civil tan atractivo, tan seguro, tan libre del fracaso, tan dignificado, que constituya todo un porvenir para los hombres y mujeres que deseen seguir esta carrera. Sólo entonces será cuando los

Estados Unidos dispondrán del género de gobierno que necesitan y deben tener.

Los Estados Unidos tienen actualmente 2.300.000 funcionarios federales. La nómina anual de ellos es de más de 9.000.000.000 de dólares. El informe de la Comisión sobre los funcionarios civiles desea que éstos se convirtieran en los mejores servidores del Estado. Reconoce que nuestro Gobierno es un Gobierno legal y que son seres humanos los que tienen que realizarlo.

Durante más de ciento sesenta años el Gobierno de los Estados Unidos ha intentado conseguir un equilibrio en el Gobierno federal entre dos requerimientos vitales. Uno es que los funcionarios públicos, que son responsables del establecimiento y la defensa de la política del Gobierno, sean seleccionados por representantes de los partidos políticos en el Poder. Este requerimiento plantea el problema de la rotación de los partidos políticos en la Administración. El otro requerimiento es que exista el mayor número de funcionarios competentes, formados y nada partidistas, dentro de los servicios públicos con el fin de garantizar la continuidad y la eficacia de la vida administrativa. La Comisión encontró que en décadas recientes el Gobierno no había conseguido trazar una clara división en la actividad de los funcionarios de carrera y los de carácter político. Descubrió también que no se había conseguido atraer o formar a un número suficiente de un personal experimentado y capacitado en cada uno de los grupos.

Las propuestas de la Comisión Hoover para mejorar los servicios públicos tienen tres objetivos principales. Uno es hacerlo más responsable ante los electores, lo que se conseguirá con la elaboración de un programa para los funcionarios no profesionales. La segunda cosa a realizar es mejorar la eficacia de los servicios públicos, lo cual puede ser fomentado por medio del establecimiento de un servicio civil superior y de un mayor entrenamiento en los estratos inferiores de la burocracia. Finalmente, el tercer objetivo a alcanzar es una mejora general en toda la masa de los funcionarios. Todas estas cosas producirían economías.

La Comisión estima que un mayor prestigio otorgado a los empleados del Gobierno servirá para atraer al tipo de personas que tanto necesitan los servicios públicos. El prestigio es particularmente importante, porque es manifiesto que el Gobierno no puede ofrecer las mismas recompensas financieras a las personas de las escuelas superiores que las empresas particulares.

En las actuales circunstancias la cifra de los servicios federales comprende un 25 por 100 anual. Esta proporción está muy por encima de la que corresponde a los negocios particulares. Quinientos dólares le cuesta al Estado el reemplazar a un simple funcionario, elevándose en 1954 a 278.500.000 dólares lo que tuvieron que pagar los contribuyentes para este fin. Si consiguiese una reducción de un 23 por 100, el ahorro sería de 14.000.000, y si se alcanzase el 20 por 100, la cantidad sería de 48.000.000.

La importancia de este capítulo del Informe Hoover no puede ser pasada por alto, ya que la recaudación de ingresos para la defensa nacional, el bienestar social y cualquier otra actividad dependen en no pequeña parte de la eficacia de la burocracia de que disponga.

EL GASTO DE PAPEL

Anualmente el Gobierno federal utiliza piezas de papel 25.000.000.000. Si todos estos trozos se pusieran uno tras otro cubrirían una distancia semejante a trece veces la que separa la Tierra de la Luna. Esto es tanto más digno de tenerse en cuenta si se recuerda que en esta cantidad no se incluyen los libros y folletos editados por el Gobierno. En la producción de esta enorme masa papiréica la Administración utiliza más de 750.000 obreros permanentes y gasta más de cuatro mil millones cada año. Esta suma habría costado el presupuesto íntegro del Gobierno federal durante 1932.

La archivación de la correspondencia, solicitudes, formularios, normas, etc., ocupa 24.000.000 de pies cúbicos de los archivos federales lo que sería capaz de llenar siete edificios del tamaño del gigantesco Pentágono.

Todos los años los burócratas del Gobierno escriben más de 1.000.000.000 de cartas, y éstas le cuestan al contribuyente un dólar cada una. Estas, insertas en su sobre y apiladas, alcanzarían una altura de 39 millas. En poco más de cuarenta años la producción de cartas administrativas ha aumentado casi diez veces más, pasando de 55 letras por

empleado en 1912 a unas 522 actualmente. Como el número de empleados ha aumentado en siete veces durante esta época, el total de cartas ha subido en una proporción de 70 veces.

El Gobierno usa más de 18.000.000.000 de formularios impresos cada año, lo que le representan 887.000.000. La Comisión ha estimado que a este respecto se pueden realizar grandes ahorros. El Departamento de la Flota ha mostrado el camino reduciendo las clases de sus formularios de 3.161 a 752. En un solo año este Departamento eliminó 21.000 formularios, ahorrando 3.000.000 de dólares.

La eliminación de muchos de los 4.700 requerimientos impuestos por el Gobierno federal sobre la industria privada para comunicar datos estadísticos representaría un gran ahorro, tanto para la industria como para el Gobierno. Y como resultado de la labor realizada por una Comisión especial se han conseguido unas economías de 5.000.000 de dólares para el Gobierno y de 10.000.000 para las industrias. Un informe facilitado por esta Comisión ha creído demostrar que son posibles unos ahorros de 100.000.000 de dólares para la Administración y los negocios particulares si se consigue entre ambos una íntima cooperación.

Al liberar a los negocios particulares de la carga de innecesarios informes y de formularios inútiles no solamente se conseguirá un ahorro monetario, sino que los hombres de negocios podrán conseguir más dinero y tiempo para producir más bienes y servicios y, al mismo tiempo, mayor número de beneficios para el erario. Esto representará una satisfacción para toda la nación. Los pequeños comerciantes se verán libres de lo que constituye para ellos una carga intolerable. La eliminación de los informes excesivos del Gobierno y de sus formularios reducirá el trámite burocrático, aligerará los negocios y dará nuevas libertades a millones de americanos.

RECURSOS Y ENERGÍAS

La Comisión Hoover examinó muchas de las fases de las actividades del Gobierno que poseen repercusiones de largo alcance para el pueblo, a causa de la naturaleza de las mismas y la importancia de las operaciones en ellas comprendidas. Así, por ejemplo, cualquier persona está prácticamente convencida de la importancia del agua, tanto como ele-

RECETARIO DE COCINA

ENTRADA DEL	SOPAS	VERDURE	ARROZ	PANES	QUESOS	CONDIMENTOS	SALSA	DESSERTS	POSTRES
-------------	-------	---------	-------	-------	--------	-------------	-------	----------	---------



Siga sus deseos, adquiere otros productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S. A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.

mento potable como para el aprovechamiento de eriales, como para la navegación, como para fines industriales, como para la creación de energía eléctrica. Igualmente las actividades crediticias del Gobierno representan un importante papel para aquellos que desean comprar una casa o una granja, participar en un negocio o guardar su dinero en un Banco. Los servicios médicos son distribuidos entre la población de una manera parcial o total. Finalmente, aunque es ampliamente reconocido que el factor más significativo de nuestra nación es el sistema de libre empresa privada, nuestro Gobierno opera, no obstante, con una multitud de actividades que compiten desfavorablemente con los negocios privados.

Con relación a nuestros recursos de agua, la Comisión Hoover hizo un largo y detallado estudio, patrocinando toda una serie de desenlaces fundamentales.

¿Quién es el responsable de nuestros fracasos en este terreno? La Comisión no vacila en declarar que los organismos federales relacionados a este respecto son de lo más competente. Su actividad de tipo proyectista, así como la manera de realizarla, es totalmente loable. Debilidades personales no hay que señalar, pues la falta de honradez no figura entre las cualidades de su personal. La principal censura corresponde a la falta de consistencia de la política nacional y a la ausencia de provisiones adecuadas para su revisión, inspección y coordinación de los proyectos de Washington.

La principal recomendación de la Comisión se encamina principalmente a reducir el impacto del Gobierno federal sobre la empresa privada, es decir, a reducir su competencia. Otra recomendación la Comisión es la de restablecer el control del Congreso sobre los proyectos federales relativos al agua, que deben ser pagados directamente a la Tesorería y no gastados en proyectos, sin aprobación del Congreso, nos encamina a la consecución de este objetivo. La recomendación relativa al fomento de métodos mejorados para calcular beneficios sobre los proyectos propuestos y la estimación de los mismos ayudará también a restablecer el control del Congreso sobre el erario. Sólo cuando la Cámara estime que un proyecto es favorable para la nación deberá facilitarse el dinero adecuado para su construcción. Las propuestas de la Comisión para la realización de estos objetivos son similares en todos estos importantes aspectos a la política desarrollada por el Presidente Eisenhower y sus ministros en este terreno.

LA LABOR DE UNA COMISION

La lectura de los resultados de la citada Comisión tiene que convencer, sin duda alguna, a la mayoría de las gentes de que lo conseguido constituye un penetrante y claro análisis de las principales funciones del Gobierno federal. En su totalidad, la Comisión presentó 39 informes al Congreso, ofreciendo, por otra parte, un duradero y comprensivo ejemplo, por lo que respecta a su sincera y honrada apreciación del Gobierno, por parte de los ciudadanos americanos conscientes y capacitados.

En aspectos casi minuciosos sus estudios presentan un documentado cuadro de la voraz y difusa burocracia, del monumental derroche de los excesos y de las extravagancias, del papeleo, de la confusión, de los desconcertantes fracasos, de las regulaciones perdidas, de la irresponsabilidad normativa, de la colosal largueza de determinaciones segmentos de la opinión pública, de la enorme incompetencia de las actividades económicas exteriores y de las gigantescas cantidades gastadas frecuentemente para fines nunca buscados por el Congreso. Indiscutiblemente no se trata de un cuadro halagador.

La Comisión no describe todo esto con el fin de desacreditar al Gobierno. Sus ejemplos relativos a horribles derroches y extravagancias tienen como único fin el atraer la atención de las gentes, del Congreso y del Poder Ejecutivo para tomar una acción que ponga remedio a todo esto. Nunca se cita en la Comisión Hoover a ningún individuo si no es para elogiarle. Una y otra vez se insiste que el fracaso de los funcionarios estriba en las deplorables condiciones en que trabajan y que muchos de ellos son serios, sinceros y competentes trabajadores. Además, gran número de ellos consultados han criticado las circunstancias en que se desenvuelven y, por ello, lo que la Comisión censura es el sistema.

El vasto laberinto de organismos superpuestos y

de actividades multiformes es lo que hace que el Gobierno americano realice una acción ineficaz. Los métodos burocráticos que son satisfactorios para los Gobiernos pequeños no se adecuan a las necesidades de un Gobierno que tiene que enfrentarse con enormes asuntos. Aquí es donde radica la principal falta del sistema, y es por lo que resulta de vital importancia que de vez en cuando algún grupo de ciudadanos patriotas como los de la Comisión Hoover lance una ojeada de amplias perspectivas y determine sus debilidades y fracasos y ofrezca soluciones para su mejora.

Los objetivos de la Comisión se encaminan principalmente a mejorar su sistema constitucional y la sociedad sobre la que descansa. Por ello creemos que se deben perseguir los siguientes objetivos: 1.º Debe trabajarse intensamente por mantener la separación de los Poderes y garantizar el imperio de la ley. Los métodos actuales por no garantizar el control del Congreso sobre el Tesoro deben ser cambiados. 2.º Esta actividad no debe nunca implicar una transgresión del control civil del Gobierno. La Comisión está profundamente preocupada por la libertad personal, siempre que ésta no implique una reducción de la fuerza de determinadas actividades vitales como la defensa nacional. 3.º Debe de garantizarse el sistema de libre Empresa, y 4.º Todas estas actividades deben de realizarse de la manera y del modo más económico.

La Comisión ha estimado que la realización de sus recomendaciones traería una enorme cantidad de ahorros, declarando, por otra parte, que la realización de sus vastos programas no deben hacer olvidar nunca los siguientes seis objetivos:

- 1.º Preservar la total seguridad de la Nación en un mundo perturbado.
- 2.º Mantener en funcionamiento de todos los organismos necesarios que fomentan el bienestar común.
- 3.º Estimular la investigación fundamental sobre los programas relativos sobre la seguridad nacional.
- 4.º Mejorar la eficacia y eliminar el derroche de los organismos ejecutivos.
- 5.º Eliminar o reducir la competencia del Gobierno con la libre Empresa, y 6.º, y quizá el más importante de todos, fortalecer la estructura social, económica y administrativa que durante ciento sesenta y seis años nos ha ocasionado constantemente progresos y bendiciones.

La mayor parte de los ataques contra las recomendaciones de la Comisión han procedido de los representantes de grupos más o menos egoístas. Cuando éstos no son capaces de enfrentarse con los hechos presentados por el informe de la Comisión respecto a los intereses especiales de su zona, recurren a generalizaciones que falsean las intenciones de la Comisión. Han afirmado que la Comisión trata de marchar contra corriente, que se propone la virtual liquidación de la electrificación rural, que patrocina la interrupción de préstamos a los granjeros y que sabotea toda la actividad por conseguir mayor poder público. Nada más lejano de la verdad que todo esto.

Las reformas constructivas recomendadas para algunos organismos federales, creados durante la época de la depresión, tratan, por el contrario, de darle una nueva y saludable vida. Lo que buscan las recomendaciones es acabar con la ineficacia y adecuar las actividades a los tiempos en que vivimos. El mantenimiento de un organismo administrativo debe depender del valor demostrado ante el pueblo. Si es esencial, y sus servicios resultan mejores o más baratos que los que facilita la industria privada, debe conservarse. Si no ocurre así no debe sobrevivir.

La Comisión Hoover ha intentado resolver cuanto estudió. Ha realizado un ataque frontal contra el gran gobierno y todo lo que esto significa, pero no ha pedido la eliminación de ninguna actividad exigida por la seguridad o el bienestar del pueblo americano. Todas sus recomendaciones se asientan firmemente sobre los principios americanos de cómo debe funcionar un Gobierno. Reafirman el papel de la ley, y apoyan el control civil del Gobierno. Fortalecen la supervisión de los gastos por el Congreso y hacen ver bien claro el hecho básico de que el Gobierno americano es un beneficio para todos y no para unos pocos, como parecen desear algunos grupos egoístas. La Comisión trata de ayudar a la renovación y a la prosperidad del sistema de libre Empresa, pidiendo el cese de la competencia del Gobierno. Por otra parte, la labor de la Comisión ha tenido un gran valor educativo y ha podido reunir un enorme número de hechos de gran utilidad para el Gobierno.

Turistas ingleses en la Alcazaba de Tanger — Abajo: el correo inglés en el edificio del Consulado



DE COMO UN DIENTE PUDO DAR ORIGEN A UN TRATADO

UN GIBRALTAR DE BOLSILLO EN LA CALLE DE LA LUNETTA DE TETUAN

INGLATERRA RENUNCIA AL REGIMEN DE CAPITULACIONES EN MARRUECOS

LA última nación, de entre las potencias signatarias del Acta de Algeciras, que ha renunciado a su régimen de capitulaciones establecido mediante Tratado con Marruecos ha sido la Gran Bretaña. Esto es de que Inglaterra acabe de renunciar a la mano de doña Leonor en el Imperio cherrifiano, desfilando con su farolillo rojo detrás de todos los países que declinaron sus prerrogativas ante Su Majestad el Sultán, tiene, como los panes marroquíes,

mucha miga, no sólo porque el Gobierno de Su Majestad británica reitera en esta nueva ocasión su empeñada resistencia a abandonar un cúmulo de privilegios que, en este caso, están contenidos en un convenio de treinta y ocho artículos, sino porque esos privilegios de jurisdicción residían durante los últimos diecinueve años exclusivamente en la Zona Norte, es decir, en el territorio que fué Protectorado de España en Marruecos.





Interior de la tienda de un indio en la calle de la Luneta

**DE COMO UN DIENTE
PUDO DAR ORIGEN A UN
TRATADO**

Hace más de cien años, los primeros ingleses jubilados y las primeras inglesas rentistas que llegaron a Tánger en busca de un sol que les compensara en sus últimos días del clásico «puré de guisantes» londinense se encontraron con que lo primero que tenían que hacer en una tierra tan extraña como prometedora era precisamente seguir viviendo con su categoría privilegiada de ingleses. No sé si lo he leído o si me lo contaron, pero sí recuerdo que sucedió en Tánger Un «gentleman» británico, de monóculo y chaqueta a cuadros, desembarcó en un puerto marroquí para hacer turismo por estas tierras. Un día llegó a Tánger, cuando Tánger distaba mucho de ser el objetivo de los grandes aventureros y el remanso de la avaricia de banqueros internacionales. Pero había ingleses, y con ellos un cónsul, y para ellos, excelentes caballos de raza árabe que los trajinantes musulmanes del zoco alquilaban por unos cuantos céntimos «hassaníes». El «gentleman» del monóculo halló muy correcto el negocio de los caballos de alquiler y no tardó en hacerse un buen cliente de un viejo mercader de potros que todas las mañanas le tenía preparado un jaco brioso para que el «gentleman» paseara su arrogancia por las veredas que conducían a las grutas de Hércules. Una de aquellas mañanas el potro se le desbocó al inglés. Y he aquí que una musulmana cayó bajo las patas del animal, sufriendo, como resultado del golpe, la rotura de un diente. El diente de esta musulmana provo-

có que el Gobierno de Su Majestad la Reina de la Gran Bretaña se decidiera a conseguir del Sultán de Marruecos y Fez la firma de un Tratado general y de un Convenio de comercio y navegación, que fueron firmados en Tánger el 9 de diciembre de 1856.

Quizá sea ésta la primera vez en la historia de la diplomacia que un diente inútil haya servido a un país para estarle dando bocados a otro país durante todo un ciento de años, como ahora veremos.

La musulmana atropellada, que tenía ideas muy primitivas de la justicia, ideas que todavía tenían más o menos vigencia entonces en Marruecos, recogió del suelo su diente y se marchó a casa del cadí para pedir una reparación. En justa reciprocidad—la reciprocidad jurídica del tallón—exigió que el cadí reclamara del inglés el arrancamiento y entrega de uno de sus dientes. El cadí se fué con su demanda a ver al cónsul británico y planteó la querrela en los términos solicitados por la perjudicada. El diplomático quiso arreglar la cosa con unas libras, pero la demandante se negó en redondo:

—Yo querer diente del inglés, nada más que diente.

El cónsul llamó al demandado y frente al cadí y ante la demandante sudó durante unas horas pretendiendo poner de acuerdo las exigencias odontológicas de la musulmana y la resistencia del «gentleman» a semejante fórmula quirúrgica de la justicia que se le reclamaba. Volvió otra vez el cónsul a esgrimir el argumento de las libras y empezó a subir la cantidad de dinero ofrecida por el sistema de pujas a la llana.

Elevó la cifra a diez libras, después a veinte, más tarde a cincuenta. El diplomático llegó incluso a las cien libras. Ante la musulmana falló estrepitosamente el procedimiento. Y aunque parezca mentira, la cifra alucinante de cien libras mientras dejaba impertérrita a la víctima, empezó a hacer estragos en la flema y en el orgullo del inglés. El curioso juicio continuó durante una hora más. Fué entonces cuando el cónsul, en un arranque heroico de generosidad, jugándose toda una fortuna a la carta de la dignidad inglesa, ofreció 200 libras. El cadí y la musulmana miraron con desprecio al diplomático. Pero el «gentleman» del monóculo y chaqueta a cuadros, considerándose totalmente vencido ante aquellas 200 libras, propuso:

—«All right!» Mías son las libras; yo dar diente.

El juicio quedó de este modo sorprendente terminado, y un sacamuelas, operando de verdugo improvisado, hizo justicia a Marruecos. La musulmana se llevó el diente del inglés y el inglés se embolsó las 200 libras, recibiendo del cónsul orden inmediata de expulsión. La dignidad británica había rodado por los suelos. Pero el cónsul extrajo de la experiencia la necesidad de mantener en lo sucesivo en tierras marroquíes dignamente inviolable el pabellón de Su Majestad británica.

**NACE EL TRATADO BRITANICOMARROQUI
DE 1856**

Y así fué como surgió, al rarecer, el Tratado general establecido entre Inglaterra y Marruecos el 9 de diciembre de 1856 y la rá-



La calle de la Luneta, el «Gibraltar de bolsillo» tetrani

zón por la cual su artículo nove-
no quedó redactado del siguiente
modo:

«Todos los casos criminales o querellas, así como las diferencias civiles, disputas, acciones o litigios que se produzcan entre súbditos británicos y súbditos del Gobierno marroquí, se resolverán de esta manera: Si el demandante es súbdito inglés y el demandado es súbdito marroquí, el gobernador de la ciudad o del distrito, o bien el cadí, según que el caso pertenezca a sus competencias respectivas, juzgará solo el caso. El súbdito inglés dirige su demanda al gobernador, o al cadí por intermedio del cónsul general, del cónsul o de su delegado que tendrán derecho a asistir al proceso durante toda su duración.

De igual forma, si el demandante es súbdito moro y el demandado es súbdito británico, el caso se someterá al juicio y resolución del cónsul general, cónsul, vicecónsul o agente consular. El demandante acudirá a las autoridades marroquíes, y el gobernador, el cadí o un oficial designado por ellos, asistirá, si él o ellos lo desean, a todo el proceso. Si los demandantes ingleses o moros no se conforman con la decisión del cónsul general, cónsul, gobernador o cadí (según que el caso se encuentre en sus respectivas jurisdicciones), tendrán el derecho de apelar al encargado de Negocios de Su Majestad británica, o cónsul ge-

neral, o al encargado de Negocios Extranjeros moro, según los casos.»

Como podrá verse por el artículo transcrito del Tratado general anglo-marroquí, ya no podía darse el caso del diente de la musulmana, por cuanto en aquella ocasión la iniciativa del proceso surgió de la propia demandante ante su propio juez, si bien el cónsul sólo sirvió de instrumento conciliador, pero sin prerrogativas para fallar el litigio. A partir, pues, del Tratado de 1856 los demandantes marroquíes contra los súbditos británicos tenían que pasar por las horcas caudinas de los Tribunales consulares ingleses, los cuales, naturalmente, fallaban siempre a favor de sus protegidos.

Pero no podemos cargar a la cuenta del diente todo el origen del Tratado británico-marroquí con la secuencia de los Tribunales consulares en Marruecos. En realidad, estos Tribunales tienen también sus antecedentes en el artículo 5.º del Tratado hispano-marroquí de primero de marzo de 1799 y en los artículos 20 y 21 del Convenio establecido entre Marruecos y Estados Unidos el 16 de diciembre de 1836; y como hasta el pasado día 6 no se hizo efectiva la renuncia de la Gran Bretaña al régimen de capitulaciones que le confería su Tratado, hasta entonces ha regido en Tánger su Tribunal consular, ordenado por las «Reglas de Procedimiento para los Tribunales de Su Majestad británica en Marruecos», redactadas conforme al artículo 124 del «The Morocco Orders In Council, 1889-1929 Consolidated».

UN GIBRALTAR DE BOLSILLO EN LA CALLE DE LA LUNETTA

No sólo la Gran Bretaña disfrutaba de diversos privilegios y derechos de jurisdicción en Marruecos ni todas estas prerrogativas giraban en torno de los Tribunales consulares. Los tenían también las potencias del Acta de Algeciras, donde precisamente sufrió una pequeña modificación la tarifa aduanera que hasta entonces era de aplicación para todas las importaciones solicitadas por los súbditos británicos o protegidos del Gobierno de Su Majestad británica, en el sentido de aumentar en un 25 por 100 los derechos del 10 por 100 que rigieron sobre el valor en metálico de las facturas relacionadas con las mercancías importadas. En los últimos tiempos mientras en la Zona Norte los comerciantes no protegidos del Gobierno de Su Majestad británica venían obligados al pago del 20 por 100 de derechos aduaneros sobre el valor de las mercancías adquiridas en el exterior, los súbditos británicos, los de la Commonwealth o simplemente los marroquíes o hebreos naturales de Marruecos acogidos a la protección de Su Graciosa Majestad inglesa sólo pagaban el 12,5 por 100 de los productos que importaban para su comercio o su utilidad personal. Y como quiera que este privilegio ha regido con respecto al 12,5 por 100 de los referidos derechos desde 1906, la diferencia del 75 por ciento de todas las importaciones ha representado un cúmulo de bonos a las arcas majzenianas, que, desde luego si hay que abcnar a la cuenta del diente histórico,

Los comerciantes indios eran los que más se beneficiaban de este privilegio económico, pues vendiendo sus artículos de fantasía más caros que nadie, compraban más barato que nadie. Pero los privilegios económicos de los ingleses residentes en Marruecos no se limitaban al carácter comercial del régimen de importaciones o de exportaciones. Según el artículo 4.º del Tratado británico-marroquí, los súbditos británicos «no están obligados bajo pretexto alguno a pagar tasas o impuestos, quedando exentos de empréstitos obligatorios y de toda contribución extraordinaria». De este modo, la calle de la Luneta, de Tetuán, por ejemplo, donde viven o tienen sus comercios la mayoría de los indios residentes en Tetuán, se convirtió en una especie de Gibraltar de bolsillo, donde los privilegios ingleses había que atacarlos en ocasiones con el ingenio. El que una vez dió aguda muestra un magnífico cónsul español que se llamó don Isidro de las Cagigas. En esta ocasión la anécdota ocurrió en Tetuán, bajo el Protectorado de España.

DOS CONSULES, UNA DAMA INGLESA Y UN CAFÉ

Un día apareció abierto al público un café del que era propietaria una dama inglesa que se sabía de memoria el Tratado británico marroquí de 1856 y, segu-

ramente también, el Convenio de Comercio y Navegación entre su país y Marruecos. Los inspectores de impuestos de la Junta de Servicios Municipales, de la que entonces era también interventor el cónsul de España, se presentaron en el establecimiento para exigir el pago de la tasa por su apertura. La dama inglesa recibió a los funcionarios, y, una vez que oyó las pretensiones de aquéllos, acordándose del artículo 4.º del Tratado, 1.º jo

—Reclamaré al cónsul, pero no pago.

Efectivamente, la dueña del café reclamó a su cónsul, y el cónsul protestó ante el de España, reclamación que don Isidro de las Cagigas aceptó sin réplica. Pero inmediatamente después pidió la presencia de cuatro guardias municipales ante el establecimiento de la dama inglesa con la orden de que no permitieran la entrada en el café más que a los súbditos británicos o marroquíes protegidos por Inglaterra. No hubo un español o marroquí no protegido que entrara en el café; como los protegidos de Su Graciosa Majestad eran muy pocos, la dama británica se avino, al fin, a pagar los impuestos por la apertura de su comercio, y entonces, con la desaparición de los guardias, empezó su negocio.

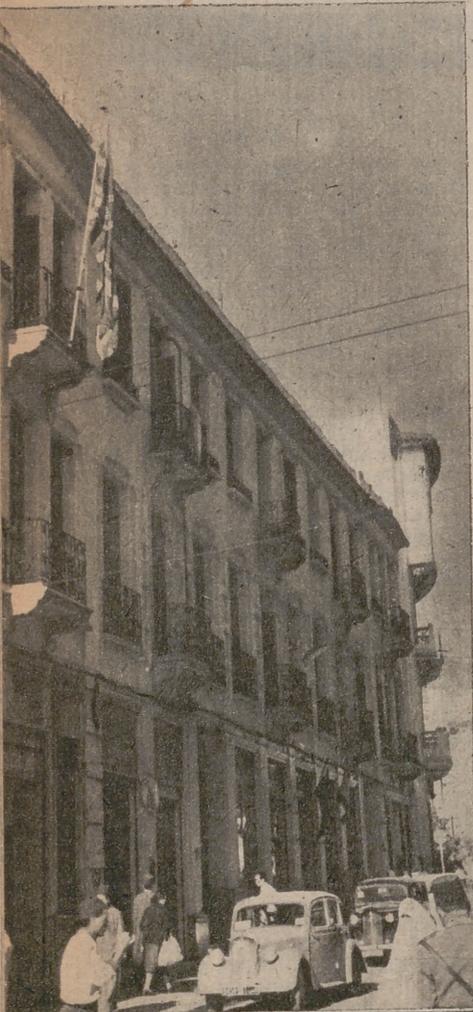
Los súbditos británicos y de la Commonwealth no eran los únicos que se beneficiaban del régimen de capitulaciones, que, desde 1856 duró para la zona sur de Marruecos hasta el 1937, en cuyo año Inglaterra llegó a un acuerdo con Francia, entonces protectora de la parte más extensa del Imperio, para renunciar a sus privilegios, continuando con sus prerrogativas para la zona norte, donde la Gran Bretaña, al año justo de iniciado el Movimiento glorioso español, recelaba mucho de nuestra Cruzada, y proseguía sus relaciones diplomáticas con el Gobierno aberrado de Madrid. Decimos que no eran sólo los súbditos británicos, porque las potencias signatarias del Acta de Algeciras podían reconocer a un número determinado de protegidos que, siendo marroquíes, lo solicitaran de los Gobiernos interesados. Así, pues, algunos marroquíes y no pocos hebreos acogidos a la protección británica disfrutaron de los privilegios de los ingleses. De este régimen de protección las potencias signatarias tenían que dar conocimiento no sólo a S. M. el Sultán o a la autoridad delegada en la zona norte, sino a los Gobiernos de ambos Protectorados y a los demás países interesados. Ahora bien, el número de protegidos, como decimos, era limitado, pero, al parecer, no siempre se cumplía la obligación de participar oportunamente quiénes eran los marroquíes beneficiarios de la protección, y así, al amparo del régimen de capitulaciones y de los derechos que del mismo se derivaban, nació una especie de estraperlo de protegidos, contra cuyo abuso las autoridades españolas del Protectorado tuvieron que imitar el ingenio del cónsul Cagigas, y que ya hemos visto en el caso de la dama inglesa y su café. Esta vez la nueva anécdota ocurrió con un hebreo, que para burlar el pago de una multa impuesta por determinada irregularidad comercial, re-

currió al expediente de la protección inglesa, negándose al pago de la sanción. El hebreo pudo demostrar que era protegido de Su Graciosa Majestad Británica. Pero, a pesar del artículo 4.º del Convenio anglo-marroquí, que ya hemos mencionado, tuvo que ceder ante el fisco, porque a las 24 horas de iniciada su resistencia vió abierta ante su comercio una zanja de cuatro metros de longitud por uno de profundidad, donde, con el pretexto de una cañería averiada, nunca terminaban los obreros allí destacados con su tarea. El hecho dió el resultado de que los clientes del hebreo, ante las molestias que suponía salvar la zanja para entrar en el comercio, se marchaban a otro establecimiento, y el judío acusando en su caja el mayor dolor que podía inferirsele, y en vista de que el cónsul británico nada podía hacer «contra una cañería tan persistentemente averiada», se avino, sin otro remedio, a pagar la multa, desapareciendo entonces el socavón abierto ante su tienda.

UN CASO DE CONTRABANDO CON JUECES DE PE-LUCA

Según el artículo 13 del Convenio de Comercio y Navegación entre la Gran Bretaña y Marruecos, que ahora tendrá que ser sustituido por otro más ajustado a la naciente soberanía del Estado cherifiano, «si un súbdito británico fuese descubierto introduciendo en contrabando efectos de cualquier clase en los territorios marroquíes, estos efectos serán confiscados para el Sultán, y el tal súbdito británico, siendo convicto ante el cónsul general, cónsul, vicecónsul o agente consular británico, estará sujeto a ser multado con una suma que no exceda del triple de los derechos impuestos a tales efectos, o en el caso que no sean admitidos a importación se multará en triple el valor de los artículos al precio corriente del día, y faltando al pago de estas multas, el dicho súbdito británico, siendo convicto como va dicho, sin ser multado puede ser encarcelado, pero en ambos casos el tiempo de prisión no pasará de un año, y el sitio será donde determine el Cónsul general, cónsul, vicecónsul o agente consular británico».

Con este artículo, en el Tratado general británico marroquí, una buena mañana fué vista en aguas cherifianas una lancha sospechosa, que cuando se acercó a tierra aguardó a que un bote se le acercara. La vigilancia aduanera se tomó el necesario tiempo para seguir el curso de la manobra. A poco, de la lancha empezaron a trasladarse al bote numerosos bultos, y terminada la faena el bote se dirigió hacia la costa. La descarga de los fardos fué interrumpida por la autoridad de Aduanas, que no tuvo que inspeccionar mucho para comprobar que se trataba de un importante contrabando que procedía de Gibraltar. La mercancía fué aprehendida y los tripulantes detenidos; pero de acuerdo con el artículo 13 del Convenio de Comercio y Navegación, los inculcados, que eran ingleses, fueron llevados a presencia del cónsul general británico. Para constituir el tribunal consular, que



El Consulado inglés en la avenida de Toledo, Tetuán



Leñeres en todos los idiomas en las calles de Tánger

debía de ver y fallar el caso, se trasladaron a Tánger dos jueces de Gibraltar, que, investidos con su toga y tocados con su peluca y todo, dieron vista a la causa, a la que concurrió como acusador un abogado marroquí, y como defensor, el alcalde de Gibraltar. Los contrabandistas confesaron su delito, y como se negaron a pagar el triple de los derechos de aplicación a la mercancía aprehendida, se resolvió que la sentencia fuese de arresto. Y, naturalmente, como el arresto fué de un mes y el cónsul general se reservaba el privilegio de determinar el sitio donde se les debía encarcelar, los sentenciados se marcharon otra vez a Gibraltar —lugar designado por el cónsul—, y ni que decir tiene que no tuvieron que pasar por ninguna cárcel.

EL CORREO INGLÉS

—¿Molestaba mucho a la soberanía de Marruecos—le preguntó el periodista no hace mucho a una relevante personalidad marroquí con no poca reticencia—el régimen de capitulaciones del que se beneficiaba la Gran Bretaña?

—Si solamente pensamos en el correo inglés—me dijo—, calcule usted lo que los privilegios ingleses tenían de atentatorio a nuestra independencia...

Entre los derechos de jurisdicción contaban los súbditos británicos o protegidos con un correo inglés que, concretamente en Tetuán, está aún establecido en el mismo edificio del Consulado. Si usted quería corresponder con otra persona del exterior sin acudir al correo marroquí, llegaba usted a las oficinas del Consulado inglés, y con pesetas reintegraba su carta con sellos ingle-

ses y la dejaba depositada allí en un buzón. La vía postal inglesa servía para que los súbditos británicos tuviesen comunicación propia con quienes quisieran, pero también cualquier otra persona que no fuese inglés o protegido del Gobierno británico podía relacionarse a través de este correo con quienes les pareciera. En un país como Marruecos, sometido a muy diversas y sospechosas intrigas, una vía postal sin control interesado podía ser fácil instrumento, por la misma naturaleza neutral de este correo, para el desarrollo de secretas maniobras que la imaginación del lector puede deducir fácilmente. ¿Quién podía evitar, por ejemplo, que los enemigos de España durante la Cruzada se comunicasen con Madrid a través del correo inglés, facilitando datos sobre la salida de tropas u otros de igual naturaleza?

El correo inglés fué siempre no sólo atentatorio a la soberanía de Marruecos, como podía serlo otra cualquier vía de comunicación del mismo carácter privilegiado. Este correo inglés no cesará automáticamente con la abolición del Tratado del nueve de diciembre de 1856, sino en la medida en que «no cause perjuicios al público que del mismo se beneficiaba». Pero no tardará mucho tiempo en que desaparezca.

¡LOS INGLESES NO PODIAN IMPORTAR SANGUIJUELAS!

Leyendo el Tratado de Comercio y Navegación, uno encuentra artículos tan pintorescos como el señalado con el número 2, según el cual los súbditos británicos, aunque esto parezca escasamen-

te idóneo con el carácter inglés, «podían importar todo género de artículos, con excepción de las sanguijuelas». También estaban exceptuados los curtidos, el tabaco «y otras hierbas que se usan para fumar en pipas». Cosa peregrina, porque también estaban exceptuadas «toda clase de pipas para fumar».

Las tarifas para las exportaciones tenían también su miga, porque, por ejemplo, si un mulo pagaba 25 duros «hasanies» de derechos de exportación, es decir, más de lo que entonces podía costar una buena yunta, en cambio, por unas cuantas perras gordas se permitía la venta al exterior, a los súbditos británicos, de un millar de huevos. Mil púas de puerco, espin costaban a los ingleses el enviarlas a un lugar fuera de Marruecos 5 onzas «hasanies», y la libra de plumas de avestruz, de las que tanto uso han hecho las damas y damitas inglesas, a pesar de sus delicados sentimientos por los animales, podían remitirse lejos de Marruecos a razón de 36 onzas.

Han pasado cien años desde entonces. Y ya el lector habrá podido coleccionar, a través de los privilegios que los súbditos de Su Graciosa Majestad británica gozaban en Marruecos—de los privilegios que hemos hablado y de los que no hemos podido recordar—los muchos bocados que la Gran Bretaña pudo llevarse del Imperio cherifiano por mor del diente de una musulmana...

Manuel CRUZ ROMERO

LOS GRANDES EXITOS DE LA LITERATURA UNIVERSAL



DE RECIENTE APARICION

BRUCE MARSHALL
LOS ESTUDIANTES, LA PRIMAVERA Y EL AMOR

La más reciente novela del famoso autor de «El mundo, la carne y el Padre Smith».

LLOYD C. DOUGLAS
PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS

La última obra inédita del autor de «Sublime obsesión», «La señal verde» y «El paso disputado».

ALFRED NEUMANN
NUEVO CESAR

La agitada existencia de Napoleón III. Una espléndida novela histórica, joya de la literatura alemana contemporánea.

ROBERT RUARK
ALGO DE VALOR

La novela de Mau-Mau. El libro del día en todo el mundo. La Metro-Goldwyn-Mayer ha pagado por los derechos de adaptación cinematográfica la suma más elevada que se recuerda en los anales del cine.

A. E. JOHANN
TEMPESTAD DE NIEVE

La persecución de dos fugitivos de la justicia a través de los Estados Unidos, Canadá, Alaska, el Japón y los mares de China. El mayor éxito editorial de la literatura alemana de la posguerra.

ANDRE SOUBIRAN
HOMBRES EN BLANCO (3 volúmenes)

Un deslumbrante aguafuerte literario, sobre la profesión médica. Una novela estremecedora, palpitante de vida y de humanidad.

RENE VIGO
HOMBRES DE NEGRO (3 volúmenes)

Grandeszas y miserias del mundo de la Justicia. La novela de los abogados.

MAX CATTO
TRAPECIO

No es sólo la mejor novela sobre la vida circense, sino un apasionante relato de amor, tensión y sacrificio. Versión cinematográfica interpretada por Gina Lollobrigida, Burt Lancaster y Tony Curtis.

DE PROXIMA PUBLICACION

GRAHAM GREENE
EL AMERICANO IMPASIBLE

La última y discutidísima novela del autor de «El poder y la gloria».

C. V. GHEORGHIU
CONTRATA DE HEROES

La más reciente novela del célebre autor de «La hora veinticinco».

NELSON ALGREN
CERCA DEL INFIERNO

Un estremecedor relato de los bajos fondos americanos. Premio Nacional de la Crítica de los Estados Unidos. La revelación de Kim Novak como actriz excepcional.

MACKINLAY CANTOR
ANDERSONVILLE

Premio Pulitzer 1956. El libro más vendido del año en los Estados Unidos. Se está traduciendo simultáneamente a nueve idiomas.

HERMAN WOUK
MARJORIE MORNINGSTAR, UNA MUCHACHA DE NUESTRO TIEMPO

La celebradísima novela del autor de «El motín del Caine», que ha permanecido durante meses a la cabeza de la lista de «bestsellers».

LA «COLECCION GIGANTE» ES UNA PUERTA ABIERTA A LA FAMA PARA LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES

DE RECIENTE APARICION

MERCEDES SALISACHS
CARRETERA INTERMEDIA

Una novela de gran clase internacional. Finalista del Premio Planeta 1955.

DOMINGO MANFREDI
LA RASTRA

La crítica celebra unánimemente esta espléndida novela, considerándola como uno de los mejores libros del año.

FELIX MARTINEZ OREJON
TURNO DE GUARDIA

Un día en la Comisaría de Policía. Pequeñeces y grandezas del mundo de la delincuencia.

TOMAS SALVADOR
DIALOGOS EN LA OSCURIDAD

La novela del amor prohibido.

ANTONIO VILAR
LOS HEROES

La Feria de la Vida en una gran ciudad. Un único análisis de nuestra sociedad.

MARIANO TUDELA
MAS QUE MADURO

Una desesperada visión de los bajos fondos de Madrid a través del relato de un robo.

ANGEL RUIZ AYUCAR
LAS DOS BARAJAS

Una de las mejores novelas sobre nuestra guerra de Liberación.

DE PROXIMA APARICION

JOSE MARIA CASTILLO NAVARRO
LA SAL VISTE LUTO

La revelación de un novelista excepcional. Un libro que revolucionará nuestro mundo literario.

CARLOS ROJAS
DE BARRO Y DE ESPERANZA

Una novela de gran categoría intelectual.

ANGEL RUIZ AYUCAR
MIENTRAS LLUEVE EN LA FRONTERA

La novela del contrabando en Galicia.

Ningún editor del mundo puede presentar conjuntamente este programa editorial que ofrece a los lectores de lengua española

LUIS DE CARALT - EDITOR - Ganduxer, 88 - BARCELONA



El encuentro. Por distintos caminos han llegado a Viena

OPERACION "SAFE HAVEN"

UN PUENTE AEREO DE MUNICH A NUEVA JERSEY

DIEZ MIL REFUGIADOS ATRAVIESAN EL ATLANTICO

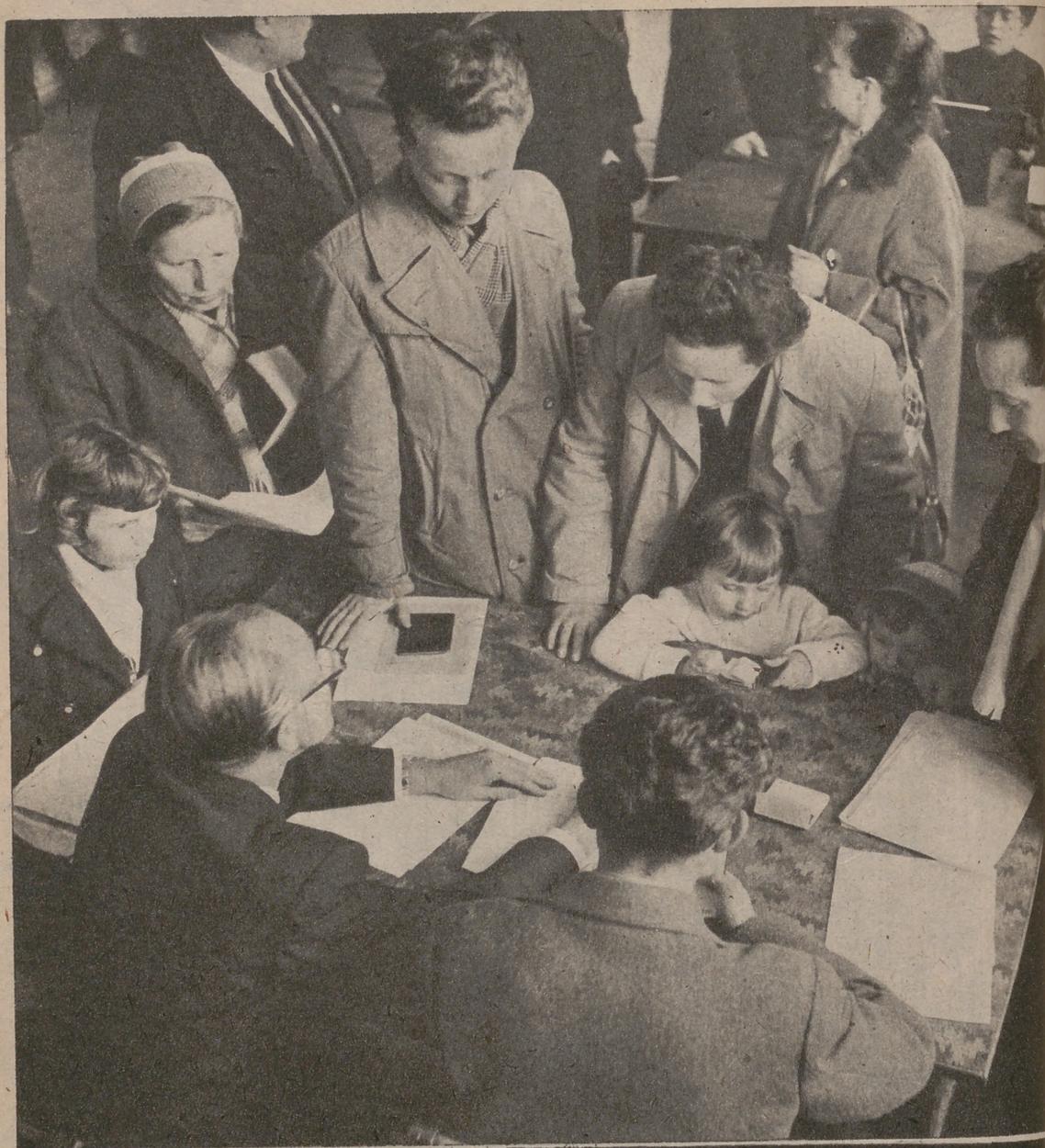
CON las nueve de la mañana. La niebla, ligera, tapiza todas las cosas. En el aeropuerto de Munich-Riem, la actividad ha comenzado muy temprano. Las miradas son cortas por el peso de la neblina. Y las palabras de los hombres salen envueltas en pequeñas columnas de aliento.

Es un día señalado, 11 de diciembre de 1956. En torno a un plateado cuatrimotor «C-119» se aprieta un grupo de personas. Los empleados del aeropuerto acaban de adosar una escalerilla al costado del aparato. Al poco tiempo, se abre la portezuela, y

una señora de edad comienza a ascender con fatiga; viste un grueso y hombruno abrigo; porta una maletita pequeña con la funda raída; bajo el grueso casaca que cubre su cabeza asoma un mechón de pelo todavía rubio. Luego, es otra mujer joven de facciones duras que resguarda los cabellos negros con un pañuelo de cuadros azules destacando sobre el cuello blanco de la trincheira. Después es un hombre de unos cuarenta años con una boina calada, miope, que tantea un poquitín antes de tocar el primer escalón. Y otro, hasta sesenta personas.

La charla es suave, tamizada por un ambiente de sufrimiento que portan tras sí estas personas. Ya la portezuela se ha cerrado y los motores del avión comienzan a destrozar y zarandear el aire y la niebla. El aparato avanza y, suave, se desliza por la pista de despegue hasta que se pierde de vista. Sólo después de unos minutos aparece, ya en el aire, mostrando la panza con toda desvergüenza y asustando con la potencia de sus motores.

Y se va. El avión ha desaparecido más allá de una baja colina donde un grupo de puros se mueve con la brisa.



El intérprete húngaro ayuda a resolver las dificultades del cuestionario

Ha comenzado la operación «Safe Haven».

LA SITUACION DE AUSTRIA

Desde el día, ya lejano, en que las tropas rusas iniciaron la sangrienta revancha contra el pueblo magiar, miles y miles de patriotas han cruzado la frontera con Austria en busca de un asilo seguro. Unas veces era un estudiante de Budapest que aparecía solo, desligado de su familia a la que no había visto desde los primeros días del levantamiento. Pasada la frontera, la primera pregunta surgía maquinalmente.

—¿Saben algo de los míos?

En otro momento, era un campesino de los bosques próximos a Pecs que arribaba a los puestos fronterizos acompañado de su familia: la mujer y dos o tres niños que portaban pequeños cantarillos mientras el padre arrastraba la bicicleta que se había transformado en un práctico furgón.

Y así un día y otro día durante más de un mes. La situación para el Gobierno austriaco llegó a ser muy dura, pese a la desinteresada ayuda de los países occidentales. El día 17 de diciembre, el número de refugiados que había penetrado en territorio austriaco se elevaba a cerca de 150 000.

Hay que tener en cuenta que Austria es un país de siete millones de habitantes y que hace catorce meses escasos, todavía veía su territorio ocupado por las cuatro grandes potencias vencedoras en la última guerra. Este inesperado y extraordinario crecimiento de su población, en el caso de que no hallase pronto remedio podría acarrear graves problemas humanos, económicos y sociales, dados los actuales medios de que dispone el Gobierno de Viena.

Durante la reciente visita del vicepresidente Nixon a los campos de refugiados húngaros en Austria, el representante de E-

senhower ha dejado traslucir el significado de la actitud de Austria:

—América—ha dicho—llega a tomar su parte en esta amplia empresa de solidaridad humana.

Aparte de la inmediata ayuda en dinero y víveres, Estados Unidos se ha comprometido a acoger en su territorio un total de 21.500 desplazados húngaros.

Los esfuerzos del Gobierno de Austria, unidos a los del CIME—Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas—Cruz Roja y gran número de instituciones de caridad han permitido que alrededor de 55 refugiados hayan partido ya para diversos países.

Centenares de mujeres y hombres son reconfortados y asistidos en tanto que se les hace una elemental filiación. Uno de los mayores obstáculos con que se tropiezan es la diversidad del idioma, pues pocos son los húngaros que balbucean el alemán o el inglés. Dado aquí el que Austria aparezca

algunas partes, como una región de Hungría.

SAFE HAVEN

Estas dos palabras no indican otra cosa que el transporte por vía aérea de 10.000 húngaros desde el Viejo Continente al otro lado del Atlántico.

Salzburgo, en los días navideños, aparecía triste. Por todos lados aparecían banderas a media asta o con un pequeño lazo negro indicando el luto de Europa en los días más alegres del año. Y no existe el recurso de huir al campo en busca de una imagen alegre: a pocos pasos, los campos de Helbrunn y de Roeder, cubiertos de pobres barracas. Es la Europa de los desplazados.

En la vieja ciudad austriaca está el cerebro de la operación de salvamento. M. Cliff Wyatt, miembro del CIME, que incansable dirige todos los pormenores del transporte. Por radio y teléfono, controla el movimiento de los aviones y de los automóviles.

Desde el momento en que se inició el «puente aéreo», llegan a Alemania, al Ost-Bahnhof, de 400 a 500 refugiados húngaros procedentes de los campos austriacos. Los autocares del Ejército norteamericano los dejan en las inmediaciones de Munich, en la Luitpold-Traserne conocida por la Safe Haven Hotel. Son unas horas de espera antes de la partida.

Pronto llega la orden desde Salzburgo. Cliff Wyatt, apremia.

—Preparen el tercer convoy. Ya están dadas las órdenes al aeropuerto A las doce en punto despegará el avión. El alojamiento de los que se vayan será ocupado por un autocar que en estos momentos sale del campo de Eisenstadt.

En la oficina de Salzburgo del CIME no existe un minuto de descanso. Cliff Wyatt salta de nuevo al teléfono. Llamada a Munich.

—Hasta las 18 horas, que no despegue ningún aparato. Queda aplazada la salida del de las 14. Acaban de comunicarme que existen condiciones atmosféricas desfavorables. De todos modos, estén preparados.

Y cada día, desde el aeropuerto de München-Riem despegan de seis a ocho «C-19». Veintitrés horas de vuelo y el avión llega a Nueva Jersey. En veinte días han sido trasladados a América del Norte 10.000 refugiados húngaros.

TRAMITACION RELAMPAGO

—¿A dónde quiere ir usted—es la primera pregunta del cuestionario que se ha presentado a los refugiados.

Un obrero joven, rubio, blanquecino, de cara afilada y gran nariz aguileña revuelve nerviosamente los amplios bolsillos de su gabán azul mientras observa las notas que va tomando el funcionario del CIME sentado al otro lado de la mesa.

—Estados Unidos.

No han transcurrido cinco minutos desde que este hombre ha traspasado las puertas de la oficina vienesa del CIME. Allí, confundido en la inmensa y apretujada cola, era solamente un ser anónimo más de los muchos que buscaban protección. Ahora, un nuevo destino ha tro-



El pequeño lleva la continuidad de la familia y de la patria

pezado con su trayectoria y el «puente aéreo» será su intermedio.

El haber elegido Norteamérica hace que automáticamente pase a depender de la oficina central, instalada en Salzburgo. Y allí, al frente del aparato burocrático, Mr. Roger Ackley.

—Todo el papeleo—afirma Roger Ackley—se resuelve en menos de ocho horas. Se les presenta un cuestionario de 27 preguntas redactado en húngaro, que hace referencia al estado civil y a las razones y motivos que han influido en la huida.

El resto de los trámites de estos húngaros admitidos «bajo palabra», es decir, sin el normal visado de las autoridades consulares, se resuelve igualmente con toda rapidez. En ello colaboran diversas organizaciones caritativas al lado de las autoridades norteamericanas.

En amplios y limpios locales se va conformando poco a poco la personalidad física y moral de cada evacuado. Aquel obrero ya ha llegado a la oficina de Salzburgo. Quedan muy pocas horas para que lo que hace solamente un par de días parecía una enorme utopía se concrete en la realidad.

Un nuevo cuestionario acaba de serle presentado.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Oficio o profesión?

—Obrero metalúrgico.

Y uno más otro dato han ido completando la ficha. Un gran cartel escrito en lengua húngara indica el departamento fotográfico: en menos de cuatro minutos se le han tomado las fotografías necesarias.

Muy cerca está el consultorio médico: rápido, pero minucioso examen general, rayos X y las vacunas necesarias.

Tal vez la parte más delicada y violenta sea la final, el interrogatorio de la Policía austriaca y del «Immigration and Naturalization Service» de los Estados Unidos. Pero lo que podría ser un frío e inhumano procedimiento, al modo gepeuista, es un diálogo cordial regido por la gentileza y el optimismo de las sonrisas.

Algo menos de las ocho horas han sido invertidas en la preparación de un nuevo ciudadano pa-

ra una nueva vida. Ahora a esperar órdenes y el momento oportuno en el Safe Haven Hotel.

DESEAN SER UN NUMERO

El campo de la Luitpold-Kaserne está bajo el mando del teniente coronel Burns, siempre con una franca y optimista sonrisa tras sus gafas. Hace más de una semana, que sus horas de descanso nocturno no son más de dos Pese a ello, el buen ánimo y la afectividad no le abandonan un solo momento.

Cada nueva remesa que llega de los campos austriacos es recibida con un pequeño discurso de Burns.

Y los grupos tímidos, envueltos todavía en el temor de la huida, van recobrando con lentitud la esperanza perdida y la normalidad psicológica. Se resisten fuertemente a pronunciar sus nombres, a identificarse, por temor a futuras represalias sobre los dudosos que no han logrado traspasar la cortina del terror. Lo único que ruegan es que los consideren de provistos de personalidad.

—Nosotros—suelen decir—somos un número. Lo demás no importa nada.

Pero poco a poco la reacción favorable que motiva los cuidados recibidos va ganando su confianza.

Las damas de la Cruz Roja americana no conocen un momento de descanso en el Safe Haven Hotel. A las horas más inesperadas arriban las expediciones desde la vecina Austria. El mayor obstáculo es el desconocimiento de los mutuos idiomas que suele haber. Pero el lenguaje de la necesidad es internacional, y la penuria de los refugiados es corregida con toda efectividad. Objetos de aseo, ropas, cigarrillos, juguetes y golosinas son distribuidos por centenares entre los expedicionarios.

Este contacto directo con sus cuidadoras americanas es el que prepara el clima inmediato para la partida. De tiempo en tiempo se dan los avisos por altavoces.

—¡Atención! El grupo A procedente del campo de Draiskirchen, que se prepare para subir a los aparatos.

La emoción invade todos los

rostros. La de los que se van y la de los que se quedan. Los conocidos se abrazan entre sí. No son capaces de creer lo que se les ofrece. El que se queda mira al que se va pensando en qué pueda surgir cualquier contingencia que impida su marcha. No es capaz de descartar todavía la posibilidad de un retorno inmediato al infierno que acaba de abandonar, plagado de carros soviéticos.

—Ferenc—dice un compañero de fábrica al rubio obrero metalúrgico—, ¿nos veremos todavía alguna vez?

Y las últimas palabras se pierden entre el ruido de los motores de los «C-119».

FINAL DE ETAPA NUEVA JERSEY

Escocia ya queda a diez horas de vuelo. El «C-119» que acaba de cruzar el Atlántico vuela sobre Terranova. Allí, con las caras pegadas a los cristales, cuenta y cuatro húngaros van acariciando las grandes extensiones nevadas iluminadas por la fría luz de la luna. En torno, oscuridad; ni una sola estrella se percibe en la noche.

De pronto, allá abajo, surgen unas bolitas de colores, como desprendidas de un gran árbol de Noel: blancas y rojas; más lejos, y a veces confundándose con ellas, titilean algo así como unas pequeñas estrellas verdes. Parece que ha sido un recibimiento especial preparado a este puñado de hombres que ha visto rotadas las primeras Navidades de la libertad. Pronto se concreta aquello que había causado tanto alborozo. El aparato vuela sobre el aeropuerto de Gander, última etapa en la ruta hacia Nueva Jersey.

Las luces de situación del aeródromo van haciéndose más claras y distintas.

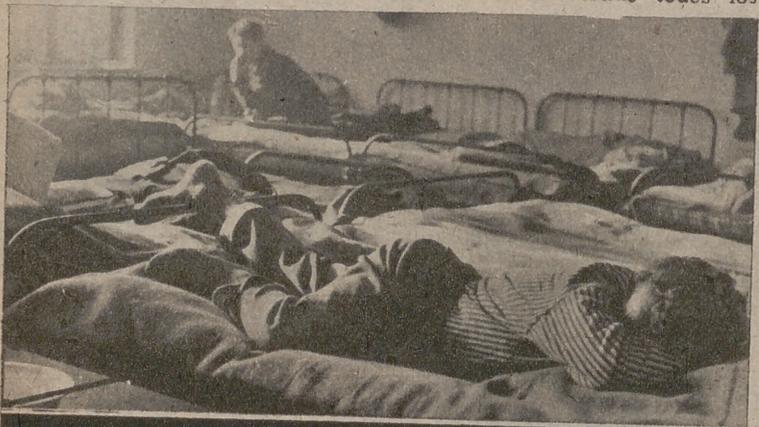
—¡Pónganse los cinturones!—ordena una voz.

Tres minutos, y el aparato ha tomado tierra. Abierta la portezuela, una ráfaga de frío choca contra los rostros de aquel grupo de refugiados. Pero la sonrisa no se hiela en la boca. Con toda alegría saludan al personal que, en vestimenta verdaderamente polar, se ha acercado a dar la bienvenida a sus hermanos del otro lado del Atlántico.

Están sobre el suelo de América. Se forma una pequeña caravana que, con paso vivo, se dirige al alojamiento preparado por el jefe del campo. Unas muchachas vestidas de traje blanco inmaculado han preparado un buen refrigerio; grandes columnas de «sandwiches» de queso, tomate y jamón; botes de leche, manzanas y los típicos paquetes rojos de maíz tostado. El frío en aquella atmósfera agradable, matizada por la suave música de «jazz», ha dejado de existir. La alegría se ha apoderado de todos.

Ferenc medita un momento.

—¡Terranova! Y hace solamente un mes, en Budapest, me preguntaba si algún día podría ganar la frontera sin ser acibillado por las balas traidoras como un vulgar forajido.



La incertidumbre de la espera en el campo. Mañana empezará una nueva vida

van y
os c
i. No
ie se
mira
qui
ontin
a. No
ría la
inme
a de
os so
añero
meta-
davia
p'er-
moto-
EVA
horas
caba
a sc-
s ca-
cin.
van
msio.
r la
os-
a se
rgen
des.
l de
s le-
e con
unas
pare.
ento
afia-
ro.
s de
reta
anto
obre
ima
neva
ero-
cla-
nes!
ha
rte-
oca
upo
no
ale.
en
lar.
ve-
la-
mé-
ca-
se
ado
mu-
nco
un
im-
eso.
ches
etes
en
ma-
de
La
los.
la-
me
ría
ibi-
cc-



Últimos momentos en tierra europea, mañana América les recibirá

En el pasillo, algunos contemplaban un pequeño planisferio.

—Oye, mira: allá está Pecs, donde yo trabajaba—dice un húngaro recordete, que cubre su cabeza con una pequeña boina a modo de casquete.

Y otro, con el dedo sobre el mapa, va señalando su ruta:

—Yo he pasado por el lago de Neusiedl. Justamente aquí, al lado de este punto azul. Después me llevaron al campo de Eisentadt. De allí a Salzburgo y de Salzburgo a Munich, donde nos hemos encontrado. Y luego hemos cruzado todo esto. ¡Qué lejos queda Hungría!

Con gran curiosidad, el jefe de las oficinas del aeropuerto de Gander sigue todas las palabras de aquel grupo. En seguida, ya sin poder contenerse, se dirige a uno de ellos.

—¿Y tú no tienes familiares aquí, en América?

—No—contesta el otro con rapidez y vivacidad—; pero me desenvolveré bien.

Continúa su recorrido entre los grupos, mientras masca su «ohicle» con toda soltura.

—Vamos, muchachos. Es necesario animarse. Yo hace cuarenta y cinco años que he dejado aquella tierra. Vosotros, dentro de unas horas, llegaréis a Nueva Jersey y comenzará una nueva vida.

La «Operación Safen Haven» ha tenido un éxito total y feliz.



Llegada a Nueva Jersey, tierra «extraña, pero llena de sonrisas

Toda América ha estado pendiente de esta carrera contra reloj camino de la libertad.

Todavía el 26 de diciembre, el Presidente de los Estados Unidos había dado una orden terminante con respecto a su avión privado, «Colombina», que había salido para Londres llevando al primer ministro de la India, Nehru:

—No quiero que el aparato regrese vacío de Europa.

De Londres a Munich para recoger 21 refugiados y, en una sola etapa, el regreso a Norteamérica. La intervención directa y personal de Eisenhower ha hecho su presencia efectiva desde la Luitpold-Karserne a la base de Nueva Jersey.

LUIS LOSADA



Contra lo que puede esperarse,
dentro de las cajas fuertes de
los Bancos, los depósitos son
una «emergencia» más.

EL LARGO VIAJE DEL ORO EN BARRAS

**NOVENTA DIAS Y NOVENTA
NOCHES COMPROBANDO CIFRAS**

UN DERECHO PERMANENTE Y UNA
DOCUMENTACION COMPLETA

DIFÍCILMENTE, en la historia de un pueblo, puedan concurrir las circunstancias por las que atravesó España después de la guerra. Difícilmente, porque al haz de destrucciones y daños de todo tipo sufridos por la industria, la economía y la agricultura, se unieron problemas tan graves como la ausencia, por robo o por éxodo, de lo que no podía ser considerado nada más que como parte del tesoro nacional.

Al margen de todas las demás cosas, por encima de cualquier otra cuestión, es harto evidente la serie de sufrimientos y penalidades que de ello derivaron. Después de veinte años, merced a su propio esfuerzo, España ha venido superando tiempos duros y contribuyendo a crear nuevas riquezas, pero a nadie se le ocul-

Un aspecto del recuento de los valores españoles que salieron a Francia Funcionarios españoles y franceses proceden al acto de entrega



ta en qué medida este proceso hubiera alcanzado mayor rapidez contando con lo que, al fin y al cabo, pertenecía a España y al pueblo español.

Era lógico que la recuperación del tesoro español depositado en Rusia fuera un aspecto determinante de las gestiones del Gobierno español. Ahora, el Ministerio de Asuntos Exteriores, a través de la Oficina de Información Diplomática, vuelve a hacer actual el problema haciendo público ante el pueblo español algunos extremos de la situación.

COMUNICACION DE LA OFICINA DE INFORMACION DIPLOMATICA

Con relación al oro español depositado en el Banco de España, la Oficina de Información Diplo-

mática, dice: «... tras laboriosas gestiones realizadas en el extranjero a lo largo del año por el Ministerio, ha sido recuperada la documentación original que resguarda el depósito de las reservas de oro del Banco de España, constituida en Moscú en febrero de 1937. La familia del doctor Negrín y algunos españoles de su intimidad han colaborado eficazmente en esta recuperación.»

«La documentación de referencia da al Gobierno español la base jurídica para pedir la devolución de ese depósito que alcanza, como es sabido, una cantidad muy elevada...»

LOS CAMINOS DEL ORO EN BARRAS

Desde los primeros momentos del Alzamiento, varias partidas de

oro español fueron enviadas a diversos Bancos extranjeros. Ya desde julio de 1936 se iniciaba la cuestión. Oficialmente, la razón que motivaba su salida era el «temor» de que los tesoros cayeran en manos de las fuerzas nacionales. La rapidez y la urgencia que llegaron a tener los embarques revela la primacía que, sobre otras preocupaciones, llegó a tener el problema del oro.

Por lo pronto, el 13 de septiembre de 1936, el Ministro de Hacienda firmaba un decreto por el que, bajo el consabido pretexto de la seguridad, se obligaba al Banco de España a entregar todo el que poseía en sus arcas.

LA FABULOSA E INCREIBLE HISTORIA

La incautación fué dirigida,

técnicamente se entiende, por el entonces director general del Tesoro, Francisco Méndez Aspe.

Los trámites, en medio del asombro de los funcionarios del Banco de España, se llevaron a efecto con la mayor celeridad.

Es así como la fabulosa e increíble incautación se llevó a cabo rápidamente, pero teniendo, también, inevitablemente, su parte rocambolesca y dramática.

El Gobierno pareció dudar del hombre que dirigiría la expedición nocturna, porque después de diversas consultas entre sus miembros, José Díaz, el hombre que moriría más tarde en Rusia de forma bien dramática, se decidió por Valentín González. Parece ser que, mientras corrían las cosas, el director del Banco permanecía en el Ministerio de Hacienda.

LOS TESTIMONIOS ESCRITOS

Valentín González «El Campesino», cuenta en «La vie et la mort en U. R. S. S.» (al parecer redactada por Julián Gorkin, pero siguiendo los recuerdos del primero) algunos detalles personales e impresionantes del caso:

«Se me dió una lista de las cajas. Todo se hacía en el mayor misterio, como si se tratara de un robo. Yo mismo no me daba cuenta en aquella época, pero recuerdo, ahora, mi complicidad y me lleno de indignación contra mí mismo y contra todos los responsables de este robo. Estoy convencido de que José Díaz debió arrepentirse, igualmente, antes de su trágica muerte en Tiflis...» (página 178 del libro comentado)

Esta declaración revela de qué forma todo el mundo adquirió idea de la enorme significación del expolio. «Este—añade—no fué, por otra parte, el único cometido en detrimento del pueblo español.»

Es importantísimo hacer una distinción: una cosa es el oro que salió del Banco de España y otra el oro que llegó a Rusia.

LOS CAMIONES EN LA PUERTA DEL BANCO

Otras informaciones señalan, también, la presencia entre los ejecutores del decreto gubernamental,

de personas como Moreno Remacha, Rodríguez Rico, Julio Lechón y otros varios, pero el proceso del asunto esencial no cambia por los nombres.

Las cajas fueron cargadas en camiones. Esperaban éstos en el patio del edificio y una guardia especial se encargaba de que ningún curioso se diera cuenta de lo que pasaba. En algún camión, por orden expresa o por ideas personales de los conductores, pusieron algún cartel señalando que la carga era de explosivos.

La columna de vehículos se dirigió a la estación de Atocha donde se depositó el tesoro, el mayor, posiblemente, que haya corrido una aventura semejante. El punto de destino y de embarque era Cartagena.

Lo cierto es que el día 15 de septiembre de 1936 el tren número 512 salía de la estación de Atocha, llevando 11 vagones precintados, en los que se transportaba la primera remesa.

Casi doscientos milicianos vigilaban desde el furgón la carga que debió ser un misterio o acertijo para los viajeros de los cuatro coches destinados al público. En el único de primera viajaban también determinados funcionarios del Banco de España que de una forma u otra tenían que intervenir en la entrega del tesoro en Cartagena y más tarde a los barcos. Lo cierto es que del 15 de septiembre hasta el 10 de octubre los ferrocarriles españoles registran las partidas del oro a Cartagena.

MR. BLAKSTONE, ENVIADO ESPECIAL

La verdadera personalidad del ruso que se hizo cargo del tesoro aparece oculta bajo un nombre falso. Tal debieron entenderlo cuantos fueron presentados a el, puesto que Alvarez del Vayo, en sus Memorias, cuenta que fué bautizado entre ellos mismos con el sobrenombre de Mr. Blakstone.

El mismo Alvarez del Vayo añade que después, cuando el oro debió ser trasladado a Odesa, fué custodiado por la Escuadra obedeciendo órdenes explícitas de Indalecio Prieto. En una polémica entablada entre unos y

otros existen discrepancias de lugar o de forma. Jesús Hernández, en su libro «Yo, ministro de Stalin en España», dice que «en el mar se cruzaron dos navés: la que venía de Rusia a España con sus bodegas casi vacías y la que de Cartagena había salido para Odesa con el oro español».

En el momento de escribir esta crónica no se conocen nuevos detalles sobre el embarque en Cartagena y las peripecias que sufrió el cargamento. Pero es posible decir que tres barcos rusos: el «Vorgoles», el «Kine» y el «Navek», permanecieron por esas fechas en el puerto español. El primero salió del puerto bajo la escolta de dos destructores. ¿Todo el tesoro fué en éste?

LA LLEGADA A ODESSA

Es curioso advertir cómo un sinnúmero de noticias, aunque a veces sean contradictorias entre sí, han salido de los propios personajes del drama, asustados por las enormes proporciones del suceso.

No sólo este caso, el del asombro ante el fabuloso depósito quedó relegado a los españoles, sino que traspasó el cinturón de reserva de los propios receptores. Un ruso, el general Krivitsky, asesinado a consecuencia de una depuración staliniana, pero cuyo alto puesto de jefe del Servicio Secreto Militar le valía estar en contacto, y de primera mano, con todas las informaciones, ha dejado escrito en un libro («Yo, jefe del Servicio Secreto») algunos detalles curiosos de la llegada del oro español a Odesa.

Los procedimientos empleados fueron con relación al depósito, rodeados de gran reserva.

Fueron encargados de la operación los más altos funcionarios de la Policía Secreta. Entre éstos «se formó a su vez una brigada de unos treinta hombres que marcharon a Odesa en el mes de diciembre para trabajar como descargadores en los muelles...»

Igual que en el terreno personal se tomaron toda clase de medidas para que el tesoro quedara al margen de la curiosidad o especulación pública. «Todas las cercanías de los muelles—dice en su libro el general Krivitsky—quedaron despejadas y rodeadas de gordones de tropas especiales. Atravesando este espacio vacío, desde el muelle hasta la vía del ferrocarril, elevados funcionarios llevaban las cajas de oro a sus espaldas. Durante días y días transportaron el cargamento y lo pusieron en vagones de carga, que llegaron a Moscú en convoyes armados...»

La leyenda del oro corrió también, a pesar de todo, entre los rusos, porque en determinado momento, el general Krivitsky pregunta a su confidente por la cantidad aproximada que representará aquél.

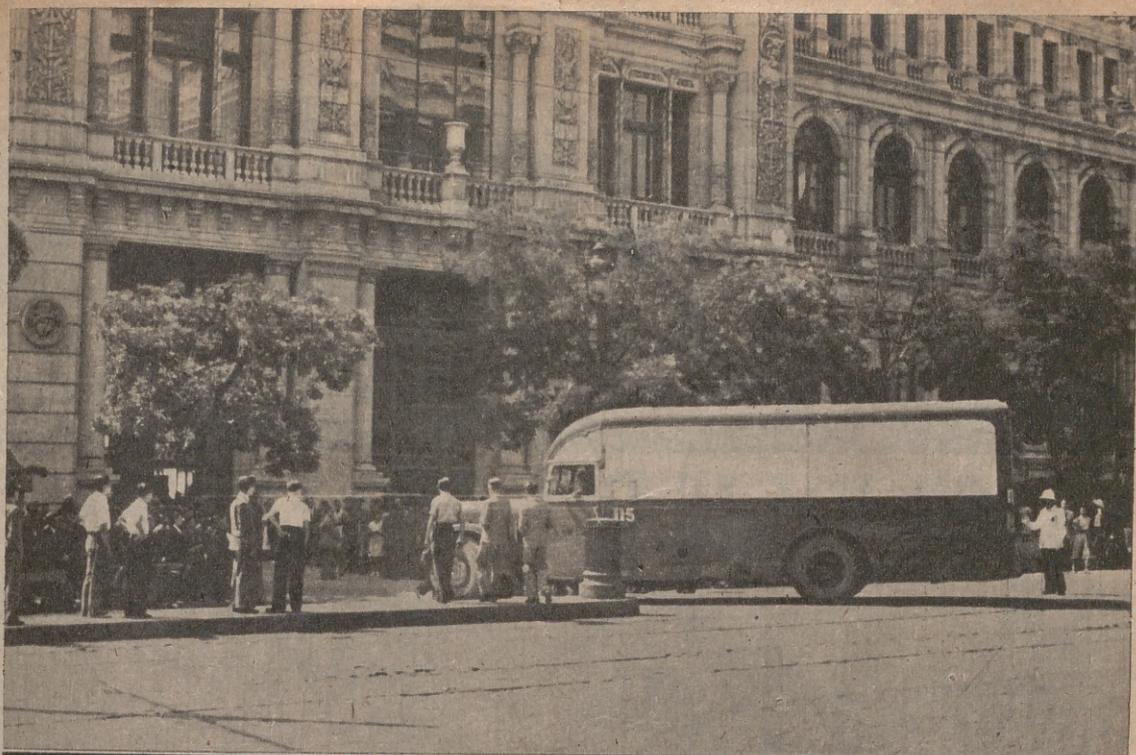
La leyenda, pues, de la importancia del depósito llegó a tener un carácter exagerado o no entre los propios moscovitas.

LOS FUNCIONARIOS DEL BANCO

En el mismo libro de Krivitsky se recoge una anécdota de no



Momento de embarque de los valores recuperados que fueron llevados de España



Así llegan los camiones con los grandes depósitos al edificio del Banco de España en Madrid

menor interés: la vida de los cuatro españoles, funcionarios del Banco de España, que acompañaron el cargamento para nacer su entrega en Moscú.

Estos cuatro españoles, según el testimonio anterior, fueron escoltados por todos los Museos moscovitas. Estuvieron en Crimea, en el Cáucaso, en Leningrado y en la presa gigante del Dniéper. Total y resumen: que durante meses, a raíz de la llegada del oro, viajaron por Rusia como turistas, pero sin conseguir autorización para el visado de su pasaporte para España.

Una conversación, en el libro, sitúa a los personajes en el ambiente. Dice:

«¿Quiénes son esos cuatro?»

«Son cuatro cajeros del Banco de España. Vinieron con la expedición del oro y se pasaron tres meses contándolo día y noche y comprobando cifras. Ahora quieren volver.»

Estos cuatro hombres estuvieron, y se les vió muy a menudo, en el hotel Metropol de Moscú. Así, en fin, de una pintoresca y dramática manera terminaba el largo viaje, que había comenzado para el depósito del oro y los millares de bultos destinados a la plata, desde los subterráneos del Banco de España, en Madrid, a las cajas fuertes de Moscú.

En un artículo a Prieto titulado «Juan Negrín, un hombre singular», dice que el ministro de Hacienda obtuvo el acuerdo del Gobierno y la firma del Presidente de la República para el secreto que autorizaba las medidas de seguridad del oro. «Ni los demás ministros, ni yo conocimos—dice—el propósito perseguido... El embarque se efectuó con gran misterio. Me enteré por casualidad a causa de haber llegado a Cartagena para asuntos de servicio—era ministro de Marina y Aire

y otros testimonios dicen que los buques protegieron el embarque—cuando se efectuaba la dirección de las tres Negrín y Méndez Aspe. Cuatro empleados del Banco—continúa—embarcaron en el buque que conducía el precioso cargamento. No se les dijo dónde iban. Creyeron que desembarcarían en Port Vendres, Sete o Marsella y aparecieron en... Odesa.»

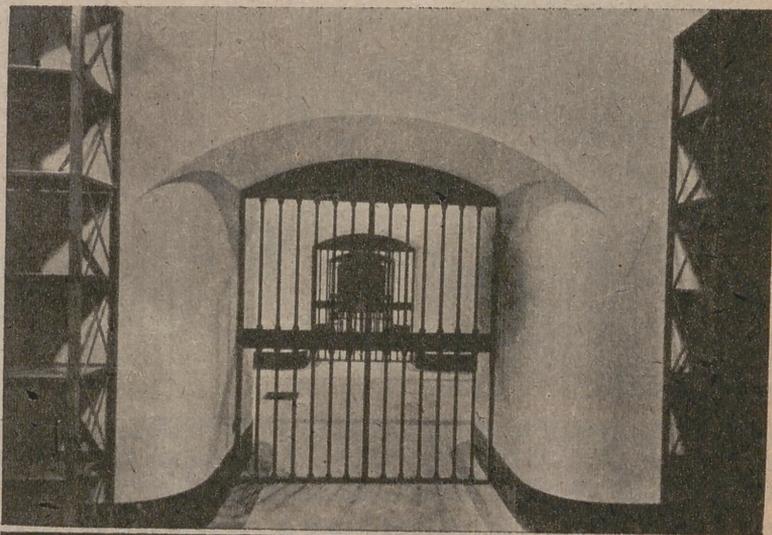
En fin, un testimonio más que, de una forma u otra, ratifica todo lo anterior. Unos y otros no quieren saber nada.

CONCLUSIONES

Es evidente que el Gobierno español, trabajando con suma discreción y habilidad para recu-

perar las reservas logradas en siglos por la nación española, mantiene, como dice en la nota de la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, el firme propósito de continuar sus esfuerzos para que nos sea devuelto el depósito que, sujetándonos a lo estrictamente legal, debe regresar al Banco de España, puesto que ninguna causa exime a Rusia de devolverlo.

Después de veinte años ha podido conseguirse el recibo y la documentación original, que hace patentes, sin ninguna clase de dudas, la cantidad e importancia del depósito. En esas circunstancias puede plantearse con base jurídica la solicitud de devolución.



Galería de cajas fuertes del Banco de España, en Madrid

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL LARGO VIAJE DEL ORO EN BARRAS



El señor Ministro de Asuntos Exteriores entrega al subgobernador del Banco de España el resguardo original recuperado. Asiste al acto el abogado del Estado del departamento, señor Melchor de las Heras

NOVENTA DIAS Y NOVENTA NOCHES COMPROBANDO CIFRAS.

UN DERECHO PERMANENTE Y UNA DOCUMENTACION COMPLETA